

— ZOE HANLEY —

CUANDO

QUIERAS



Cuando Quieras

ZOE HANLEY

*No hay nada bueno o malo,
el pensamiento lo hace así.*

William Shakespeare

XL

Acababa de atarme a la cama. Mis muñecas ligadas juntas al hierro forjado de la cabecera quedaban por encima del cuerpo. Mis piernas en cambio estaban separadas, un pie meticulosamente atado a cada pata. Había tensado las cuerdas lo suficiente como para que mi cuerpo quedara totalmente estirado, sin darme ninguna posibilidad de movimiento.

Me sentía casi desnuda con el camisón de hilo blanco que llevaba. Y prácticamente lo estaba. Debajo de la fina pieza de tirantes, nada, como siempre. Pero me alegraba de que no me lo hubiera quitado.

No podía apartar mi mirada de Sergio que estaba a los pies de la cama. ¡Dios! Su pelo castaño oscuro caía revuelto hasta el principio de su espalda. Ya debería haberme acostumbrado a su apariencia, pero por alguna razón eso era imposible. Me sonrió mientras se iba desabrochando los botones de su camisa blanca muy despacio, uno a uno.

Se estaba recreando. Cuanto más tardara, más nerviosa me pondría. Sabía medir muy bien los tiempos. La camisa empezó a bajar dejando al descubierto primero sus anchos hombros, después sus pectorales marcados y finalmente sus abdominales. Intentaba no mirarlo con admiración pero casi me dolía.

Y él lo sabía, su sonrisa maliciosa lo demostraba. También que sus intenciones no eran buenas. Se agachó para besarme pero retiré la cara a un lado justo en el último segundo. Me había costado toda mi fuerza de voluntad hacerlo.

—Bien —se apartó. —Antes de que termine, me suplicarás que te bese.

Creo que estaba sorprendido ya que nunca antes me había resistido, pero sería imposible asegurarlo. Su cara no reflejaba ningún sentimiento. Estaba demasiado concentrado en lo que iba a hacer a continuación. Seguro que ya se había trazado un detallado esquema mental.

Quería decirle algo, pero ¿qué? No podía encontrar las palabras. Nada que tuviera sentido, nada que no supiera. Estaba completamente indefensa y a su

merced. Decidí que era mejor no demostrar debilidad y la mejor forma de hacerlo era no hablar. Al menos mi voz temblorosa no me delataría.

Se sentó en el sillón que estaba en la esquina de la habitación, enfrente de la cama y contempló su obra. Se iba a tomar su tiempo. No tenía ninguna prisa y quería dejármelo claro. Por si acaso me quedaba alguna duda.

Ya había jugado una vez a esto, era un juego de desgaste. La última vez perdí y eso le daba una gran ventaja. Realmente, yo no tenía ninguna posibilidad, tal como estaba planteado el juego no se acabaría hasta que me diera por vencida.

Empezó a desatarse el zapato izquierdo, muy lentamente y después hizo lo mismo con el derecho. Colocó los calcetines muy cuidadosamente dentro de los zapatos. Se levantó y comenzó a caminar con los pies descalzos. Comprobó los nudos de los tobillos, asegurándose que no estaban ni tan apretados como para cortar la circulación ni tan sueltos como para poder moverme. Subió a la cabecera de la cama y después de examinar el nudo de las muñecas, desapareció de mi campo de visión.

Volvió dos minutos más tarde con un vaso ancho lleno hasta la mitad de un líquido dorado, probablemente whisky, su marca favorita, Jameson Reserva 18 años, con dos hielos, y se volvió a sentar en el sillón. No bebía en casa y eso hacía especial la ocasión. El cabrón debía estar disfrutando y, lo peor era que yo le había dado un motivo para hacerlo. Pero esta vez había ido demasiado lejos.

—¿Estás cómoda?

Era una pregunta irónica, pero al mismo tiempo imaginé que quería cerciorarse que no había ningún problema con los nudos. No le gustaban las cuerdas. Si hubiera tenido más tiempo para planearlo seguro que habría utilizado cualquier otra cosa: un pañuelo, medias, unas esposas...

—No me hablas. ¿Estás enfadada conmigo?

Vale, ahora me estaba provocando. Sabía perfectamente la respuesta; por eso me había atado a la cama. Si creyera que podía controlarme, ahora mismo estaría de rodillas a sus pies. Pero el tiempo para eso ya había pasado.

—Tal vez pueda ayudarte.

Se levantó y fue hasta la puerta de su vestidor. Empecé a ponerme muy nerviosa. Allí tenía un armario especial donde guardaba todos sus "juguetes". Normalmente, solo el hecho de que se acercara a esa puerta me excitaba, pero hoy sospechaba que lo que vendría a continuación no iba a ser bueno. Al

menos para mí.

Busqué en sus manos mientras venía a mi lado pero no vi nada. Las tenía cerradas en puños. Posó su palma abierta sobre la parte de mi muslo que quedaba descubierta y noté algo que temblaba. La vibración aumentó y volvió a bajar. Abrió su mano derecha y me enseñó un pequeño mando a distancia de color violeta.

—Tiene diez velocidades. Acabas de probar las dos primeras.

Ya conocía ese vibrador, o un modelo parecido de otro color. No recordaba que tuviera tanta potencia. Era como una pequeña C que se acoplaba perfectamente para vibrar encima del clítoris.

Su mano izquierda se deslizó hacia arriba delicadamente, se metió por debajo del camión y siguió subiendo por la parte interior del muslo hasta llegar a mi sexo. No levantó la tela, no le hacía falta mirar. Conocía demasiado bien mi cuerpo como para saber interpretar sus reacciones. No le costó encontrar el sitio correcto.

—Creo que ya está bien —dijo mirando directamente a mis pechos. Esbozó una sonrisa de satisfacción. Mis pezones erguidos me delataban a través del camión. —Esto te ayudará a hablar.

Mientras regresaba a su sitio en el sillón subió la intensidad. Un gemido escapó de mis labios.

—Dos.

Subió su copa y dio un trago a su bebida a mi salud. Me mostró el mando y como su dedo se volvía a posar sobre el botón.

—Tres.

Me agité intentando moverlo de su sitio, pero no lo conseguí. Todo mi cuerpo estaba en tensión. No podía dejarme ir, tampoco me lo iba a permitir. Lo pararía cuando estuviera a punto para hacer la tortura más larga.

Era el momento. Si quería hablar, si había algo que pudiera decirle que le hiciera detenerse, tenía que ser ahora. Solo necesitaba la frase adecuada... antes de empezar a implorarlo.

Intenté abstraerme, pero las palabras daban vueltas en mi cabeza sin llegar a juntarse. Me rendí. No era capaz de desarrollar un argumento, ni siquiera de formar una frase entera, así que lo reduje a una palabra.

—Suéltame —junté toda mi rabia para que mi voz sonara firme, aunque no sé si lo conseguí.

—Sabes perfectamente que no es así como debes dirigirte a mí, ¿verdad?

—su tono condescendiente era lo que más me estaba cabreando.

—No es broma. Suéltame.

—No estoy bromeando. Ya te advertí que esto no era un juego.

Por un momento me había parecido ver un destello de enfado en sus ojos. Pero fue tan rápido que no podía estar segura. Su voz era sospechosamente tranquila. Sin embargo, su reacción no se hizo esperar, otro subidón que me dejó totalmente fuera de juego. Volví a gemir y escuché su risa.

—Cuatro.

Se acercó y se sentó a un lado de la cama. Evité el contacto visual. Apuré el último trago. Podía oír el ruido de los hielos tintineando contra el cristal.

—Estás preciosa.

Su mano acarició mi mejilla y volvió mi cabeza hacia él. No le miré y no me lo pidió. Puede que estuviera evitando darme órdenes para que no pudiera desobedecerle. Mi cuerpo se estremeció al sentir el tacto de su piel.

Me acariciaba con el reverso de su mano, apenas llegaba a rozarme, pero era suficiente para darme cuenta de cuanto lo necesitaba. Pasó por encima del camisón y paró donde terminaba la tela. Las yemas de sus dedos me acariciaron por la cara interior del muslo y mi piel se puso de gallina.

—Estás ardiendo.

Cogió uno de los hielos del vaso y se lo llevó a la boca. Ya no podía rehuir más su mirada. Dos mechones de pelo caían sobre sus ojos, ensombreciéndolos. Lo sacó y lo sostuvo con los dientes, enseñándomelo. Me sorprendí deleitándome en lo perfecta que era su dentadura. Esperé que no se hubiera dado cuenta.

Lo recogió con sus dedos y se dirigió a mi escote, pero se detuvo en seco justo antes de llegar, dejando que una gota de agua helada se deslizara hasta caer sobre mi piel.

—¿Hay algo que quieras decirme? —no respondí por miedo a meter la pata otra vez. —Está bien.

Recorrió el borde del vestido con su hielo, subiendo y bajando por el inicio de mis pechos. Sopló y fui consciente de que no podría aguantarlo mucho más. Cerré los ojos, era demasiado duro verle tan cerca.

Me hizo volver a abrirlos de golpe. Había dejado el hielo sobre mi pezón izquierdo. Apenas tardó unos segundos en deshacerse lo suficiente como para empapar la ligera tela de hilo que empezaba a transparentar. El helor me quemaba. Me revolví para quitarlo y se sonrió.

—No deberías haber hecho eso.

No había contado con el otro hielo, que ya se estaba sacando de la boca. Sin embargo, no se dirigió a mi pecho esta vez. Cogió mi tobillo y empezó su ascenso desde allí. Mi respiración se agitó, sabía perfectamente cuál era su destino.

—Dime, ¿crees que te será tan fácil deshacerte de éste?

—No. Para. —mi voz estaba claramente alterada y casi gritando, aunque no era mi intención. Pulsó una vez más el mando y la intensidad subió aún más.

—Cinco —ya había llegado a la rodilla y seguía subiendo. —¿Crees que lo podrás derretir?

—Por favor —pero no me hacía caso. Estaba a punto de llegar a donde él quería. Sopló sobre la senda de diminutas gotas heladas que había dibujado.

—No —su voz firme contrastaba con la mía. Solo había una forma de hacerle responder.

—Por favor, mi Amo —su reacción fue inmediata. Se detuvo y lo retiró. Su cara cambió, se iluminó.

—Dime, Clara. ¿Qué quieres? —me rozó suavemente con el hielo bordeando el final de mis muslos, mojándolos o volviéndolos a mojar.

—Por favor, ¿por qué no me sueltas y lo hablamos? —como por arte de magia, no sólo conseguí formar una frase coherente, sino también que saliera de mi boca sin titubear. No me respondió, solo se quedó esperando. Volvió a pasar el hielo, esta vez ladeándolo, tocando levemente mi sexo. —Mi Amo.

—¿Quieres hablar? Habla.

—Así no puedo. —Le miré con desesperación. Me lo estaba poniendo muy difícil, y aunque no esperaba otra cosa, algo en el fondo de mí necesitaba poder conectar con él. Poder hacerle razonar.

—Tal vez no tienes nada que decir, Clara. Si lo tuvieras, ya has tenido tiempo de sobra para hacerlo. Mientras te ataba, mientras me quitaba la ropa, mientras bebía, no has dicho nada. No te he amordazado, ni te he ordenado que guardaras silencio, pero no has dicho nada —repitió para enfatizar. —Creo que sabes que nada de lo que puedas decir me hará cambiar de opinión, y lo sabes porque tengo razón.

—No —pero era demasiado débil para resultar creíble. Era imposible ganarle en una discusión, sabía ser muy convincente.

—Solo hay una cosa que quiero oír. —Sentí el hielo una vez más pero esta vez lo movía mucho más despacio, manteniéndolo en el mismo punto hasta que

notaba un ligero pinchazo. —Y eso es lo que me vas a decir.

No podía hacerlo. No solo porque significaba rebasar el único límite que le había puesto, sino por la humillación que le acompañaría. No aceptaría una simple victoria, cuando me derrotara se aseguraría que nunca le volviera a ofrecer resistencia.

Apartó el hielo, y lo dejó en el vaso después de saborearlo.

—Seis.

Un escalofrío acompañó la idea de que su lengua pudiera bajar a ocupar el lugar que el hielo acababa de dejar libre. Me dejé llevar por la imaginación y la ola de satisfacción que me invadía.

La cortó en seco y tuve que morderme la lengua para no verbalizar el sonoro “hijo de puta” que resonaba en mi mente. En su lugar, grité de impotencia. No lo había parado, solo lo había empujado, dejando que se desplazara unos centímetros. Seguía sintiendo la vibración, pero en el sitio equivocado.

—Ni lo sueñes —su voz profunda y rota era tan sugerente...

Me acariciaba con la palma abierta, desde el bajo vientre dibujó un círculo, grande, que seguía por mis caderas y la parte superior de mis muslos, esquivando mi pubis. Su contacto empezaba a ser doloroso, necesitaba que se dirigiera a la zona que excluía, la que me estaba quemando.

—¿Quieres que te toque? —asentí con la cabeza, no pude evitarlo. —No vas a aguantar mucho más. Estás a punto. Dilo.

—No puedo.

—Sí puedes —me contradijo.

Todo en él me tentaba, su voz, su mano, su cuerpo. En este punto ya no quería que me soltara, solo que me poseyera. Quería someterme a él, lo deseaba más que nada en este mundo. Pero no podía hacerlo, no al precio que me imponía.

—Mi Amo, haré lo que tú quieras. Lo he hecho siempre, desde que te conocí. Todo. Incluso cuando he intentado oponerme y he discutido tus órdenes siempre he cedido a tus deseos. Pero esto... no puedo hacerlo.

—Eso ya lo veremos.

Ahora mismo, eso era mucho peor que una amenaza. No sabía cuanto tiempo más resistiría antes de doblegarme.

Se levantó y salió de la habitación. Temí que se hubiera enfadado. Hasta ahora la única arma que había utilizado había sido el placer. La última vez

había usado el dolor y había sido mucho más rápido. Esperaba que no se lo estuviera replanteando.

Volvió a entrar cinco minutos más tarde. Habían sido eternos. Me estaba abrasando por dentro. Me miró y sonrió complacido. Estaba demasiado excitada para poder disimular mi estado.

—Llevas demasiada ropa —me enseñó las tijeras en su mano derecha. — Voy a solucionarlo. —Subió a la cama y se sentó entre mis piernas. Cogió el camión desde el final de la falda con la mano izquierda y lo levantó hasta la altura de las tijeras. —Dime ¿quieres que lo haga?

Pero, ¿cómo podía excitarme tanto cuando estaba amenazándome con arrancarme el vestido? Sin embargo, no pude negarme. Quería estar desnuda ante él, tal vez entonces conseguiría provocarle. Asentí.

—No es suficiente. No me gustaría hacer nada en contra de tu voluntad — dijo con sarcasmo. —Pídemelo.

—Arráncamelo —no se movió. No aceptaba órdenes, ni mías, ni de nadie. —Por favor —Seguía sin moverse. Sabía lo que estaba esperando. —Mi Amo.

Hizo un pequeño corte con las tijeras al final de la falda y las dejó en su mesita de noche. Volvió a arrodillarse entre mis piernas y cogiendo un lado con cada mano, tiró con fuerza, rasgando la tela.

—Eres preciosa —le miré. El origen y la solución de todos mis males. Siempre. Había sido así desde que le conocí. —Ríndete a mí. Ahora.

Su semblante duro e inflexible derrochaba sensualidad. Sus dedos paseaban por mi piel, quemándome. Todo mi cuerpo quería sucumbir, entregarse a él. No podía seguir ignorando lo que me estaba pidiendo a gritos.

—Quiero que lo pienses —su voz era insinuante y tentadora.

Se recostó a mi lado. Me fijé en el bulto de sus pantalones, que no podían disimular el tamaño de su polla en erección. Aún no se los había quitado, y no lo haría hasta que fuera a entrar en acción.

—Solo imagínatelo —su mano bajaba lenta y cruelmente. Sus dedos se recrearon en mi ombligo antes de seguir su camino. —Visualiza la escena en tu cabeza. Saborea el placer que recibirás... —su dedo índice se paró sobre los labios de mi sexo, estaba tan mojado que se hundía, separándolos —... y el que me darás a mí.

Le obedecí. Me dejé llevar por la imaginación, y en un segundo, me vi inmersa en una torrida fantasía. Era demasiado vívido, solo lo estaba empeorando.

—Por favor, Sergio...

—No. Ni se te ocurra. No para esto.

Había utilizado su nombre como palabra de seguridad en el pasado y había reaccionado. No lo iba a aceptar esta vez.

—Sergio, ¿qué más quieres de mí?

La desesperación estaba haciendo mella en mí. Estaba forcejeando con los brazos, tirando con todas mis fuerzas, necesitaba romper esa cuerda.

—Ya deberías saberlo. Lo quiero todo.

—Mi Amo, —rectifiqué —no puedo más. Me quemas... me dueles... te necesito —moví la pelvis, intentando que su dedo resbalara sobre mí. Lo subió hasta mi clítoris y apretó.

—No te creo. Si eso fuera verdad, lo remediarías. Y te advertí que si alguna vez me mentías, tendrías el peor castigo.

Bajó hasta mis pies y me desató un tobillo tras otro. Masajeó la piel que había estado en contacto con las cuerdas. La forma en que me frotaba ya constituía un castigo. Junté las piernas y las apreté. No me estaba permitido cruzarlas en su presencia.

Después subió por mi cuerpo, con su cara a un centímetro de mi piel, sin llegar a rozarme. Paró a la altura de mi boca. Le ofrecí mis labios. Sus ojos negaron mientras sonreía cruel.

Me soltó las manos y repitió la misma operación con mis muñecas, lentamente. Me estaba atormentando. Cerré los ojos. No entendía lo que pretendía. Hasta que habló.

—Es tarde. Mañana volveremos a empezar. Podré dedicarte toda la tarde.

—No, por favor, mi Amo —mis ojos se empañaban por la desesperación.

—Recuerda mis normas —sabía perfectamente a qué se refería. Tenía prohibición de darme placer de ninguna forma a menos que fuera por petición suya expresa. —Voy a enseñarte lo que significa ser mía.

- O -

Llegué al aeropuerto y me quedé paralizada ante las puertas de la terminal. Apenas una hora antes había tomado la decisión más difícil de mi vida. ¿Qué estaba haciendo? Cada cinco minutos la misma pregunta me había asaltado. Todavía podía volver. Sergio nunca lo sabría. Solo volvería a casa y me encontraría esperándole, como cada día.

No había prestado atención a la ropa que había apretujado en mi mochila, solo había cogido lo que quedaba en las capas superiores de los cajones. Sin pensar, y sobre todo, sin saber adónde me dirigía.

Empecé diez cartas explicando todo lo que sentía y todas acabaron inconclusas en la basura. Finalmente garabateé una nota corta y la dejé sobre su escritorio con su alianza.

“Necesito tiempo para pensar. Parece que no soy capaz de hacerlo con claridad cuando estoy cerca de ti. Ahora mismo no veo la forma. Te quiero, Clara”

Eché un último vistazo a la habitación, cogí la funda de su almohada, la olí y la metí en mi bolsa. Necesitaría algo más que mi fuerza de voluntad para seguir adelante.

La primera opción fue Marie, sabía que me ayudaría. Pero no era justo. No tenía derecho a ponerla entre Sergio y yo. La segunda opción, Ahren, la descarté en seguida. Ya había hecho bastante. Mi familia tampoco era una opción; ni podía, ni quería darles las explicaciones que me exigirían. Necesitaba un refugio. Alguien totalmente desvinculado que no hiciera preguntas. Y sobre todo, que no supiera nada de Sergio.

Volví a mirar las puertas de la terminal, todavía no acababa de estar convencida. Cuando cruzara esas puertas, ya no habría vuelta atrás. Pero no podía volverme atrás. Sabía perfectamente lo que ocurriría si lo hacía y esta vez no podía ceder. Otra vez no..

I

—Hola —dijo una voz grave y rasgada a mi espalda.

Me giré y allí estaba, apoyado en la pared al lado de la entrada del bar. El pelo moreno le caía despeinado sobre la cara. Sus ojos oscuros se aclaraban a medida que se acercaba, revelando su verdadero color castaño cuando se encontró a solo dos pasos de mí. Su ropa se parecía a la de ayer: camiseta gris y vaqueros negros, algo desgastados, solo que hoy lo completaba con una chaqueta de cuero. El veredicto era el mismo: totalmente irresistible.

Me quedé en blanco y, aunque intenté mantenerle la mirada, esta vez bajé la vista al suelo.

—¿Estás enfadada conmigo? —dijo avanzando un paso más.

Demasiado cerca.

—¿Qué? ¡No! ¿Por qué habría de... —pero cuando vi su expresión, paré en seco. Tenía una sonrisa burlona, no... divertida.

—Vaya, ya me hablas. Y me miras... Empezaba a creer que después de ayer había dejado de interesarte.

—Mira, yo...

En este punto no sabía realmente que decirle. No esperaba volver a encontrarme con él. Aunque esa excusa flojeaba bastante teniendo en cuenta que casi había arrastrado a mis amigos al lugar del crimen, el bar donde le había visto el día anterior.

—... yo siento si te di la impresión equivocada ayer —dije cuando conseguí juntar las palabras. —Creo que había bebido demasiado y... —y sus ojos me volvieron a atrapar, como lo habían hecho la noche anterior, en ese mismo lugar. Era absurdo, ni siquiera habíamos hablado. Pero había que poner punto y final. Aquí y ahora.

Volvió a sonreír aunque esta vez su cara reflejaba su incredulidad. No se había creído ni una palabra. Yo no me había creído ni una palabra.

Acercó su mano a mi mejilla y con su dedo índice me acarició debajo de ojo izquierdo. Después se quedó parado con su dedo extendido delante de mi

cara. Y, al contrario de lo que me había sucedido unos minutos antes, ahora luchaba sin éxito por escapar de su mirada.

—Pide un deseo —le miré escéptica. —Hazlo —su voz cálida y firme encerraba una promesa a la que era imposible resistirse.

Le obedecí y cuando abrí los ojos, sopló en su dedo y la pestaña que acababa de recoger, desapareció.

—Mira, tengo... —¿por qué me costaba tanto decírselo? Es más, ¿por qué había tardado tanto en decírselo? —...novio.

En un movimiento rápido pero no brusco, su brazo derecho se deslizó alrededor de mi cintura mientras la mano izquierda se apoyaba en mi cadera. Un segundo más tarde mi cuerpo estaba contra el suyo y su mano izquierda había trepado hasta el reverso de mi cuello. Y me besó. Me besó como si no pudiera contenerlo por más tiempo. Me besó como hacía años, que parecían siglos, que no me habían besado. Sus labios, sobre los míos, dibujaban un beso largo, húmedo, firme. Y sin ninguna resistencia por mi parte.

Sus ojos se quedaron fijos en mí, buscando una reacción que no llegó. Aunque lo hubiera intentado no habría podido separarme de su cuerpo. Pero no lo intenté. En aquel momento no cabía nada más dentro de mi cabeza.

—Ven conmigo. —Cogió mi mano y tiró de mí. Y fue como si despertara de un sueño, de repente la realidad me golpeó.

—¿Y mis amigos?

—¿Prefieres esperar a que salgan?

Era obvio que ni siquiera lo contemplaba como una posibilidad porque seguía llevándome. Y no lo era. No tenía sentido quedarme allí esperando a que me vieran besándome con un desconocido.

Solo tenía dos opciones: soltar su mano, dejarle claro que no estaba interesada y volver al bar con mis amigos... o seguirle. Pero la primera opción no se detuvo en mi cabeza, creo que ni siquiera la consideré como una alternativa posible o real a tener en cuenta. Solo seguía andando.

—¿Adónde vamos? —aunque hubiera sido más correcto preguntar ¿adónde me llevas?

—A un sitio más tranquilo, donde podamos hablar —me miró cuando decía la última palabra y al verme, se detuvo y giró el resto de su cuerpo mientras el mío seguía avanzando por la inercia hacia él hasta que me tuvo en sus brazos.

Se fue acercando a mí, muy despacio, como pidiéndome permiso o

retándome a que me separara. No lo hice. No podía hacerlo, era demasiado tarde. Solo deseaba que volviera a besarme. Necesitaba comprobar si la sensación que había tenido unos minutos antes era real. Sus labios siguieron hasta juntarse con los míos. En el momento en que se encontraron, me arrastró hasta un portal que había a unos dos metros a nuestra izquierda, y me apoyó en la pared sin dejar de besarme.

—Dime, ¿por qué has vuelto al bar esta noche?

A apenas dos centímetros de sus labios, me miraba fijamente, como si quisiera encontrar la respuesta en mis ojos. Como si no la supiera... No podía hablar, me faltaba valor para contestar.

—Voy a ayudarte. Querías verme.

Asentí levemente y solo reconocerlo, fue como si una bomba de adrenalina explotara en mí. Me premió con un segundo beso más salvaje y primario. El beso que había estado contenido desde la primera vez que nos vimos. Sus dientes arañaban las comisuras de mis labios, su lengua se adentraba en mí reclamándome, mientras su mano se perdía en mi pelo, y todo su cuerpo se imantaba con el mío. Su pelvis presionaba la mía contra la pared lateral del portal y mi pecho estaba sujeto por el suyo.

—Creo que tu novio se va a enfadar —me dijo sonriendo cuando separó su cara. Su cuerpo, por el contrario, seguía muy cerca del mío. Demasiado.

—¿Es éste el sitio más tranquilo en el que querías hablar? —le dije intentando sonar sarcástica. Desafortunadamente, estaba demasiado excitada para dar cualquier otro matiz a mi voz.

—No, claro —volvió a sonreír —esto es solo una parada de contingencia —cogió mi mano y reanudó la marcha tirando de mí suavemente. Apretó el paso, tenía ganas de llegar. Yo estaba impaciente y ni siquiera sabía a donde nos dirigíamos, pero esperaba que fuera un lugar privado.

- O -

—Y ahora dime, exactamente ¿en qué crees que me diste la impresión equivocada anoche? —fue lo primero que me dijo en cuanto nos sentamos en la mesa del local al que entramos.

No era el tipo de bar que me esperaba. No es que hubiera tenido mucho tiempo para pensar, ni sangre en el cerebro para hacerlo; pero ni siquiera sabía que existieran locales así en mi ciudad. La clase de sitio donde pagas

más por estar que por lo que estás tomando.

A la izquierda de la puerta, había un escenario bajo, que apenas levantaba la altura de un escalón del suelo. Sobre él, un hombre de pelo largo recogido vestido con un traje negro tocaba un gran piano de cola. En la otra esquina, una chica rubia con un vestido negro largo de tirantes estaba sentada en una silla de terciopelo granate tocando un contrabajo. En medio, camuflado detrás de una batería y debajo de un sombrero de ala ancha negro con una cinta blanca, el percusionista marcaba el ritmo del grupo con los ojos cerrados.

En primera fila, la solista, con una deslumbrante melena rizada y un vestido largo granate, cantaba mientras esbozaba una amplia sonrisa, bailaba o se giraba para mirar y compartir bromas con el resto del grupo. Parecían bastante buenos. Tocaban una versión jazz de “Puttin’ on the Ritz”. Muy apropiado.

Frente al pequeño escenario, se abría un espacio diáfano, poblado por sofás, butacas y mesas bajas, distribuidas de forma estratégica para crear espacios privados. Estaba iluminado con luces tenues e indirectas que le daban un ambiente cálido. Nos sentamos en un sofá de piel marrón envejecida, en una de las esquinas. Había elegido el sitio más discreto del local y sinceramente se lo agradecía.

Él se sentó de lado, con su espalda apoyada en el reposabrazos. Parecía el cantante de algún grupo famoso preparado para conceder una entrevista. Clavó sus ojos en mí y no los apartó en ningún momento. Los podía sentir, aunque no me atrevía a mirarle. Me senté de frente y simulé prestar atención a la banda, mientras intentaba ordenar mis ideas. Realmente eran buenos.

—Será mejor que me vaya —fue mi respuesta a su pregunta.

Al fin y al cabo, ¿qué estaba haciendo allí? Estaba claro que no tendría que haber ido, pero aun no era demasiado tarde y, haciendo honor a la sabiduría de mi madre, una retirada a tiempo siempre, siempre es una victoria.

No vencí.

—Espera, Clara —me dijo posando su mano en mi rodilla, muy suave, pero me paralizó.

—No recuerdo haberte dicho mi nombre.

—No lo has hecho —y se giró a la camarera que acababa de llegar a nuestra mesa para pedir dos Jameson con cola, mi bebida, dejándome totalmente confundida.

Mientras yo jugaba nerviosamente con una carta de Gin Tonics Premium

que mis manos habían encontrado sobre la mesa, la camarera le miraba embobada, supongo que este era el tipo de reacción que provocaba. No pareció advertirlo. Volvió a dirigirse a mí.

—Fuimos al mismo instituto —y en aquel momento tuve un flashback por primera vez en mi vida.

Por eso su cara me era tan familiar. Estaba en el último año cuando yo entré. ¿Cómo se llamaba? No podía recordar su nombre, tenía fama de reservado. Un día que nos llevaron a todos al salón de actos porque consiguió algún premio nacional por sus notas o algo así. ¿O era otro chico? Era imposible recordarlo, había pasado demasiado tiempo. Más de quince años.

—¿No te acuerdas de mí? —por un segundo me pareció que estaba decepcionado. No tenía sentido, ni siquiera habíamos cruzado palabra. Aunque se acordaba mi nombre, y eso sí me hacía sentir muy halagada. Desde luego, tenía que ser un genio si podía retener los nombres de las chicas del instituto tres cursos por debajo después de tantos años.

—Sí... Lo siento, no recuerdo tu nombre —cambié de posición, y me senté de lado, apoyada en el otro reposabrazos. De alguna forma, ahora que sabía que le conocía, me sentía más relajada. Además, eso ponía más distancia entre nosotros, lo cual me ayudaría a ver las cosas con más claridad. Al menos, eso esperaba.

—Me llamo Sergio —sí, eso era.

No me fijé mucho en él en el instituto, acababa de aterrizar y en aquella época me fijaba más en los que hacían más ruido. Como decía mi madre, chicos de greñas y camisetas de calaveras. Además, él era uno de esos chicos que tenía su propio grupo de admiradoras, entre ellas alguna de mis amigas.

Aunque pareciera imposible, había ganado con los años. Su aspecto era bastante parecido, el pelo un poco más largo, pero su mirada era mucho más intensa. También podría ser que nunca antes le había mirado a los ojos, lo cual en ese instante me parecía increíble.

Todavía no podía entender que hacía allí conmigo. No sabía qué palabras utilizar, pero necesitaba averiguarlo.

—¿Por qué me has traído aquí? —quizás no fui demasiado sutil.

—Porque quiero conocerte mejor —me miraba con curiosidad, por primera vez yo dirigía la conversación y creo que quería saber por dónde iba.

—¿Por qué?

—Porque me gustas —su forma de mover los labios era tan atrayente.

«¿Por qué?» Por suerte, la pregunta quedó en mi cabeza. Justo en ese momento apareció la camarera con nuestras bebidas, y esta vez, venía dispuesta a llamar su atención. Le guiñó un ojo mientras se inclinaba para dejar las bebidas en la mesa dejando entrever un generoso escote, y no pude evitar sentirme celosa. Realmente, no tenía ningún derecho y al segundo descubrí que tampoco ningún motivo. Solo le dijo un “gracias” tan seco que más bien pareció un “lárgate” y volvió a dedicarme toda su atención. Por alguna razón, aquello me proporcionó una confusa sensación de bienestar.

—No debería dejarte beber —dijo con tono autoritario. —Especialmente después de que ayer volvieras tambaleándote a casa. Por cierto, no deberías andar sola por la calle a esas horas.

¿Pero cómo coño podía saberlo? Hasta donde podía recordar era completamente imposible. Le había visto en el último bar al que entramos. No podía parar de bailar. Había aterrizado en España apenas unas horas antes y, mis amigos me llevaron del aeropuerto al primer bar para celebrarlo. Cuando le encontré, ya llevábamos cinco bares más, tres personas menos y habíamos perdido la cuenta de los chupitos de tequila.

Entonces sus ojos me atraparon. Sergio estaba parado a unos dos metros de mí con un grupo de amigos. No hablaba, no se movía, solo me miraba. Le hablaban, él sonreía y asentía, pero toda su atención era para mí. Empecé a bailar para él mientras le mantenía la mirada, contoneándome sinuosamente. Solo para él.

De vez en cuando, intentaba escapar. Daba vueltas bailando con mi amiga y le enseñaba la espalda, pero era más fuerte que yo, y no tardaba ni dos minutos en volver a mi posición inicial para comprobar si sus ojos seguían clavados en mí. Y siempre lo estaban. Deseaba que se acercara, que dejara de observarme, que me hablara, que desapareciera. Y cuando estaba totalmente confundida, se fue.

—¿Cómo lo sabes? Te fuiste antes que yo.

—Porque volví. Tenía que llevar a un amigo a su casa y cuando regresé, vi cómo te despedías de tus amigos y te ibas sola. Te seguí para asegurarme que llegabas bien a casa.

—¿¿Me seguiste??

—Estaba preocupado —su tono de voz seguro y tranquilo contrastaba con mi estado de conmoción. Una mezcla de sentimientos contrapuestos turbaba mi mente. No sabía si sentirme agradecida o indignada. —Estabas andando sola

por la calle a las cinco de la mañana visiblemente borracha. Podría haberte pasado cualquier cosa.

—Está claro que no —la indignación ganó. —Para eso estabas tú allí, para salvarme ¿no? Deberían nombrarte mi ángel de la guarda.

Me pareció que, por un segundo, una nube de enfado cruzó su rostro. Durante ese segundo, me arrepentí de cada una de las palabras que había dicho.

—Tienes razón. Anoche tu peor peligro en la calle era yo —un escalofrío recorrió mi cuerpo. Volvió a hablar recreándose en sus palabras. Sus labios se movían de manera hipnótica.

—Entonces hiciste muy mal tu trabajo. Llegué sana y salva a casa.

—Dime, ¿ahí es donde vives con tu novio?

—No, ahí viven mis padres, yo vivo en Dublín.

—¿Con tu novio?

—Sí —a pesar de su interés, no era el mejor tema de conversación. —¿Y tú, vives aquí?

—¿Cuánto tiempo llevas con él?

—Eh, eso no es justo. Tú no has respondido a mi pregunta.

—Nunca te he dicho que fuera a ser justo —no pude evitar reírme, aunque su tono era más sugerente que cómico. —¿Cuánto tiempo?

—No, no, no. Esto no funciona así. Si tú no respondes a mis preguntas, yo tampoco lo haré.

Me miró de arriba a abajo, muy despacio. Puede que intentara intimidarme, o simplemente descubrir si iba en serio. Estaba muy claro que estaba acostumbrado a ser él quien ponía las reglas y no pareció gustarle el cambio.

—Como quieras —dijo finalmente mientras ladeaba su cabeza como un genio concediendo un deseo. —Vivo en Berlín. ¿Cuánto tiempo?

—Esa respuesta es muy corta. Yo te he dicho con quien vivo.

—Tú has puesto las normas y no has dicho nada sobre la longitud de las respuestas.

—Pero... —me deslumbró con una electrizante sonrisa que me hizo olvidar las palabras que venían a continuación.

—Cuando yo ponga las normas me aseguraré de ser lo bastante específico para conseguir exactamente lo que quiero.

Notaba como mi tanguita se humedecía por momentos debajo de mi falda.

Creo que era la primera vez que me excitaba tan solo hablando con un chico, y me sorprendí intentado recordar qué ropa interior llevaba. Mi cuerpo tenía muy claro como quería terminar la noche. Tenía la boca seca. Le di un trago largo a mi bebida.

—¿Cuánto? —insistió.

—Tres años y medio —me sentí estúpida por contar los medios como hacen los niños pequeños cuando dicen su edad.

—Es mucho tiempo ¿cómo le conociste?

—Buen intento, pero es mi turno. ¿Tienes novia? ¿o pareja? —me apresuré a añadir. Sentía mi cara ardiendo, sabía que estaba roja como un tomate.

Sergio esbozó media sonrisa, pero no contestó. Estaba disfrutando, aunque no sabía si era por mi vergüenza o por mi interés. No solo estaba controlando la situación, me estaba dejando muy claro que lo hacía.

—No. ¿Le has engañado alguna vez? —eso me pilló por sorpresa. Había cambiado la pregunta.

—No, yo... nunca.

—Hasta hoy... —afirmó. Tenía que cambiar de tema.

—¿En qué trabajas?

—Trabajo en una multinacional en el departamento de desarrollo y planificación de negocio. ¿Y tú? —no había entendido ni una palabra de lo que había dicho, pero había funcionado.

—Bueno es un poco complicado —le empecé a explicar mi trabajo. Como tenía que encargarme de los chicos acogidos en un país extranjero, y asegurarme de su bienestar personal y su escolarización. Sin darme cuenta, me solté y le conté algunas anécdotas de los chicos más despistados. Por alguna razón él parecía muy interesado en todo lo que le contaba, y fue el primer momento en el que me hizo sentir realmente relajada.

La camarera volvió para llevarse las copas vacías y traer otra ronda, aunque esta vez no hubo ni rastro de guiño. Cuando se fue siguió preguntándome, sin embargo, suponía que no era verdadero interés. Al menos no de ese tipo.

—Será mejor que no te aburra más —estaba claro que me había visto el día anterior y, por alguna razón, le había llamado la atención. —Me emociono en cuanto empiezo a hablar de los niños —no había intentado nada porque estaba demasiado borracha, y eso le honraba. Pero hoy... esperaba que tuviera otra idea en la cabeza, y ya habíamos hablado bastante.

—No me aburres, todo lo contrario. Te apasiona tu trabajo y eso me encanta. Es una virtud difícil de encontrar —hablaba completamente convencido, lo cual me sorprendió mucho.

—Supongo que no me has traído aquí para que te hable de mi trabajo ¿verdad?

—¿No? ¿Y para qué supones que te he traído aquí? —¿Quería jugar? Bien, yo también sabía. Tal vez me faltaba práctica, pero iba a intentarlo.

—A ver... déjame pensar... luces bajas... música jazz... sofá en un rincón... —puse cara de intentar atar cabos, levantando la vista al techo mientras jugaba con un mechón de pelo entre mis dedos.

—¿Crees que quiero follarte? —me susurró al oído. Se había acercado mientras no le miraba y ahora su cuerpo volvía a estar demasiado cerca del mío. Sentir su respiración en mi cuello me acabó de desconcentrar. —Para eso no necesitaba traerte aquí —en este punto tal vez debí sentirme ofendida, pero tenía razón. Estaba tan caliente, que si no hubieran sido las once de la noche incluso podría haber considerado hacerlo en el portal. —Quiero algo más — se detuvo y esperó hasta que no pude aguantar más y tuve que preguntarle.

—¿Qué quieres?

—Quiero que seas mía —volvía a sentir como mi cara ardía, debía estar roja otra vez aunque no era esa precisamente la parte de mi cuerpo donde la sangre se estaba concentrando. Una imagen había cruzado fugazmente mi cabeza.

—¿Qué? —apenas me salió un hilo de voz. No podía decir que sí, no quería decir que no.

—Quiero. Que. Seas. Mía. —repitió muy despacio, saboreando cada palabra.

—¿A qué te refieres? —me temblaba la voz.

—Sabes perfectamente a que me refiero —seguía susurrando en mi oído. Su pelo rozaba en mis mejillas. —Por eso te has puesto roja.

—Yo no... —puso un dedo en mi boca en señal de silencio.

—Simplemente di sí.

—Sí —fue una respuesta automática, salió de mis labios antes de que mi cerebro pudiera filtrarla. Volvió a sonreír triunfalmente.

— Ven, vamos a necesitar un sitio más tranquilo para hablar ahora.

II

—Has dicho que sí ¿por qué?

—Porque tú me lo has pedido.

—Buena respuesta. ¿Sabes que es la dominación?

—Sí. He jugado a juegos de rol, a veces —y era verdad... una vez.

—No estoy hablando de juegos —de repente se puso muy serio. —Si eres mía lo serás completamente. Harás lo que yo diga cuando yo diga. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Repítelo.

Estábamos sentados en el sofá de su habitación de hotel. En principio entendí que me llevara a un hotel, ya que ninguno de los dos teníamos casa propia en la ciudad. Sin embargo, me sorprendió que todas sus cosas estuvieran ya allí.

La habitación era grande y moderna. Estaba dividida en dos estancias aparte del aseo y el balcón. Además del sofá, había una mesita de té, una televisión de pantalla plana colgada de la pared y un escritorio, con un portátil encendido y otro cerrado.

Cuando llegamos a la habitación, me ayudó a quitarme el abrigo. Fue más contacto del que habíamos tenido en todo el camino. No había intentado besarme, ni tan solo me había cogido de la mano como antes. Y sin embargo, o tal vez por eso, cada vez lo deseaba más. Solo en el ascensor, había llevado su mano hasta mi barbilla para levantarme la cara y obligarme a mirarle a los ojos.

Me llevó al sofá y me pidió que me sentara. Mi nivel de nerviosismo crecía por momentos. Volvió en un minuto con un gran vaso de agua y sin su chaqueta. La camiseta caía por sus anchos hombros y marcaba levemente sus pectorales.

Se sentó a mi lado, levantó mis piernas y las puso sobre las suyas, lo que hizo que todo mi cuerpo girara para mirarle a él. Intenté colocarme la falda

que había subido demasiado y dejaba entrever la mitad de mis muslos, pero cogió mi mano antes de que pudiera hacerlo y la puso a un lado, dejándome claro que no quería que lo hiciera. Me dio el vaso de agua.

—No quiero que esta noche hagas nada inducida por el alcohol —fue lo primero que me dijo.

Después empezó la conversación, mientras me hablaba sus dedos paseaban distraídamente arriba y abajo por mis muslos hasta las rodillas y volvían a subir hasta el borde de mi falda.

—Haré lo que tú digas cuando tú digas —repetí como me había pedido.

—Bien. Muy bien. Esto será lo primero que harás. Vas a ir al cuarto de baño, te vas a quitar las medias y lo que lleves debajo y volverás a sentarte aquí igual que estás ahora. ¿Lo has entendido?

—Sí.

—Hazlo —me levanté del sofá con la mayor gracia que pude y fui al aseo.

Cuando volví a su lado no llevaba absolutamente nada debajo de la falda. Me senté a su lado y volvió a colocar mis piernas encima de las suyas. Ahora era mucho más consciente de la sensación de humedad y del calor que desprendía. Esta vez no intenté colocarme la falda. Empezó a acariciar mis piernas otra vez, pero esta vez cuando llegó al borde de la falda tuve que cerrar los ojos. La piel de mis muslos se erizó debajo de sus dedos.

—Así estás mejor. Cuando estés conmigo no llevarás nada que me impida el acceso —no contesté. Estaba demasiado concentrada en su mano volviendo a bajar por mi muslo. —¿Lo has entendido?

—Sí.

—Y cuando estemos solos te dirigirás a mí como tu Amo.

—Sí... mi Amo —me costó, pero al final lo dije. Solo me había puesto tres reglas y ya me sentía completamente sometida.

—Mucho mejor. Ahora podemos seguir la conversación. No sé exactamente a qué “juegos” habrán jugado contigo, pero necesito asegurarme de que tienes claro lo que quiero hacer contigo antes de empezar. Soy bastante exigente y cada infracción conlleva una pena. ¿Sabes lo que eso significa?

—Sí, mi Amo

—¿Qué?

—¿Que me castigarás si hago algo que no te gusta? —bebí un gran trago de agua. Tuve que coger el vaso con las dos manos porque me temblaban. Cuando iba a volver a dejarlo, lo cogió de mis manos, bebió un poco y lo dejó sobre

la mesa.

—Estás nerviosa —no era una pregunta. Volvió a levantarme la cara poniendo su mano en mi barbilla, aunque esta vez comprendí que no quería que volviera a bajarla.

—Lo siento, mi Amo.

—No te disculpes. No es culpa tuya. Además, me gusta.

Seguro que sí. Probablemente lo estaba haciendo aposta. Seguro que tenía este movimiento muy trabajado y seguro que todas reaccionaban exactamente igual: diciendo que sí, llamándole mi Amo y haciendo todo lo que les pedía. Debía estar acostumbrado a que todas se sometieran, y con razón.

Intenté apartar esos pensamientos de mi mente y dejarla en blanco. Esta noche quería hacer una locura, algo irresponsable. Por una vez, quería dejarme llevar y pensaba disfrutarlo.

—Clara, me pertenecerás sólo a mí y no sólo cuando estemos en la cama. Siempre. Te poseeré en todo momento —no podía aguantar más. —A cambio yo te daré lo que necesites.

—¿Cómo? —¿de qué coño estaba hablando? —¿a qué te refieres? —me puse muy tensa, no me gustaba lo que estaba dando a entender.

—No me refiero a lo que estás pensando —estaba claro que mi cara reflejaba lo que pasaba por mi cabeza. —La dominación conlleva un carga psicológica muy importante. Como tu Amo, me estás cediendo el poder de tomar todas tus decisiones. Mientras seas mía, yo seré responsable de tu bienestar personal. Quiero que me pidas todo lo que necesites —su tono dejaba claro que no se estaba refiriendo a cosas materiales —yo me encargaré de que siempre estés bien, cuidaré de ti y cubriré tus necesidades —cubrir mis necesidades, eso me gustaba.

Y ahora mismo, necesitaba que me volviera a besar. Haría lo que fuera, lo que me pidiera, pero físicamente, necesitaba que lo hiciera ya. Tenía que intentar algo. Inicié mi táctica de ataque.

Enderecé mi espalda inclinándome ligeramente hacia adelante, acercándome a él hasta que mi cara estuvo lo bastante cerca de la suya. Me mordí el labio inferior, alcé la mirada y suspiré. Tal vez sea demasiado sutil, pero nunca he sido muy lanzada. Hasta ahora siempre había funcionado.

Sonrió y negó muy despacio con la cabeza, luego llevó su dedo pulgar a mis labios, los acarició y dijo —Todavía no. Hay algo que tienes que hacer primero.

—¿Qué? —casi se me olvida —mi Amo.

—Dame tu móvil —obedecí y cuando lo tenía en su mano, me preguntó —
¿Cómo se llama?

—¿Quién? —estaba completamente perdida.

—Tu novio.

—Killian —respondí mecánicamente —¿por qué? —ahora sí que no entendía nada. Estaba demasiado excitada como para atar cabos.

—Por qué mi Amo —levantó un poco la voz, se estaba impacientando.

—Lo siento. ¿Por qué, mi Amo?

—Déjale —me pasó el teléfono, ya estaba llamando. Mierda.

—¿¿Qué?? ¡¡No!! —colgué muy rápido, esperaba que no hubiera llegado a sonar.

—"No" es una respuesta que no acepto de mis sumisas —¿sus sumisas? ¿pero cuántas tenía? —O le llamas y le dejas ahora o ... —¿o qué? ¿le iba a llamar él? Primero tendría que quitarme el móvil —... o puedes irte.

Me quedé callada, considerando mis opciones. Irme no era una opción, no lo había sido en ningún momento. Tal vez pudiera convencerle. Tenía que elegir muy bien mis palabras. Ya había decidido dejarle, era algo que tenía claro antes incluso de pisar la habitación, pero no ahora, no así.

—Mi Amo, voy a dejarle, pero va a ser una conversación larga y...

—No, —me cortó. Estaba enfadado o al menos muy serio —será rápido. Vas a dejarlo, no hay una forma de que no le hagas daño, al menos será rápido —en eso tenía razón. —¿O pensabas meterte en mi cama y luego volver a casa con él?

—¿¿Qué?? ¡¡Claro que no!! Además, ¿a ti que más te da? —levanté la voz sin darme cuenta. No tenía ningún derecho a juzgarme. En dos días volvería a Dublín y ni siquiera nos volveríamos a cruzar. ¿Por qué le importaba?

Nos quedamos callados durante lo que pareció una eternidad. Esperaba a que me dijera que me fuera, que ya se había cansado de hablar. Seguro que "sus sumisas" no discutían nada; es más, seguro que tenía una norma para eso. No sabía si estaba más ofendida o cabreada. Su expresión no había cambiado, seguía sin poder decir si se había enfadado o no.

—Ya me has obligado a besarte mientras eras suya —no podía creer lo que estaba diciendo.

—¿Obligado?

—¿Me habrías seguido si no lo hubiera hecho? —touché. No le respondí,

lo cual hacía más obvio que tenía razón. —No serás mía mientras seas de otro —dijo finalmente. Por alguna razón que no alcanzaba a entender, parecía muy importante para él y estaba claro que era su última palabra.

—Hola Killian —respondió al segundo tono. Tenía razón, había que hacerlo y cuanto antes mejor. Fue más corto de lo que esperaba. No tenía sentido darle más vueltas, no le haría sufrir menos. Ni reproches, ni gritos, ni insultos. Sólo poner las palabras a algo que ya estaba roto. —Lo siento, Killian. Se ha terminado.

Cuando acabé me di cuenta de que estaba de pie, en el centro de la sala. Había estado andando en círculos durante los dos minutos que habíamos hablado. Sergio estaba detrás de mí, sentía su pecho en mi espalda. Cogió el móvil de mi mano, lo apagó y lo dejó caer sobre la mesita a su izquierda.

Me dio la vuelta y examinó mis ojos. Creo que buscaba alguna lágrima, pero no la encontró. Yo sí vi algo en los suyos, un brillo, aunque no podía descifrar si era triunfo, orgullo o algo más. Su cara permanecía impassible.

—¿Te arrepientes?

—No, mi Amo —y por fin, volvió a sonreír, y cualquier duda que hubiera podido tener, se esfumó con su sonrisa.

Me cogió de las dos manos, y me abrazó, dejando mis brazos inmovilizados en mi espalda. Me atrajo hacia él, bruscamente, hasta que mis labios chocaron con los suyos. Me apretó todavía más, dejándome sentir su erección entre mis piernas, incliné ligeramente mi cabeza para que pudiera besarme más profundamente. Sentí que nos movíamos, me dejé llevar, aunque no sabía hacia dónde. Solo daba pasos hacia atrás y dejaba que me dirigiera mientras seguía besándome.

Al entrar al dormitorio, se paró, se apoyó en el aparador que había al lado de la puerta, y abrió sus piernas, colocándome en medio. Ahora su erección se me clavaba totalmente, como si quisiera atravesar el vaquero que lo cubría.

Me soltó las manos y se quitó la camiseta. Aquello fue demasiado para mí. Mi respiración se agitó, mi pulso se aceleró y mi sexo se inundó. Subí la mano hasta su pecho y la fui bajando, recorriendo sus abdominales definidos muy lentamente.

Mientras tanto él había llevado las manos a mi cintura y las iba subiendo poco a poco, las palmas de sus manos abiertas, sus dedos extendidos intentando abarcar la máxima porción de mi piel, hasta que llegó a mi sujetador. Deseaba que lo arrancara, que lo rompiera en pedazos. En vez de

eso, metió sus pulgares por debajo de las copas y buscó con ellos hasta que llegó a los pezones.

—Están muy duros, ¿por qué? —me cogió completamente descolocada. Titubeé, pero no conseguí pronunciar ni una palabra entera que tuviera sentido. —Contesta —me exigió.

—Por ti, mi Amo —le gustó mi respuesta.

Sacó los pulgares de las copas del sostén y siguió subiendo sus manos por mi torso, levantándome la blusa hasta que me la quitó y la lanzó al otro extremo de la habitación. Me apoyé en él, quería sentir el tacto de su pecho desnudo en el mío. Tenía poco pelo, pero no se lo había quitado. Me gustó como acariciaban la parte de mi pecho que quedaba descubierta.

Sin soltarme, se separó del aparador, lo suficiente como para colocarme a mí en su lugar. Me levantó y me sentó sobre el mueble. Ahora estábamos a la misma altura. Abrió mis piernas, pasando su dedo índice por la cara interior de mis muslos, y mientras se colocaba en medio, me acercó hasta dejarme sentada en el filo. Con sus manos, hizo que mis piernas le rodearan.

—Aprieta —era como si me hubiera leído la mente, no había nada que quisiera hacer más en este mundo.

En el instante que cerré mis piernas a su alrededor para atraerlo más hacia mí, él tiró del trozo de tela de falda que quedaba entre mis piernas, rozándome con él hasta que fue sustituido por la tela vaquera de sus pantalones, en contacto directo con mi sexo, completamente empapado. Escuché un gemido y me di cuenta de que era mío. Sus ojos ardían, casi podía ver las llamas.

—Puedo sentir tu calor a través de mis pantalones.

—Quítatelos.

No contestó. Echó mi cuerpo hacia atrás sobre la cómoda. Su mano derecha trepó por mi espalda hasta que llegó al cierre del sujetador. Antes de darme cuenta había desaparecido y sus manos estaban en mis pechos.

—Yo doy las órdenes y tú las obedeces —pellizcó mis pezones. ¡Dios, eso dolía! —¿Está claro? —no podía contestar, sólo grité. Me tapó la boca con su mano izquierda, mientras con la derecha apretaba todavía más. —Lo siento, Clara. Me encanta oírte pero no estamos solos —dolía demasiado. —Y ahora responde ¿está claro? —asentí con la cabeza y bajó su mano.

—Sí, mi Amo. Lo siento —aflojó un poco y sentí un alivio inmediato, casi placer.

—Dilo.

—Tú das las órdenes y yo las obedezco —en el segundo que soltó, el dolor se convirtió en deseo. Él se dio cuenta y creo que estaba tan excitado como yo, pero era obvio que tenía mucho más auto-control. Se recostó sobre mí, me amordazó con su lengua en mi boca y pasó sus brazos por detrás de mi espalda. Al segundo estaba volando hasta que me dejó caer sobre la cama.

—Cuando me quite los pantalones, no voy a poder pararme, y tú aun no estás preparada para mí —no le creí cuando lo dijo, estaba más preparada de lo que lo había estado nunca.

Sergio había empezado los preliminares mucho antes de llevarme a su habitación y era plenamente consciente de ello. Llevaba horas jugando conmigo, desde la primera vez que me había besado, me estaba seduciendo.

—Quítate la falda —tardé medio segundo.

Se tumbó a mi lado, me estudió de arriba a abajo con su mirada. Por primera vez sentí vergüenza. Sergio pertenecía a ese minoritario grupo que podría protagonizar sin dificultad spots publicitarios incluso recién levantado, y que el resto de los mortales solo podíamos admirar desde la distancia. Intenté cubrirme, pero rápidamente atrapó mis muñecas y las juntó encima de cabeza.

—No las muevas, quiero verte —giré la cabeza hacia la pared, solo quería evitar su mirada. Todos mis intentos eran inútiles. Con su mano me obligó a encontrar sus ojos. —¿Te avergüenza que te mire? —no esperó a que le respondiera. —Vas a tener que acostumbrarte.

—Pero... —quería decirle que no tenía sentido, que no teníamos tiempo. Me cortó.

—Clara, te deseo. —Su mano se posó sobre mi sexo. Sentí sus dedos anular y corazón hundirse en mí. Entraron sin ninguna dificultad. —Y tú también me deseas a mí —añadió el índice, ahora ya le costaba un poco más, pero estaba tan mojada que no tardaron en resbalar dentro y fuera sin ninguna resistencia. —Te esforzarás para complacerme.

—Por favor —supliqué, solo le quería dentro.

—Por favor ¿qué? —sus dedos entraron hasta el fondo y un escalofrío de placer me envolvió.

—Por favor, mi Amo. Te necesito dentro.

—Lo sé. Solo un poco más. Ya casi estás —su tono era comprensivo, casi tierno, radicalmente diferente al que había usado hasta ahora conmigo.

Cerré los ojos y sentí como algo más grueso me penetraba. Había juntado

las dos manos y sus dedos índice y corazón estaban dentro de mí. No recordaba haber tenido nunca cuatro dedos dentro. Esta vez necesitó más tiempo para conseguir que entraran y salieran con facilidad.

Me miraba desde abajo, de rodillas entre mis piernas. Yo casi no podía verle, mis ojos estaban entrecerrados de placer... hasta que se quitó los pantalones. Entonces los abrí de par en par. Detrás fueron los calzoncillos. Ante mí estaba la polla más grande que había visto en mi vida, con diferencia, y no me refería solo a las que había visto en vivo, que la verdad, no eran muchas, las estaba contando todas. Estaba empalmada y brillante, era preciosa, pero... aquello era imposible.

—Tranquila —me dijo mientras se tumbaba sobre mí. Había visto mi cara.

—Es demasiado grande, mi Amo.

—No. Entrará —sus palabras fueron toscas, pero el beso que me dio a continuación fue el más dulce. Me desarmó. Sacó un preservativo de un cajón de la mesita de noche. En la caja había un gran XL en letras mayúsculas plateadas, aunque me pareció que la advertencia llegaba un poco tarde.

Volvió a mí, me abrazó, pero no entró directamente. Solo se frotaba contra mí, arriba y abajo, empapándola. Cerré los ojos.

—Ah —reprimí un grito cuando empezó a adentrarse en mí. Se detuvo.

—¿Te hago daño?

—Sí, —me arrepentí —no, un poco —mentí. —Por favor, no pares, mi Amo —no quería que saliera. No me importaba el dolor, por fin estaba dentro de mí. Llevaba deseándolo toda la noche.

—No pienso hacerlo.

Bajó su mano y empezó a estimularme con sus dedos. Seguía sintiendo el dolor pero el placer que me provocaba era mucho mayor. Movía su cuerpo muy despacio. Comenzaba a acostumbrarme cuando me di cuenta de que solo estaba utilizando la punta.

—Ábrete todo lo que puedas —obedecí inmediatamente. —Voy a entrar del todo y quiero que me mires mientras lo hago. Si cierras los ojos o apartas la mirada...

—No lo haré, mi Amo —no le dejé terminar su amenaza. Quería que lo hiciera y quería ver su cara mientras lo hacía. Sabía que me iba a doler, apenas había entrado una cuarta parte y ya me había costado, pero necesitaba tenerle en mi interior más de lo que necesitaba respirar.

Puso su mano izquierda sobre mi boca y presionó, mientras la derecha

seguía moviéndose hábilmente. Entonces me llenó. Sentí que iba a explotar. Un grito salió de mi garganta y enmudeció en su mano. Cuando estaba completamente dentro de mí, se quedó totalmente inmóvil. Su cuerpo pegado al mío.

—¡Dios! He deseado hacer esto desde la primera vez que te vi —susurró en mi oído.

Sustituyó su mano por sus labios, acariciándome con ellos sin llegar a besarme. Sus dedos reanudaron sus caricias, queriendo volver a excitarme, aunque ahora mismo eso me parecía una misión imposible.

—Eres tan prieta, siento como me presionas. Tu cuerpo tiene que adaptarse a mí. No me empezaré a mover otra vez hasta que me lo pidas.

—Mi Amo... —pero no sabía que decirle. Sus dedos estaban haciendo magia ahí abajo y el dolor que me infligía con su presencia se confundía con la urgencia que tenía de que me llenara.

—¿Sí? —me miró preocupado, no sé cómo había sonado mi voz.

—Por favor, apriétame —necesitaba que me envolviera, estar más cerca de él. Sonrió en mis labios mientras sus brazos me rodeaban con fuerza dándome exactamente lo que mi cuerpo le pedía. —Ahora, mi Amo. Yo solo quiero que termines dentro de mí.

—Lo haré —la sacó un poco y despacio, muy despacio, la volvió a meter. —Y tú lo harás conmigo.

—No creo que pueda, mi Amo —mi cuerpo se estaba relajando entre sus brazos y sus lentas sacudidas tenían un efecto calmante. Pero ya no me quedaban fuerzas.

—Oh, claro que sí. Confía en mí. Tu cuerpo se está haciendo al mío. Voy a seguir así todo el tiempo que haga falta, pero esta noche te correrás conmigo dentro —su mano volvió a mi clítoris, no pensaba dejarlo descansar. Esta vez marcó una cadencia con sus dedos que siguió con el resto de su cuerpo. —Voy a hacerte totalmente mía —gemí. —Tú te has entregado a mí y yo me entregaré a ti.

Aceleró el ritmo, poco a poco. Toda su atención estaba concentrada en mí, interpretaba cada uno de mis ruidos para aumentar o disminuir la velocidad, dándome en cada instante la intensidad justa con total precisión. Tenía razón, mi cuerpo le pertenecía, respondía a cada uno de sus estímulos tal y como él quería.

—Estás a punto. Hazlo.

—Mi Amo —gemí y su respuesta fue un gruñido gutural. Estallé.

- O -

—Buenos días —su voz grave me despertó. Lo primero que vi fue su cara sonriéndome. Sergio estaba inclinado hacia mí y me cubría con su brazo. Tenía el pelo despeinado de recién levantado. Deseé poder amanecer así todos los días de mi vida.

—Buenos días.

—¿No olvidas algo?

—Buenos días, mi Amo —recordé la noche anterior y una sonrisa de satisfacción llenó también mis labios.

Casi me costaba abrir los ojos completamente. La luz inundaba el dormitorio. Un balcón enorme ocupaba una de las paredes, aunque estábamos a demasiada altura como para ser objetivo de alguna mirada indiscreta.

El cielo azul se fundía con el mar. Las olas rompían en el puerto del casco antiguo que quedaba a nuestros pies. Su nariz acarició mi mejilla, reclamando mi atención.

—Eso está mejor. He pedido el desayuno pero creo que nos da tiempo a ducharnos.

—¿Has pedido el desayuno? ¿En la habitación? —estuve a punto de echarme a reír, por suerte, pude pararlo a tiempo.

—No pienso dejarte salir de este dormitorio —mmm, la oferta era muy tentadora, pero... —¿qué pasa?

—¿Cómo sabes que pasa algo?

—Por tu cara, dímelo —exigió.

—Tengo comida familiar, mi Amo. Es navidad —¿es que no lo sabía? Debía tener planes para comer con sus padres o... No me atreví a preguntarle.

—Supongo que sería muy cruel no dejarte ir... claro que, por otro lado, eres mía ¿verdad? —contempló mi cara de susto y comenzó a reírse. Estaba tomándome el pelo. Me había asustado de verdad. Por lo que había visto la noche anterior, presentía que cuando tomaba una decisión en firme, nada le haría cambiar de opinión.

Intenté hacerme la ofendida, me senté sobre la cama y crucé los brazos. Medio segundo más tarde, volvía a estar tumbada pero él estaba encima de mí inmovilizándome. Bajó su cara y se detuvo unos milímetros antes de llegar a

mi boca.

—No es justo.

—No es justo, mi Amo —me corrigió.

—No es justo, mi Amo —repetí.

—Te dije que no lo sería —en aquel momento llamaron a la puerta. Me miró de arriba a abajo como decidiendo si valía la pena soltar la presa que había conseguido. —Salvada por la campana —dijo finalmente antes de levantarse.

No pude evitar incorporarme para admirarlo mientras salía de la habitación. Su espalda ancha, su culo duro y sus piernas fuertes. ¿Cuántas horas de gimnasio harían falta para conseguir un cuerpo así? No podía ser genética, eso sí que no hubiera sido justo.

—¿Tienes hambre? —preguntó cuando volvió a entrar. Iba cubierto con un albornoz del hotel.

—Un poco —estaba hambrienta. —No encuentro mi ropa, mi Amo —estaba convencida de que la blusa y la falda tenían que estar allí, pero no las veía por ninguna parte.

—No la necesitas. Te dije que tenías que acostumbrarte a que te mirara y empezarás ahora mismo —se quitó el albornoz y lo colgó de la puerta. —Ven —se dio la vuelta y se fue a la sala. Le seguí tímida.

Desayunamos en el sofá mientras hacíamos planes. Se iba el mismo día que yo y no tenía ninguna intención de dejarme más tiempo del necesario en los casi dos días que nos quedaban. Dos días con Sergio solo para mí, pensaba disfrutarlo al máximo.

A las dos me llevaría a casa de mi hermano mayor, donde se celebraban todos los eventos de mi familia desde que nacieron mis sobrinas, y me recogería a las cinco en punto, ni un minuto más tarde.

Después de la ducha, ya no era tan consciente del hecho de estar desnuda delante de él. La ducha había sido una experiencia memorable. Mis manos enjabonando cada rincón de su cuerpo, fue una tarea que realicé a conciencia.

—Creo que ya estoy bastante limpio —me paró cuando estaba dando la segunda pasada a su pecho. —Es mi turno —dijo mientras atrapaba mis manos.

Echó gel en sus manos y las frotó para hacer espuma. Después empezó a recorrer mi cuerpo desde mis hombros, bajó por mis pechos, aquí se recreó más de lo necesario. Mi pezón izquierdo todavía estaba resentido de la noche

anterior. Siguió bajando por mi cintura, mis caderas hasta que llegó a mi pubis, que también se detuvo a enjabonar con celo. Me apoyó contra la pared mientras lo hacía y cerré los ojos.

—No te muevas —no pensaba hacerlo, estaba demasiado a gusto con la combinación de sus caricias y el vapor del agua caliente sobre mi piel.

Había parado de enjabonarme y esperaba a que volviera a comenzar. Cuando vi la cuchilla, ya era demasiado tarde. Empezó desde arriba. Tampoco había demasiado pelo que quitar, me había hecho el láser el año pasado y lo había dejado bastante ajustado. Pero él no quería ningún estorbo en esa zona. Mis piernas estaban en tensión mientras su cuchilla resbalaba por mi monte de venus.

No podía quitarle el ojo de encima pero no era por la preocupación. Su cara era de concentración absoluta y me di cuenta de que confiaba plenamente en él. Debía estar loca pero en unas horas, me había demostrado que sabía lo que hacía en todo momento y que conocía mis necesidades incluso mejor que yo.

—Ahora date la vuelta —le miré escandalizada. —Y separa las nalgas con tus manos —tardé un minuto en reaccionar a su orden.

Cuando terminó, cogió la alcachofa de la ducha, comprobó la temperatura del agua en su pierna, me giró y dirigió el chorro directamente a mi sexo, limpiándolo. Se arrodilló para examinar su obra.

—Tendrá que valer por ahora —no entendí muy bien a que se refería, pero no me dio tiempo a preguntárselo.

Colocó la manguera de la ducha en su sitio, dejando que el agua nos cayera como lluvia. Me apartó el pelo detrás de la oreja, me besó en el cuello y subió sus labios para susurrarme al oído.

—Ahora te voy a castigar.

—¿Qué? —aquello sí que no me lo esperaba. —¿Por qué, mi Amo? —No era justo, no había hecho nada.

—Sécate y ve a la habitación —ignoró mis preguntas. —Espérame de rodillas —su tono era imperativo otra vez. Iba a obedecer en el acto. Sin embargo, algo me lo impidió. Sus manos me atrajeron hacia él con fuerza tan pronto como intenté separarme. —Y Clara, a partir de ahora, me pedirás permiso cuando quieras hacer alguna pregunta.

—Sí, mi Amo

Cuando entró, me encontró como me había pedido, claro que no se

esperaría otra cosa. No me atrevía a desobedecerle. Me imponía demasiado. No era solo su atractivo físico, era algo más en su forma de hablarme, de mirarme, de moverse. O tal vez todo.

—Así que no sabes por qué te mereces te castigue —con un tirón rápido, me despojó de la toalla que me envolvía el cuerpo. —Anoche fui muy indulgente contigo. Pero así nunca aprenderás a complacerme, ¿verdad?

—No, mi Amo —me rodeó hasta situarse justo detrás de mí.

—Cada castigo te ayuda a ser mejor para mí. Cuando termine me pedirás perdón por las faltas que has cometido y me agradecerás que me tome el tiempo de educarte. —No abrí la boca, estaba empezando a asustarme. Le oí moverse.

—Sí, mi Amo —me precipité.

Paró detrás de mí y bajó hasta ponerse a mi altura. Cogió mis brazos, los llevó a mi espalda y juntó mis manos entrelazando mis dedos. Se levantó, caminó muy despacio a mi alrededor. Se detuvo delante de mí y se arrodilló. Apoyó sus manos en mis muslos y los separó hasta que pudo meter sus rodillas entre mis piernas.

Entonces lo entendí. Estaba corrigiendo mi postura. Finalmente, me hizo agachar la cabeza y levantar mis glúteos de mis talones unos centímetros de manera que no pudiera apoyarme. Comprendí que el objetivo era que no pudiera aguantar mucho tiempo en esa posición, era muy incómoda y requería que todo mi cuerpo estuviera en tensión. Se alejó hasta que sus pies desaparecieron de mi campo de visión.

—Mucho mejor —aunque no podía verle, notaba la presión. Me estaba estudiando.

—Lo siento, mi...

—No. Cuando estés en esta posición solo hablarás cuando te pregunte. ¿Lo has entendido?

—Sí, mi Amo.

—Bien. Ahora quiero que me digas las cosas que hiciste mal anoche y por las que crees que debería disciplinarte.

Hice un esfuerzo pero mis recuerdos de la noche anterior eran bastante difusos. Estaban nublados por la excitación que me invadía en todo momento y no me dejaba pensar con claridad, igual que ahora. Intenté concentrarme en los momentos en los que me pareció que se enfadaba.

—Olvidé usar mi Amo un par de veces.

—No. Lo olvidaste muchas más veces. ¿Qué más?

—Te di una orden, mi Amo, sin querer.

—Creo que ya te castigué por eso. ¿Qué más?

—Desobedecí una orden, mi Amo

—Te negaste a obedecer y me cuestionaste.

—Lo siento, mi Amo.

—Tendrás tiempo para disculparte. ¿Qué más?

—No lo sé, mi Amo.

—Piensa.

—Por favor, mi Amo —las piernas me estaban empezando a temblar del esfuerzo. —No puedo más.

—No estoy acostumbrado a adiestrar sumisas y no tengo mucha paciencia —me quedé callada. Su comentario me sorprendió pero tenía que recuperar el hilo de mi pensamiento. Repasaba una y otra vez la noche en mi cabeza y no recordaba ningún otro momento en el que se hubiera enfadado. —Piensa —repitió muy despacio.

Esperó otros diez minutos. Mañana tendría agujetas.

—Me hiciste besarte cuando todavía eras de otro.

—Pero...

—¿Quieres discutirlo?

—No, mi Amo —no iba a conseguir nada bueno enfadándole justo antes de castigarme. —Tienes razón.

—Bien. Puedes levantarte.

Me llevó hasta la cama. Se sentó en el borde del colchón, con su espalda apoyada en la cabecera y las piernas estiradas. Me acomodó en su regazo bocabajo, de forma que mi pecho quedaba sobre el colchón y mis piernas caían dobladas hasta el suelo. Su mano derecha me acariciaba las nalgas con la palma abierta, el brazo izquierdo sujetaba mi cuerpo impidiendo ningún movimiento.

—Voy a asegurarme de que te acuerdes de mí cada vez que te sientes hoy. Te daré diez azotes. ¿Te han azotado alguna vez?

—Una vez, mi Amo —me arrepentí al momento. —Pero... —no sé si la palabra llegó a abandonar mis labios.

—Cuenta —el ruido del primer golpe me asustó mucho antes de que llegara el dolor. Después solo escuché mi grito. Luché por girarme hacia él pero su brazo me frenó. Siguió acariciándome. —Clara, sabes que no podemos

hacer ruido aquí. Por cada azote que grites te daré uno más. Y ahora cuenta.

—Uno —tardé en decirlo. Pensé que cuanto más tiempo pasara, menos dolería el siguiente, me equivoqué. Reuní todas mis fuerzas para no gritar en el segundo —dos —pero el tercer golpe me pilló desprevenida. Salió de mi garganta antes de que lo pudiera retener.

—Si tengo que amordazarte, no pienso molestarme en llevar la cuenta. ¿Quieres que lo haga?

—No, mi Amo. Lo siento mucho. Tres —me llevé la mano a la boca. Junté todo el coraje que encontré y aguanté los envites lo mejor que pude —cuatro, cinco, seis —se estaba esmerando.

Quería dejarme claro que no era un juego, que me estaba dando una lección. Intenté zafarme con todas mis fuerzas tras cada azote, pero no pude. Probé a evadirme, traté de desconectar la mente, pero nada funcionó —siete, ocho, nueve —su mano volvía a caer sobre mi trasero, cada vez con más fuerza.

Sólo encontraba consuelo en la caricia con que me recompensaba después de cada palmada —diez, once —no pude contenerlas más, un par de lágrimas salieron de mis ojos. Me detuvo cuando intenté secarlas —doce. La piel me abrasaba, sentía como me palpitaba.

Me ayudó a incorporarme y me colocó delante de él, sobre sus piernas, apoyada en mis rodillas. Se acercó a mí y besó mis lágrimas, recogéndolas con sus labios. Respondió a la pregunta que no le había hecho.

—Yo he provocado tus lágrimas. Me pertenecen. Me guste o no, yo soy el responsable de que llores —cogió mi cara con ambas manos, enmarcándola. —Eres preciosa.

Después me atrajo a su pecho, para que descansara. Me acomodé en él y me sentí cuidada, mimada. Su mano subía y bajaba por mi espalda, reconfortándome. Las palabras brotaron solas de mi boca, sin una orden, solo porque sabía que era lo que él quería.

—Siento haberme portado mal. Siento haberte desobedecido, y haber cuestionado tus órdenes, y siento no haberme dirigido a ti en todas las ocasiones como lo que eres, mi Amo. Muchas gracias por tomarte el tiempo para educarme.

En aquel momento, tomé consciencia de que era suya y de lo que eso implicaba: haría cualquier cosa para complacerle, sin importar lo que fuera. El principio de mi perdición.

III

—Hola, guapísimas —dije abriendo los brazos de par en par para coger a las dos pequeñas fieras que venían corriendo hacia mí.

Había llegado tarde y era culpa mía. En el último momento, me había dado cuenta de que no podía ir vestida con la misma ropa con la que había salido el día anterior, sin contar el estado en el que estaba. Sergio me acompañó a casa de mis padres para cambiarme antes de traerme.

Toda mi familia estaba en el jardín. Hacía muy buen día para ser invierno. Llevaba tanto tiempo sin ver el sol, que no me acordaba de cuánto lo echaba de menos. Era el día perfecto para encender la barbacoa.

—¿Dónde está el tío Killian? —me preguntaron las dos casi a la vez incluso antes de llegar. Justo lo que me temía.

—No ha podido venir, pero os manda muchos recuerdos. Y muchos regalos —me arrebataron las bolsas de las manos antes de terminar la frase.

—Bonito vestido. ¿Quién es el chico que te estaba repasando en el coche? —mi hermana en estado puro. Pensaba que no nos había visto nadie.

Sergio había comprobado que había seguido sus reglas al vestirme cuando aparcó. Desde luego, se aseguró de que le echara de menos justo antes de dejarme ir. Aunque bien sabía Dios que no le hacía falta, al segundo de dejar el coche solo deseaba que llegara el momento de volver a entrar en él. Afortunadamente, había parado a varios metros de la puerta de entrada así que no podía haber visto mucho.

—Calla —busqué a mi alrededor mientras le daba dos besos, pero el resto de mi familia se encontraba demasiado lejos como para poder oírlos, y las gemelas parecían muy entretenidas desenvolviendo regalos. —He dejado a Killian.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Shhh. Ayer. Calla. Por ahí viene mamá —lo que me faltaba, que se enterara toda la familia.

Había tomado la determinación de no decir nada. No quería que se

convirtiera en el tema de la comida. Se lo diría más adelante. O mejor cuando volviera a Dublín, por teléfono. Sí, eso sería lo mejor.

—¡Hola, mamá!

—Nena, por fin has llegado —venía hacia mí con cara de inquietud. — Tienes el teléfono apagado. —Ups, no había vuelto a pensar en el móvil. Otro síntoma de que tenía la cabeza en las nubes. —Tu hermano se estaba quejando de que se le iba a pasar el arroz. —¡Paella a la leña! Por fin una buena noticia.

Allí estaban. Mi padre y mi hermano, delante del fuego con una cerveza en la mano; mis héroes en este momento. Mi familia se había saltado todas las tradiciones navideñas una vez más para recibirme con mi plato favorito. Mi cuñada estaba acabando de poner la mesa, sacaba platos y más platos llenos de manjares hasta que no quedaba un hueco libre en la mesa. Me acerqué a saludarles, mientras mis sobrinas correteaban a mi alrededor.

Estaba tan contenta de estar allí otra vez que me sentí culpable por que mis pensamientos giraran en torno a Sergio. Los recuerdos de la noche anterior se colaban en mi cabeza una y otra vez, despistándome de la conversación. Solo el hecho de sentarme era un recordatorio, lo cual no ayudaba, pero esa era justamente su intención.

—Que cómo has venido —repitió mi cuñada. Mi hermana me dio un codazo por debajo de la mesa.

—Perdona, tenía la mente en otra cosa —la primera en la frente. —Me ha traído un amigo —tenía que escabullirme disimuladamente antes de que mi madre se pusiera en modo interrogatorio.

Cogí el móvil y me dirigí al interior de la casa para encenderlo. Logré entrar antes de que se percatara, y cuando me creía a salvo, oí una voz a mi espalda.

—¿Qué ha pasado? —mi hermana no iba a dejarme escapar tan fácilmente.

—Nada, yo... No lo sé. Tenía que hacerlo. De todas formas, se había terminado.

—¿Estás loca? Killian estaba muy bien, tenía un culito... —así medía mi hermanita a los chicos. Probablemente por eso no había tenido ningún novio conocido, ni intención de tenerlo.

—Mira Ana, no me apetece mucho hablar de eso ahora mismo —la corté antes de que dijera una de sus burradas habituales. No estaba de humor para sus bromas. Se dio cuenta.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Te quedas aquí? —su voz sonó dos tonos más

aguda por la excitación. Sus ojos abiertos de par en par y su amplia sonrisa de oreja a oreja solo me dificultaban más la respuesta.

—No, Ana. Killian no es la única razón por la que vivo en Dublín.

—Entonces, ¿dónde vas a vivir? —esa era una buena pregunta. Ni siquiera me había parado a planteármela.

Estaba tan embobada rememorando las últimas horas, que ni tan solo había pensado dónde dormiría cuando llegara al día siguiente. Suspiré. Killian me dejaría dormir en casa. Al menos un par de días. Estaría enfadado. Tenía que hablar con él. Y después podría recoger mis cosas y llevarlas a... ¿a dónde?

—No lo sé. No lo he pensado. Supongo que en casa de alguna amiga — aunque eso era menos que probable. Mis amigos eran sus amigos.

Había conocido a Killian cuando no llevaba ni un mes en Dublín y había sido la solución a todos mis problemas. Básicamente me había integrado en su vida: su casa, sus amigos, su familia, incluso había conseguido mi primer trabajo gracias a él. Me pareció una reflexión muy triste. Pero no era el momento de darle vueltas a eso. Ya pensaría algo.

El móvil empezó a sonar, ahora estaba recibiendo todos los mensajes. Seis llamadas perdidas de amigos, tres de mis padres y ¡quince! de Killian. Me reconcomía la culpabilidad por la forma en que lo había dejado. En su momento me había parecido lo mejor, pero se merecía una conversación en condiciones.

Decidí que le llamaría antes de que Sergio viniera a recogerme. Debía hablar con él. Me alegraba tanto de no haber encendido el móvil en el hotel. Sentí el calor en mi culo a modo de advertencia.

Mi cuñada apareció con una gran bandeja de postres. Venía de la cocina. No la había visto entrar y recé para que no hubiera escuchado nuestra conversación a hurtadillas. No sería la primera vez. Salimos las tres juntas y nos sentamos a la mesa.

—¿Cómo está Killian? —mi cuñada otra vez. Genial. Dos de dos. ¿Cómo lo hacía?

—Bien, gracias —había que cambiar de tema ya. —Umm. ¡Habéis comprado polvorones de chocolate! Son mis favoritos — cogí uno, aunque ya no podía comer un bocado más.

—Pues claro, nena —mi madre empezó a enumerar todas las variedades de turrón de la bandeja y dónde las había comprado. Eso me daba un descanso.

Comprobé la hora, todavía era pronto. Tenía media hora. Me levanté de la mesa, móvil en mano, dispuesta a hacer lo que tenía que hacer y, al girarme, me quedé congelada.

Allí estaba, en la valla, con una sonrisa irresistible. Mi corazón dio un vuelco del susto. Me acerqué apresuradamente, pero no fui la única. Mis sobrinas aprovecharon la oportunidad para jugar a las carreras y, por supuesto, me ganaron.

—Hola Sergio, —era la primera vez que le llamaba por su nombre desde que le conocí —¿qué haces aquí? —mi sonrisa fingida no lograba disimular mi cara de circunstancias.

—He pensado que podía venir un poco antes a verte.

—¿Eres amigo de la tía Clara? —preguntó Ari.

—Sí. ¿Y tú quién eres?

—Soy Ariadna —dijo riéndose vergonzosa.

—Y yo Marina —estaba escondida detrás de mi pierna. —Es muy guapo.

—¡Marina! —le llamé la atención. Vaya con la vergonzosa.

—Encantado. Yo soy Sergio —contenía una sonrisa. Se volvió a dirigir a mí —¿No vas a invitarme a pasar?

Por alguna extraña razón, recordé la escena de Jóvenes Ocultos en que descubren que si no invitan a los vampiros a su casa, no pueden cruzar el umbral. Pero no me estaba dejando muchas opciones. Mi hermana ya se estaba acercando y mi cuñada, por supuesto, venía detrás.

—Claro. Pasa —le abrí la puerta.

No sabía como reaccionar. No se me había pasado por la cabeza que pudiera aparecer. En cuanto entró, me cogió de la cintura y me besó en la boca. Un beso rápido y casto, muy diferente de los que me había dado hasta ahora, pero con una clara intención.

Oí la risa de mi hermana pasando por mi lado y presentándose a Sergio, pero era como si lo viera desde fuera. Volví a la realidad cuando la escuché murmurar “Has salido ganando” mientras mi cuñada le daba dos besos. Creo que lo oyó pero ni siquiera me importaba.

Estaba furiosa con él y necesitaba que lo supiera. Le lancé la peor mirada que pude, la de luego hablamos, pero no funcionó, más bien al contrario. Todo lo que conseguí fue una palmada en el culo que me hizo dar un salto y una mirada de advertencia que sí tuvo efecto en mí.

No me quedó más remedio que explicar que había roto con Killian y

presentar a Sergio como "un amigo", que se metió a mi familia en el bolsillo con tanta facilidad que incluso me supo mal por mi ex. Hizo bromas con mi padre y mi hermano, encandiló a mi hermana, aunque teniendo en cuenta su físico esto no suponía ningún reto, se ganó a mis sobrinas, y hasta consiguió que mi cuñada fuera amable mientras hablaba con él.

Pero la mejor con diferencia, fue mi madre. Sabía que tras años sacándome de quicio con sus preguntas indiscretas algún día su habilidad serviría para algo. Consiguió más información en media hora de lo que yo le habría sacado en una semana. Y lo que más me sorprendió fue que parecía relajado mientras hablaba con ellos. Sin evasivas, sin trucos, Sergio era simplemente cautivador.

Venía de ver a su familia, que vivían en las afueras de la ciudad pero hacia el interior, curiosamente en el mismo barrio donde se crio mi padre. Ellos tampoco tenían costumbre de celebrar la Nochebuena, así que no los había visto desde su llegada.

Y cuando terminó el capítulo del presente, mi madre continuó por el de vida y milagros. Se fue a estudiar a Oxford con una beca a los dieciocho años. Cuando terminó la carrera, fue a China para estudiar un máster y consiguió un puesto de trabajo en la compañía para la que trabajaba actualmente. Allí estuvo casi siete años hasta solicitó el traslado a Alemania, donde llevaba viviendo más de tres años. Gracias a esto hablaba perfectamente cuatro idiomas: español, inglés, chino y alemán, y se defendía en francés y portugués. ¡Y todo eso solo en poco más de un cuarto de hora!

Desafortunadamente, cuando estaba empezando a disfrutar de la conversación, Sergio insistió en que nos teníamos que marchar, porque llegábamos tarde. Por supuesto, no tenía ni idea de dónde nos esperaban.

- O -

—¿Por qué has hecho eso? —le recriminé mientras estaba arrancando el motor. Todavía no podía creer que se hubiera presentado sin avisar.

—Clara —la forma en que dijo mi nombre, extremadamente tranquila, contrastó con el tono en el que yo le había hablado —cuando lleguemos al hotel, lo primero que harás será ir al dormitorio, te pondrás de rodillas enfrente de la cama y me recordarás que te dé cinco azotes por dirigirte a mí como lo acabas de hacer. ¿Has entendido?

Tuve que respirar profundamente varias veces antes de tragarme el enfado y poder contestar.

—Sí, mi Amo —aun así, no pude evitar que mi voz tuviera un deje sarcástico. —Por favor, ¿me das permiso para hacerte una pregunta, mi Amo?

—Por supuesto, Clara.

—¿Por qué has hecho eso, mi Amo? —insistí.

—Mucho mejor. Me pareció justo que tu familia me conociera. Al fin y al cabo, eres mía —apreté las piernas en un acto reflejo —y has dejado a tu novio por mí.

—Creía que tú no eras justo.

—Diez —esta vez me los merecía.

—Lo siento, mi Amo.

—Me ha sorprendido que no les hubieras dicho nada —por fin ponía las cartas sobre la mesa. Por eso estaba molesto. —¿Pensabas guardarlo en secreto?

—¡No! ¡Claro que no! No quería pasarme toda la comida dando explicaciones.

—Quince.

—¿¿Por qué??

—Veinte —mierda. Otra vez, no le había pedido permiso. Pero... ¿veinte azotes? Era imposible que yo aguantara eso.

Decidí quedarme callada. Miré por la ventana. Me encantaba como conducía, reflejaba la forma en que lo hacía todo: precisa, con precaución, con seguridad y a la velocidad adecuada. Killian siempre conducía demasiado rápido. En la radio sonaba Shape of you de Edd Sheran, Sergio tataraba con su voz ronca jugando con las palabras en sus labios evocando reminiscencias de la noche anterior. Me relajé, las vistas del mar eran alucinantes y entonces reparé en que íbamos en dirección contraria a la ciudad.

—Mi Amo, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Dime.

—¿Adónde vamos, mi Amo?

—A un mirador que me gusta. Si te llevo a la habitación, no voy a poder frenarme. Quiero que hablemos.

Con Sergio el morbo no radicaba solo en lo que decía sino en como lo decía. El movimiento de sus labios, la inflexión en sus palabras y su voz, hacían imaginar significados ocultos en la frase más inocente. Ahora que había

visto como hablaba con otras personas me daba cuenta de la diferencia con el tono que utilizaba conmigo.

—¿Puedo preguntar de qué, mi Amo? —mi voz era cauta.

—Ya te lo dije, quiero conocerte —uff, incluso en la frase más inocente...

Pero no le entendía. Ya había conseguido lo que quería y no nos quedaba mucho tiempo. Mañana por la tarde nos marchábamos, cada uno a una punta del continente.

Se desvió de la carretera para encaramarse por un camino de tierra estrecho y escarpado. Subíamos despacio, era un camino peligroso y un descuido podía suponer un accidente. Al cabo de veinte minutos, paró, echó el freno de mano y sacó la llave del contacto, aunque no me pareció que hubiéramos llegado a ninguna parte.

Estábamos rodados de pinos, sin contar la roca enorme que nos había cortado el paso. Bajó del coche, vino hasta mi lado y me abrió la puerta. Era un gesto muy galante; si no hubiera sabido cuales eran sus intenciones, habría pensado que quería conquistarme. Pero él ya tenía lo que quería.

—Ven —me cogió de la mano y me llevó hacia la roca. —Ten cuidado.

Nos encaminamos por un pequeño sendero bordeando el peñasco, que cada vez se hacía más angosto. La tierra terminó y seguimos por la piedra. Caminaba muy despacio, enseñándome dónde tenía que poner los pies y cerciorándose de que no pisaba en el lugar equivocado.

Las dificultades del camino merecieron la pena. Ante nosotros se abrió una visión espectacular. Estaba atardeciendo cuando encontramos el sitio donde la roca hacía una explanada sobre el acantilado. La panorámica era sobrecogedora. La combinación de colores del sol hundiéndose en el agua en el horizonte era mágica. Era como tener una terraza esculpida en la piedra a unos cien metros sobre el mar.

Me ayudó a sentarme y lo hice con los brazos rodeando mis rodillas encogidas hacia mi pecho. Sergio se sentó a mi derecha con su cuerpo hacia mí, envolviéndome. Su pierna izquierda, doblada a mi espalda, la derecha por debajo de las mías, y con sus brazos me juntó a su pecho.

—¿Te gusta? —me colocó el pelo que se me venía a la cara por el viento detrás de la oreja. —Descubrí este sitio cuando tenía unos doce años, y siempre lo utilizaba cuando quería escaparme del mundo.

—Me encanta, mi Amo. Debía ser un verdadero imán para las chicas, ¿no?

—No lo sé. Nunca traje a ninguna. Era mi sitio secreto. ¿Tienes frío?

—No, mi Amo —me miró suspicaz. —Estoy bien, —pero seguía receloso, se desabrochó el abrigo y lo abrió para resguardarme un poco con él —de verdad. Ya soy medio irlandesa.

—¿Por qué fuiste a vivir a Dublín?

—Dublín me encanta. Fui a pasar un mes antes de empezar la universidad y me pareció un sitio muy agradable para vivir. Tenía que irme de aquí y...

—¿Por qué tenías que irte?

—Bueno, no tenía que irme —rectifiqué. —Quería irme, acababa de dejarlo con mi novio y pensé que era buena idea cambiar de aires y...

—Otro novio. ¿Cuántos novios has tenido? —esto no iba por buen camino.

—Dos, mi Amo. Tres si contamos el primero pero... solo fue unos meses cuanto era adolescente. No creo que cuente

—Eso lo decidiré yo —ufff. —¿Por qué le dejaste?

—¿Cómo sabes... Lo siento, mi Amo —su cara de advertencia se relajó y, por suerte, no dijo nada, ni siquiera para aumentar el número de azotes. Por si acaso, le contesté inmediatamente. —Me pidió que me casara con él —demasiado rápido... y sin pensar.

—Vas a tener que explicarme eso —su mirada confusa solo me ponía más nerviosa.

—Me di cuenta de que no le quería —concluí precipitadamente.

—Después de... —empezó la frase como una afirmación, pero él mismo se cortó, y la terminó como una pregunta —... cuánto tiempo?

—Unos siete años y medio.

—Clara, ¿tardaste siete años y medio en darte cuenta de eso? —hubiera sido totalmente incapaz de decidir si estaba enfadado o divertido aunque mi vida dependiera de ello. Pero no quería profundizar en esa pregunta.

—Nunca me lo había planteado —intenté quitarle importancia. Tenía que cambiar de tema ya. —Mi Amo, ¿puedo hacerte una pregunta? —esto iba a ser eterno.

—Francamente, te hacía más lista —dijo moviendo la cabeza en señal de decepción. —¿De verdad no se te ha ocurrido pedir permiso para preguntar en vez de para hacer una pregunta cada vez? —me estaba tomando el pelo, otra vez. Verle reírse me calmó.

—Estás aprovechándote de mí, mi Amo —dije con voz inocente.

—Sí, y pienso hacerlo siempre que pueda —no nos queda mucho tiempo. Pero no me atreví a decirlo en voz alta, no quería arriesgarme a ensombrecer

las pocas horas que sí teníamos. —Dime —se me había olvidado la pregunta de despiste, pero ahora otra me parecía más importante.

—¿Cuántas novias has tenido tú, mi Amo? —pareció sorprenderse.

—¿Novias? Ninguna.

—¿Nunca? —estaba asombrada, no era posible. —¿Ni siquiera cuando eras adolescente?

—Veinticinco —el tono de su voz me dejó claro que no estaba hablando de novias. —No, nunca. Descubrí bastante pronto lo que me gustaba, en el instituto, y desde entonces solo he buscado según mis intereses.

—Pero dijiste que no estabas acostumbrado a adiestrar sumisas, mi Amo.

—Así es —se rio. —¿Piensas que voy por los bares buscando a chicas para convertirlas en mis sumisas? —eso era exactamente lo que había hecho conmigo, y sí, eso era lo que pensaba.

—Bueno... sí... no sé...

—No —fue tajante. —Cuando quiero encontrar a una sumisa, voy a algún local BDSM. ¿Sabes lo que significa?

—Sí, mi Amo.

—Dilo.

—¿Bondage, dominación y sado-masoquismo? —no estaba muy segura. —Mi Amo, no... —me oí a mí misma balbucear.

—¿Te da vergüenza? —estaba roja y mi vista estaba fija en el suelo, a pesar de tener una puesta de sol impresionante justo enfrente de mí. —Mírame —ordenó. —Eso es lo que estoy haciendo contigo.

—¿Por qué, mi Amo? —me miró extrañado, como si no me entendiera. —Yo no soy una sumisa. ¿Por qué estás haciendo una excepción conmigo?

—Porque me gustas —hizo una pausa para mirarme de arriba a abajo. —Y me pareció que apuntabas maneras —¿¿qué??, abrí mucho los ojos, demandándole una explicación que no le podía exigir. Caí otra vez. Le estaba cogiendo el gusto a reírse de mí, pero me encantaba que bromeara conmigo. Me fascinaba verle reírse.

—Pero ayer me dijiste que habías jugado a ser dominada —se había vuelto a poner serio. Ya no estaba bromeando. —Utilizaste “jugar” así que supongo que no fue con un dominante de verdad.

—Yo... no. Fue con Killian, mi Amo. Era...

—Ya —me cortó, y quise pensar que vi un pequeño destello de celos. —¿Tú lo deseabas?

—Yo se lo propuse, mi Amo —casi no me atrevía a mirarle aunque sabía que su mirada estaba clavada en mí, estudiándome. —Había tenido fantasías —muchas —y había leído —devorado —relatos en internet. Pero no...

—No funcionó, ¿verdad? —negué con la cabeza dándole la razón aunque seguía sin mirarle. —No puedes esperar que cualquiera sepa dominar, y sobre todo, no puedes... Clara, la forma en que te entregaste ayer a mí... me hace temblar solo pensar que podrías haberlo hecho con otra persona. ¿Tienes la más mínima idea de la situación de riesgo en la que te pusiste?

No podía creer que me estuviera riñendo por hacer algo que él mismo me había exigido. Sin embargo, lo que más me molestaba era que sabía que tenía razón. Por una vez en la vida, me había dejado llevar sin preocuparme por las consecuencias, solo disfrutando del momento.

—Sí, mi Amo. ¿Preferirías que no lo hubiera hecho?

—No te di elección —me reí de su prepotencia, aunque no parecía estar bromeando.

Puse mis manos en su pecho para separarme de él, pero me aprisionó entre sus brazos. Me besó profundamente. Hacía demasiado tiempo que no me besaba y todo mi cuerpo respondió. Y el suyo también. Le sentí crecer en mi cadera derecha.

Bajó la cremallera de mi abrigo apenas unos diez centímetros, lo justo para descubrir la porción de piel que anhelaba, que, para mi sorpresa, estaba en mi hombro. Hice acopio de toda mi fuerza de voluntad para no dejarme llevar por la dulce estela de calor que me dejaba la línea de besos que estaba dibujando desde el nacimiento del brazo hasta el cuello.

—Mi Amo, ¿cuántas sumisas has tenido? —protestó con un gruñido y siguió con lo suyo. —Pensaba que querías hablar —le recordé. Necesitaba información y hasta ahora no había sacado mucho en claro.

—No lo sé —su voz era perezosa, no quería parar lo que estaba haciendo. Me olió acariciándome con su nariz, intentando distraerme con frío en la humedad del rastro que acababa de dejar. Reclamé su atención apoyando mi dedo pulgar en su barbilla. —¿Mil?

—¿¿Cómo?? —esta vez ni siquiera esperó para estallar en una carcajada. Verle reír era adictivo.

—No lo sé, Clara. De verdad, no tengo ni idea. No suelen ser relaciones largas —su respuesta no me gustó.

Su mano empezó a deslizarse por debajo de mi vestido. Hice un débil

intento por pararle que solo sirvió para que siguiera trepando por mi muslo con más decisión. Cuando llegó al final, cubrió mi entrepierna con la palma de su mano.

—Treinta —sus dedos me apretaron suavemente. —Está mojado por mí —susurró en mi oído. —Sabe que me pertenece y tú también deberías saberlo. No vuelvas a intentar impedírmelo.

—No, mi Amo —su dedo pulgar se adentraba en mí mientras hablaba. —Lo siento.

Apoyé mi cabeza en su hombro para intentar superar mi aturdimiento. Su cuello se alzaba irreprimible ante mis ojos. No pude evitar acercar mis labios y acariciarle con ellos. Me levantó y me sentó en su regazo. Le abracé con mis piernas, atrapándole, quería sentirle más cerca. Presionó mi culo hacia él mientras me besaba con fuerza, casi con violencia.

—Creo que deberíamos irnos. El objetivo de traerte aquí era precisamente evitar esto. Pero está claro que es imposible —quería suplicarle, pero no me arriesgué.

IV

—Mi Amo, tengo que recordarte que me des treinta azotes —no ocultó su satisfacción.

Nada más entrar en la habitación, me dirigí en silencio al dormitorio, me desnudé y me arrodillé frente a la cama, en la posición que él me había enseñado. Ignoré la punzada de dolor de mis piernas al colocarme aunque tomé nota mental de empezar a hacer ejercicio.

De vuelta al hotel, Sergio había parado en casa de mis padres para que recogiera mis cosas. Él me llevaría al aeropuerto al día siguiente. No había discusión. Volé por la casa y en menos de un cuarto de hora estaba cerrando la maleta.

Mis padres todavía no habían vuelto. Les llamé al móvil pero saltaba el contestador. Debían seguir en casa de mi hermano, y allí no había buena cobertura. Aparentemente, les había dado tema de conversación para una sobremesa bien larga. Me dio pena no poder despedirme de ellos, pero les llamaría más tarde. Eso me recordó otra llamada pendiente que tendría que esperar hasta que cruzara el control de seguridad del aeropuerto.

—Dime por qué.

—Por intentar pararte cuando... —no sabía como terminar la frase.

—¿Cuándo qué?

—Cuando estabas tocándome, mi Amo.

—Eres mía, te toco cuándo, cómo y dónde quiero —su tono de voz era áspero.

—Lo sé, mi Amo. Ha sido sin querer.

—¿Qué más?

—Por hacer preguntas sin pedir permiso y por no utilizar mi Amo.

—Por no dirigirte a mí con la sumisión y el respeto que me debes —me corrigió. —Pensaba que ya había quedado claro, y sin embargo, aquí estás otra vez —no dije nada. —Treinta azotes... Clara, ¿te gusta que te torture?

—No, mi Amo. Lo siento mucho.

—Entonces, tal vez piensas que puedes quebrantar mis normas.

—No, mi Amo. Lo siento mucho.

—Eso ya lo has dicho —fue tan seco que estuve a punto de alzar la cabeza. Me frené a tiempo.

—Estoy aprendiendo, mi Amo —me excusé.

—¿Crees que soy demasiado duro contigo, Clara? —sin ver su cara, no podía decir a ciencia cierta si estaba siendo irónico o realmente quería saberlo. Decidí contestar a su pregunta de todas formas.

—No, mi Amo. Quiero aprender a ser una buena sumisa para ti. Quiero que me enseñes a complacerte, mi Amo.

—Apoya la cabeza en el suelo. ¿Crees que podrás aguantar tu castigo? —Agaché mi cuerpo hasta que mi mejilla tocó la madera del parqué y quedé totalmente expuesta. Se inclinó a mi lado y solo con tocar mi trasero tuve clara la respuesta. —Tu culo todavía está rojo de esta mañana.

—Yo... Lo intentaré, mi Amo. —Solo me dio un golpe, no necesitó más para demostrarme que no podría soportarlo. Mis dos manos se apresuraron a mi boca en un movimiento reflejo y consiguieron contener cualquier ruido, pero mis ojos dejaron escapar la queja en forma de lágrimas.

—Levántate —me besó en los ojos. —No creo que sea buena idea darte más azotes hoy.

—Muchas gracias, mi Amo —no me lo podía creer. Casi lloro, pero esta vez de emoción. ¿Iba a perdonarme?

—Sin embargo, tengo que aleccionarte —soy una ingenua. —Creo que tienes demasiados privilegios, y no sabes apreciarlos. Pero hoy vas a aprender que si los tienes es gracias a mí, solo porque yo he decidido no quitártelos... todavía.

Hizo una pausa. Creo que quería esperar a que su mensaje hiciera mella en mí, que lo entendiera en toda su extensión. O tal vez solo esperaba a que preguntase, pero ese era un error que no pensaba cometer.

—Esta noche no hablarás, en ningún momento, bajo ninguna circunstancia. Seguro que cuando puedas volver a hacerlo, te asegurarás de hacerlo con respeto. Si has aprendido la lección al final de la noche, te levantaré el castigo.

—¿Y si no, mi Amo? —la pregunta escapó de mis labios antes de pensar.

—Y si no... —levantó la voz recalcando cada una de las palabras para demostrar su enfado. Otra pregunta sin pedir permiso —...mañana buscaré un

sitio donde sí puedas gritar.

Casi se me olvida respirar cuando escuché su amenaza. Ya le conocía lo suficiente como para sospechar que la llevaría a cabo como si fuera una promesa.

Llevó mis brazos a mi espalda, me hizo doblar los codos hasta que los juntó a la muñeca contraria y los sujetó con una mano. Pensé que me iba a besar, o puede que solo lo deseara. No lo hizo, solo murmuró: No te muevas.

Se marchó y volvió del aseo un minuto más tarde con algo en las manos, un paquetito blanco. Lo abrió delante de mí, enseñándomelo, y cuando vi la gasa blanca, quedé totalmente desconcertada. Tenía que reconocerlo; era único creando expectativas. No sabía que estaba planeando pero mi cuerpo ya respondía. ¡Traidor!

Dio unos pasos hasta mi espalda y acarició mis hombros, que estaban en tensión por la posición en la que me había dejado. Rectificó la postura de mis brazos, hasta que quedó satisfecho. Un escalofrío me recorrió cuando la gasa tocó mi piel, y entendí lo que iba a venir a continuación. Rodeó el extremo izquierdo y lo ató alrededor. Después siguió extendiendo la tira enrollándola alrededor de mis antebrazos, vendándolos con cuidado, uniéndolos hasta que hizo otro nudo al final.

—¿Está demasiado apretado? —preguntó desde atrás mientras comprobaba los lazos con sus dedos. Negué con la cabeza. —Bien. Las últimas palabras que vas a decir esta noche serán para explicarme por qué te he inmovilizado los brazos.

—¿Por haber intentado impedir que me tocaras, mi Amo?

—¿No estás segura?

—Sí, mi Amo.

—No estoy haciendo esto solo para entretenerme —me repasó de abajo a arriba. —Aunque esta noche promete ser cuanto menos entretenida —dijo con un murmullo suave que consiguió estremecerme antes de seguir hablando. —Quiero que me digas la razón por la que te voy a castigar y lo que vas a aprender.

—Lo siento, mi Amo. He intentado detenerte sin querer con mis manos y... —sentía como me humedecía tal como hablaba, y ni siquiera podía comprender por qué —tengo que aprender que mi cuerpo te pertenece y lo tomas cuando quieres.

—Sí, —sonrió de oreja a oreja —eso es exactamente lo que te voy a

enseñar.

Su índice cruzó mi boca para indicarme que a partir de ese momento tenía que guardar silencio. Lo bajó lentamente acariciando la barbilla y el cuello hasta que encontró la pequeña cavidad al final de mi garganta. Con la otra mano recogió todo mi pelo y tiró hacia abajo llevando mi cabeza atrás. Sus labios cubrieron el hueco que el dedo dejó desierto cuando siguió descendiendo en línea recta entre mis pechos. Se paró cuando llegó al principio del abdomen y se desvió a la derecha, bordeando mi seno. Sus movimientos lentos solo me provocaban más deseo, ansiaba el momento en que no pudiera contenerse.

Me adelanté un paso para pegarme a él, y antes de que pudiera darme cuenta, estaba retenida contra el ventanal. Su respiración era fuerte y agitada, algo había despertado en él. Me acorraló con todo su cuerpo, su lengua se adentró en mi boca y su mano se abrió para abarcar todo mi pecho.

Sus dedos jugueteaban con mi pezón, rozándolo, pellizcándolo, torturándolo. Sus piernas abrieron las mías toscamente. Empujó su pelvis hacia mí, incrustando el bulto de sus pantalones hasta que mi culo estuvo completamente aplastado contra el frío cristal.

—Joder, Clara —se distanció de mí mientras seguía empujándome contra la ventana pero solo con sus manos. —He estado a punto de dejarme llevar, pero no va a ser tan rápido.

Se sentó en la cama y con un provocador gesto, me llamó a su lado. Quise acudir a su llamada demasiado rápido, lo que hizo que me desestabilizara y tuviera que esforzarme por recuperar el equilibrio. Es mucho más difícil de lo que parece con los brazos atados a la espalda. Di un par de pasos tambaleantes hasta que, justo cuando pensaba que al siguiente paso me iba de bruces contra el suelo, Sergio saltó para cogerme en el último segundo y me ayudó a ponerme recta.

—No te voy a dejar caer. —¡Mi salvador! Abrí la boca para agradecerse, pero inmediatamente la cerré otra vez. —Túmbate boca arriba.

Acaté su orden lo más ágilmente que pude, pero me sentía muy torpe sin la ayuda de mis brazos. Aun así, no desistí en mi empeño de moverme con la máxima elegancia que me permitía mi condición. Por lo menos, mi Amo me miraba con paciencia, parecía entretenido con mi lucha por hacer algo que a simple vista no presentaba mucha dificultad.

Cuando decidió que el espectáculo había terminado, subió a la cama, se

acercó de rodillas y se sentó encima de mi pubis, con sus rodillas abiertas a ambos lados de mis caderas. Mis brazos se estaban incrustando en mis riñones, pero esa era la menor de mis preocupaciones en ese momento. Apoyó sus brazos en el colchón a la altura de mis hombros y se acomodó para encontrar el punto preciso en que su miembro se clavara exactamente donde él quería. Dejé escapar un gemido.

—Shhhh. No hemos hecho más que empezar. Demuéstrame de lo que eres capaz por mí —asentí con la cabeza. Hizo un amago de empezar a desabrocharse la camisa, aunque al segundo pareció pensárselo mejor. — Hazlo tú. Con los dientes —añadió cuando vio mi cara de confusión.

Alcé la parte superior de mi cuerpo hacia él, y la primera consecuencia fue que se hincó más en mí. Sonrió encantado, él también lo había notado. Al menos, los brazos ya no me molestaban. Mordí el primer botón y tiré, pero no se soltaba. Apreté con más fuerza hasta que lo arranqué.

—Bueno, ya solo te quedan cuatro. Procura tener más cuidado —mis nervios se templaron cuando pude comprobar que no se había enfadado. Más bien al contrario, cuando puso su mano delante de mi boca para que dejara el botón, me pareció entrever en sus ojos una chispa de diversión.

Mi segundo intento fue mucho más acertado. Mordí la doblez de la camisa por encima del siguiente ojal y tiré hacia abajo delicadamente. Todos los botones salieron uno tras otro. Creo que le impresioné. Yo misma no daba crédito por la suerte que había tenido.

Se deshizo de la camisa dejando su torso al descubierto. Colocó una almohada a la altura de mi espalda y puso la segunda cruzada sobre la primera un poco más arriba. Me besó y me dejó caer sobre los cojines. Tal como estaban dispuestos, mis brazos ya no me molestaban. La forma en que se daba cuenta de todos los pequeños detalles sin necesidad de que se lo dijera, me hacía sentir muy segura y muy vulnerable a la vez.

Levantó mis pechos desde la base con sus manos, oprimiéndolos entre sus dedos, presionándolos suave pero firmemente. El masaje era demasiado placentero pero el ritmo demasiado lento. Me estaba atormentando. Era imposible que tuviera tanto control sobre sí mismo.

Una mala idea se formó en mi cabeza. No podía hablar, pero sí incitarle... Saqué la lengua y me repasé el extremo izquierdo de la comisura superior, muy despacio. Su reacción no se hizo esperar, aunque no fue la que yo estaba buscando.

Sacó su lengua y bajó hasta mi pecho derecho. Empezó a lamer la aureola con entrega mientras con su mano seguía subiendo mi pecho desde la base haciendo que entrara y saliera de su boca. Al mismo tiempo, su mano derecha se apretó sobre mi pezón izquierdo, retorciéndolo. La mezcla de dolor y placer era demasiado intensa. Me lanzó una mirada intimidante y se me quitaron las ganas de volver a hacer cualquier otro intento. Estaba recibiendo mi merecido por mi provocación y un mensaje claro: no podía ganar.

Sus manos bajaron por mi vientre, comprimiéndolo, y se abrieron hasta mi cintura, ciñéndola. Era como si intentara moldear mi cuerpo para ajustarlo a sus manos. Intentaba respirar con normalidad pero solo podía jadear. El dolor que me acababa de infligir solo había aumentado mi ansia, y la presión que ejercía en mí la estaba multiplicando.

—Estás empapada y temblando de ganas de que te folle —se tumbó sobre mí, forzó mis piernas hasta que las abrió con las suyas y bajó para posicionarse entre ellas. —Pero quiero más.

No podía soportar que se separara de mí. Quería gritar, llorar, exigirle, suplicarle que volviera, que me llenara. Era tan frustrante.

—Aguanta —me animó como si entendiera lo que estaba sintiendo. Cerré los ojos intentando concentrarme, pero sentí su lengua húmeda recorriendo la parte exterior de mi entrepierna completamente despejada. —Me muero de ganas por descubrir como sabes.

Utilizó las dos manos para abrirme. Me respiró, me olió, me besó y me penetró con su lengua. Todo mi cuerpo se sumergió en el placer que me estaba concediendo. Era tan potente que no lo podía guardar dentro de mí, intenté que saliera, pero paró de golpe.

—Otro día te correrás en mi boca, hoy lo harás en mi polla. —Le imploré con la mirada.

Se bajó la cremallera de la bragueta y se quitó los pantalones junto con los calzoncillos. Su órgano viril apareció ante mí, imponente y radiante. No le hubiera quitado la vista de encima si Sergio no me hubiera dado la vuelta, hasta dejarme boca abajo.

—Levanta el culo para mí. —Alcé la parte trasera de mi cuerpo doblando las rodillas. —Precioso —murmuró mientras me contemplaba.

Le oí moverse aunque no sabía lo que hacía, no le podía ver. Por fin le sentí detrás de mí, sus muslos pegados a los míos.

—Hoy no voy a ser tan cuidadoso contigo. Voy a hacer que tu cuerpo se

acostumbre a mi polla.

Sin ningún aviso, sin ninguna preparación, simplemente me atravesó y fue como si me abriera por dentro. Mi grito arrancó de mis entrañas, no había forma de que lo hubiera podido frenar.

—Tranquila. Ya estoy dentro.

Me abrazó con todo su cuerpo cubriéndome. Sus manos bajaron hasta mi sexo para intentar apaciguarlo. Movía las dos a la vez con una destreza sorprendente, totalmente acompasadas. Cogió el cojín y lo puso debajo de mi cabeza.

—Muérdelo. Voy a seguir. —Negué con la cabeza. —Si te vuelvo a oír, mañana te daré razones para gritar de verdad. —Pero no se volvió a mover, solo seguía jugando con sus dedos. Si había alguien capaz de llevarme del dolor más penetrante al placer más profundo con sus caricias, era él.

Giré mi cabeza hacia el ventanal y ante mí apareció la escena que conformábamos. El cristal me devolvía nuestro reflejo nítido como un espejo. Mi cuerpo postrado, totalmente doblegado, con mis brazos a mi espalda, cubiertos por la tela blanca que acababa en dos simétricos lazos en los extremos. Unido a mí, su cuerpo arrodillado, perfectamente dibujado, estaba rígido. No entendí por qué hasta que centré mi atención más arriba, en su cara, bañada por el éxtasis que estaba experimentando.

No podía contenerlo por más tiempo. Deseaba su placer, hacerle llegar al clímax dentro de mí. Me agarré a la almohada con los dientes y arqueé el cuello para poder aferrarme a aquella visión. Su reflejo retomó su movimiento, despacio, seduciéndome sin ser ni siquiera consciente del espectáculo que me estaba ofreciendo. Hasta que la contención dio paso al desenfreno.

Su brazo izquierdo me rodeó por debajo de las caderas levantándome para poder penetrarme más profundamente. Ansiaba gemir, gritar su nombre para demostrarle el placer que me estaba dando. Quería que se entregara totalmente a mí, para poder dárselo todo y rendirme completamente a él.

—Te estás abriendo para mí. Voy a follarte hasta que tu cuerpo se estremezca cada vez que vea mi polla —sentía como me convulsionaba. —Ni se te ocurra correrte antes que yo. Lo harás conmigo

Apretó mi clítoris con su dedo. Ya no sentía ni dolor ni placer, solo calor. Un fuego incandescente que tenía que salir de mí.

—Mantenlo. Solo un poco más.

Me penetró hasta el fondo, pasó su brazo por debajo de mi pecho y enderezó su torso hasta quedar apoyado sobre sus talones, llevándome con él. Quedé sentada, resollando, con mis piernas abiertas sobre su polla, dentro de mí hasta la base.

—Ahora.

Ni siquiera pude hacer un ruido. Me deshice entre sus brazos que me sujetaban con fuerza. Le sentía vaciarse en mí, colmándome. Se quedó inmóvil durante algo más de un minuto mientras me estrechaba con fuerza. Mi cuerpo estaba completamente saturado, pero la satisfacción que me llenaba era mucho mayor.

Me tendió con cuidado sobre el colchón boca abajo, y tiró de los lazos, que se deshicieron rozando mi piel. Después desenrolló la venda muy despacio, como si mis brazos fueran tan frágiles que temiera que se fueran a romper en cualquier momento. Cuando estuvieron libres, los dejó a ambos lados de mi espalda, estirados. Un hormigueo suave nació en mis muñecas y me recorrió hasta llegar a los omóplatos.

—No te muevas —su voz no era autoritaria como otras veces sino dulce.

Sus manos en mi espalda me sobresaltaron. Mis ojos se habían cerrado por la extenuación y me había dejado llevar por el sueño en un segundo. Extendió por mis hombros con una crema hidratante que olía deliciosa aunque no podía identificar a qué esencia, y los masajé liberando con sus dedos pequeñas réplicas que hormigueaban en los recodos más recónditos. Después se dejó caer a mi lado y me tumbó sobre su pecho.

—¿Cómo estás?

No respondí. Levantó mi cara para besarme en la boca.

—Puedes hablar.

—Gracias, mi Amo —mi voz salió ronca. —Bien. Muy bien.

Sonrió y me besó en la frente antes de que volviera a dormirme sobre su hombro.

- O -

Cuando desperté estaba sola en la cama. Busqué a mi alrededor pero no estaba. Me tranquilicé cuando escuché su voz en la otra dependencia, aunque no distinguía lo que decía. Me levanté y fui hasta la puerta, y me quedé apoyada en el quicio, observándole.

Estaba rematadamente atractivo, desnudo, con el pelo alborotado y el móvil en la mano. No entendía lo que decía, hasta que caí en la cuenta de que estaba hablando en alemán. Estaba más atontada de lo que pensaba, pero lo achaqué a la visión que tenía frente a mí. Me vio, me sonrió, se acercó a mí sin dejar de hablar, tiró de la sábana que me cubría hasta que consiguió que cayera al suelo, apartó el teléfono y me susurró Buenos días.

Le respondí sin emitir ningún sonido, solo para que leyera mis labios. No quería molestarle. Me di la vuelta para regresar a la habitación, pero su brazo atravesado en la puerta me impidió el paso. Dijo una frase más y una palabra que sí reconocí "Danke schön" y colgó.

—¿Adónde crees que vas? —su voz era tan seductora y sugerente que me dieron ganas de hacerlo allí mismo, contra la puerta. Sin embargo, todavía podía notar mi sexo dolorido por las acometidas de la noche anterior.

—A donde tú me digas, mi Amo —me echó una mirada lasciva mientras sopesaba las posibilidades.

—Buena respuesta. Vamos a la ducha.

La hora de la ducha empezaba a ser mi favorita. Mis manos se deleitaban recorriéndole. Todo su cuerpo era delicioso. Era como tener barra libre, sin ningún impedimento, solo para mí, todo. No podía encontrar ni un centímetro de su cuerpo que no fuera menos que perfecto. Me hubiera quejado cuando terminó mi turno si no fuera porque deseaba que empezara el suyo.

Se arrodilló delante de mí y me besó muy suavemente en la zona que él mismo había afeitado. Sus manos llenas de jabón bajaron por mis muslos, pasaron por mis rodillas y llegaron por mis piernas hasta mis pies. Después inició el camino de vuelta por detrás, ascendió por mis piernas y se levantó cuando sus manos alcanzaron mis glúteos.

Con su brazo izquierdo, me sujetó por la cintura contra su pecho y apretó para hacerme saber que no quería que me moviera. Su mano derecha continuaba enjabonándome sin dejar la zona, aunque en círculos cada vez más pequeños, dejándome adivinar exactamente cuál era su destino. Se paró en la entrada y la masajéó con su dedo corazón, cubriéndola de espuma.

—Clara, ¿alguna vez te han sodomizado? —me estaba poniendo muy nerviosa.

—Sí, mi A... ahhh —empujó hacia dentro y lo metió hasta el fondo. Fue tan rápido que solo me dio impresión. —Solo una vez —añadí al momento — hace mucho, mucho tiempo.

—¿Quién?

—Bueno, mi novio...

—Ex novio —¡mierda! La expresión de su rostro había cambiado y se había recompuesto en cuestión de segundos. Eso no le había gustado y lo iba a pagar.

—Lo siento, mi Amo, eso quería decir, mi ex novio —mil excusas pasaron por mi cabeza pero decidí callar. Cualquier cosa que dijera solo empeoraría la situación.

—Está casi cerrado. Aprieta —salió de mí y suspiré de alivio. —No te gustó —afirmó.

—No, mi Amo.

—Sabes que lo harás por mí, ¿verdad? —la seguridad con la que me hablaba me imponía y me desconcertaba.

—Pero mi Amo, eso es imposible. Quiero decir, no hay tiempo, es... —con un gesto hizo que me callara.

—Me pertenecerás completamente, todo tu cuerpo. Me da igual el tiempo que haga falta. Tengo todo el tiempo del mundo.

- O -

—¿Qué te pasa?

Acabábamos de desayunar en la cama. Estaba sentada entre sus piernas, mi espalda apoyada en su pecho. Con un brazo rodeaba mi cintura mientras con la otra mano cubría mi sexo, sin moverla, solo señalando que era suyo.

—Nada —no le hizo falta hablar; decidí rectificar antes de que fuera demasiado tarde. —Lo siento, mi Amo. Quería decir que no es importante.

—Si no fuera importante para mí, no te habría preguntado —su tono era firme. —Estás triste.

—Un poco, mi Amo. —¿Cómo podía saberlo? Ni siquiera me veía la cara. —Lo siento.

—No vuelvas a pedirme perdón si no es culpa tuya —asentí, pero antes de que pudiera contestar siguió hablando —¿Por qué estás triste? —estaba claro que él no lo estaba.

—Mi Amo, hoy nos vamos y... —no podía seguir hablando. Ni siquiera podía describirlo. Era como si por primera vez se hubiera llenado un vacío que no sabía que existía y ahora quedaría hueco. No me entraba en la cabeza

que no volvería a ... a nada.

—¿Y qué? —Para él, no habría sido importante, solo una aventura más. Pero a mí me había cambiado.

—No sé... —toda su atención estaba en mí, me sentía cohibida y extremadamente tímida. No quería decirle que le echaría de menos. No quería darle más importancia de la que le daba él. Y me dolía, aunque no sabía qué. —Supongo que se acerca la hora de decirnos adiós.

—¿Por qué?

—Tú vives en Alemania y yo en Irlanda.

—Sé dónde vivimos. ¿Crees que eso me va a impedir tener lo que quiera? —sus dedos empezaron a moverse, aunque muy despacio, de forma distraída. No estaba segura de si lo hacía de manera consciente pero no intenté detenerlo. —Lo único que me importa es lo que quieras tú. Dime Clara, ¿qué quieres?

—Ser tuya, mi Amo, pero... —me interrumpió.

—No pareces muy convencida. Vas a tener que hacerlo mucho mejor.

—Quiero ser tuya, mi Amo —me costaba hablar.

—Convénceme —me habló en el cuello y todo mi cuerpo se estremeció.

—Mi Amo, quiero pertenecerte. Nunca me había sentido tan bien como cuando me sometí a ti. Me encanta la forma en que controlas mi cuerpo y cuidas de mí, y que sepas exactamente lo que necesito en cada momento. Me encanta haber aprendido a encontrar mi placer en el tuyo, incluso el dolor... —me alegraba de que no pudiera ver mi cara ahora —las sensaciones son totalmente diferentes. Nunca había sentido nada parecido.

—Clara, —subió la mano que descansaba en mi cintura hasta mi cara, me acarició la mejilla, haciendo que mi mirada se encontrara con la suya. Me encantaba como brillaban sus ojos cuando conseguía lo que quería —me perteneces desde el momento en que te besé por primera vez, incluso la noche anterior, ya te habías entregado a mí, aunque no lo sabías. Te has esforzado por complacerme, mucho. Has aguantado mis castigos, aunque he sido severo contigo, y has obedecido mis órdenes, incluso cuando estabas radicalmente en contra. Y lo has hecho por mí. Quiero seguir poseyéndote. Me gustaría que vinieras a Berlín... —hizo una pausa —y, aunque puede que te convenciera si me lo propusiera, no lo voy a hacer. No sería justo pedirte eso.

—Mi Amo... —pero no podía discutirle. Los dos sabíamos que me podía persuadir para hacer casi cualquier cosa.

—Por eso, esta mañana he hecho unas gestiones —sus dedos se movían con más decisión, despistándome —y he pedido permiso para trabajar a distancia una temporada. No necesito estar en mi despacho para el proyecto que estoy desarrollando ahora, y de hecho, me vendrá muy bien refrescar algunos contactos en Dublín.

—¿Quieres decir que vas a venir a pasar unos días a Dublín?

—Quiero decir que voy a pasar todo el tiempo que quiera, hasta que termine el proyecto.

—¿Para estar conmigo, mi Amo? —no me lo podía creer

—Clara, pienso hacer mucho más que estar contigo. Si vivimos en la misma ciudad, serás mía veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Tendrás más normas y te exigiré que me complazcas en todos mis deseos —sus dedos resbalaban cada vez más rápido. —Estarás totalmente sometida a mi voluntad. ¿Te gusta la idea?

—Haré lo que tú quieras, mi Amo.

—Sí, lo harás —dos dedos, corazón y anular, entraron en mí, mientras el resto de su mano seguía envolviéndome. Emití un leve gemido de queja. —¿Te duele? —preguntó sin dejar de moverlos mientras se hacía a un lado y echaba mi cuerpo hacia atrás hasta recostarlo sobre su pierna que tenía doblada a mi espalda a modo de respaldo. Iba a contestar pero tapó mi boca con la suya y su lengua contuvo mi respuesta. Cuando se separó volví a gemir —Puede que así recuerdes lo que aprendiste ayer y que parece haber olvidado ya.

—Lo siento, mi Amo. No estaba pensando.

—Dos preguntas sin permiso. Tienes mucha suerte de que hoy no piense castigarte —sus dedos salieron de mi interior, pero su mano no se movió de donde había estado toda nuestra conversación.

—¿Me das permiso para preguntar, mi Amo? —de repente había un montón de cosas que necesitaba preguntarle, quería saberlo todo.

—No creo que te lo hayas ganado —le puse morritos para intentar ablandarle y pareció dar resultado. —Está bien, pero solo una. Elige bien —sólo una, era demasiado complicado, había tantas cosas que quería saber.

—¿Cómo podías recordar mi nombre, mi Amo?

—Nos vamos a comer.

—Pero, mi Amo... No me has contestado.

—Te he dado permiso para hacer la pregunta, no te he dicho que fuera a responderte. Ahora vístete. Quiero invitarte a comer en un sitio especial.

Después iremos al aeropuerto.

V

—¿Cómo has podido conseguir un billete para este vuelo?

—Mi secretaria se ha encargado de todo. Me ha reservado el vuelo en tu avión, me ha buscado un apartamento en Dublín y me ha alquilado un coche desde el aeropuerto. Es extremadamente eficiente, incluso para ser alemana.

Y tanto. No sólo había conseguido un billete para Sergio en mi vuelo, también había cambiado mi asiento por uno en primera clase a su lado. Me preguntaba hasta qué punto era legal.

Habíamos llegado al aeropuerto después de comer en el que probablemente era el mejor restaurante de la ciudad. Y siguiendo con la probabilidad, seguramente el más caro, aunque era imposible que yo pudiera saberlo. La carta, que cambiaba todos los días, no tenía precios y no hubo forma de que me dejara ver la cuenta.

—¿Tienes secretaria?

Le había pedido permiso para preguntar y esta vez no me había puesto ninguna restricción. Estábamos rodeados de gente, así que no tenía que dirigirme a él como Amo. Por alguna razón, tampoco me atrevía a usar su nombre. No me contestó. La respuesta era tan obvia que me sentí estúpida.

—¿Es tu... —me miró expectante. Sabía perfectamente a qué me refería pero esperó a que completara la pregunta —... amante?

—No, yo no tengo "amantes" —se estaba riendo de mí. Estaba claro que si no utilizaba la palabra mágica, no lo iba a saber.

Miré a mi alrededor. La butaca del pasillo a su lado estaba vacía. En el asiento detrás del mío, un hombre roncaba ruidosamente con la cabeza pegada a la ventanilla. En la fila de delante, dos niños se peleaban por jugar a algo con una tablet. Nadie parecía pendiente de lo que estábamos diciendo.

—¿Es tu sumisa? —bajé la voz.

—No, Clara. No es mi sumisa. Nunca me liaría con ninguna mujer de mi trabajo. No me apasiona la idea de que nadie que no haya entrado en mi cama cuestione mis preferencias. Y menos en mi empresa.

—¿Y tienes alguna ahora? —me miró fijamente, dándome la respuesta. —
Me refiero en Berlín.

—Cuando me fui de Berlín, había tres a las que solía llamar.

—¿Tres? —esperaba que mi voz no sonara tan desolada como me sentía.

—Sí —me ofreció su abrigo. —Tápate.

—No tengo frío. —No me sentía especialmente cómoda hablando de este tema en un lugar público pero no podía dejar escapar la oportunidad y ahora estaba respondiendo todas mis preguntas. —¿Por qué tres?

—Hazlo —dijo rotundo. Quería seguir la conversación, así que me lo puse encima. —Las utilizo para ocasiones diferentes.

—¿Qué quieres decir?

—Súbete la falda —le miré pero no bromeaba.

Llevaba una falda larga hasta los pies. Había pensado que sería apropiada para el restaurante al que me llevó y además sería la más abrigada cuando llegara a Dublín. Normalmente me habría puesto unos pantalones para viajar, pero sus reglas no me lo permitían.

Empecé a levantarla, lentamente, recogéndola por debajo de su chaqueta hasta que llegué a los muslos.

—Sigue. —La alcé hasta que mis manos llegaron a mis caderas. Negó con la cabeza. —Quiero que tu culo toque el asiento. —Respiré profundamente y le obedecí. Sonrió satisfecho.

Se acercó a mí. Su mano derecha se coló por debajo de la cobertura y mientras me rozaba suavemente con sus yemas, sus labios susurraron en mi oído.

—Todas las sumisas tienen unos límites que no están dispuestas a traspasar, llamo a una o a otra según lo que me apetezca cada noche. Además, a veces necesito ir acompañado a eventos de la empresa y no puedo llevar a alguien demasiado... —buscó la palabra durante unos segundos —
extravagante. ¿Lo entiendes?

—Sí, mi Amo —susurré.

—Shhh. Aquí no —su voz en mi oreja me había hecho olvidarme de donde estábamos.

—Lo siento. ¿En Dublín... —casi me daba miedo preguntarle, pero necesitaba saberlo —vas a buscar más sumisas?

—¿Eso cambiaría algo? —notaba como sus yemas resbalaban empapadas.

Era obvio. Debía decirle que sí, que eligiera. Demostrar un poco de

orgullo.

—No.

Pero eso era algo que ya había dejado atrás.

—Me gusta tu sinceridad y yo también voy a ser sincero contigo —mi corazón se encogió. —Ahora mismo, solo quiero dominarte a ti. No tengo intención de buscar a nadie más —suspiré aliviada. — Pareces contenta. ¿Sabes lo que significa eso? —asentí insegura y respondió a su propia pregunta. —Deseo que tú me complazcas en todo.

Me acarició con sus labios, pero no llegó a besarme. Deseaba que lo hiciera. Me abalancé sobre él pero me detuvo.

—Estamos en un lugar público —simuló parecer escandalizado.

Se estaba divirtiendo provocándome. Volvió a mí, pero su objetivo no era el que esperaba. Se dirigió a mi oreja y empezó a mordisquear suavemente el lóbulo.

—Recuerda. Tú no me besas a mí. Yo te beso a ti.

Sus labios recorrieron mi mejilla rozándome hasta que llegaron a la comisura de los míos y justo en este punto, se separó, dejándome aturdida. Me concentré en nuestra conversación. Tenía que aprovechar la oportunidad que me estaba brindando y había algo que necesitaba saber.

—Has dicho que todas las sumisas tienen sus límites, pero tú nunca me has preguntado los míos.

Tenía que reconocer que tener una conversación tan íntima en un lugar tan público era extremadamente excitante y morboso.

—Tú no eres una sumisa —aclaró confundíendome todavía más, si eso era posible. —Tú eres mía y tus límites los pongo yo.

—¿Qué diferencia hay?

—Deberíamos cambiar de tema. No creo que te esté sentando bien —y, como siempre, tenía razón. Casi estaba rezumando y solo esperaba no haber mojado el asiento. —Dime, ¿qué plan tienes cuando llegemos a Dublín? —buena pregunta...

—Bueno, la verdad es que no lo he pensado mucho. Supongo que iré a casa de alguna amiga —mentí. —De todas formas, tengo que recoger todas mis cosas así que pasaré un par de días en casa mientras me organizo.

—Cuando dices en casa te refieres a... —se quedó esperando a que yo terminara la frase.

—A casa de Killian —sabía que no le iba a gustar la respuesta. Su cara

cambió de repente.

—No —y fue terminante.

—Pero... —no continué.

Estaba furioso, lo había visto en su cara, sin embargo, había conseguido recomponerla en cuestión de segundos. Sus dedos entraron en mí recordándome el abuso sufrido la noche anterior. Todo mi cuerpo se tensó y tuve que morder mis labios para ahogar cualquier ruido.

—Eres mía. No permitiré que duermas bajo el mismo techo que tu ex ni una sola noche —su voz se había calmado, pero seguía haciéndome daño y lo sabía. —Es más, no compartirás casa con nadie. Te quedarás conmigo.

—¿Eso es lo que deseas, Sergio? —tuve que volver a morderme los labios para no gritar. Cuando aprendería a estar calladita. Sin embargo, su respuesta fue serena, como si no hubiera percibido mi ironía.

—Sí, eso es lo que deseo y eso será lo que harás, ¿verdad? —se acercó más a mí, moviendo sus dedos con crueldad.

—Haré lo que tú quieras —esta vez me cuidé mucho de que no hubiera ni rastro de burla en mi tono.

—Eso está mucho mejor. Tienes mucha suerte de que haya decidido no castigarte hoy. Aun así, no tienes tu suerte. Todavía puedo cambiar de opinión.

—Lo siento. No pretendía enfadarte —sus dedos salieron y volvió a acariciarme tan dulcemente como antes. Tenía que distraerle, hacer que pensara en otra cosa. Había que girar la conversación hacia él. —¿Puedo hacerte una pregunta? —asintió aunque me miró intrigado. —Bueno, no sé... a lo mejor no quieres hablar de esto...

—Está bien, ahora sí has despertado mi curiosidad.

—Bueno... —se estaba empezando a impacientar así que me arranqué. —Has ido a visitar a tus padres, pero te has quedado en un hotel y el día de navidad no parecía que tuvieras planes para comer con ellos... —apartó su mano y me asusté. Tal vez había ido demasiado lejos. —Sé que esto no es de mi incumbencia...

—Pero te extraña —terminó mi frase, aunque no con las palabras que yo habría elegido. —Mi relación con mi padre no es... la mejor. Yo... —no era normal verle titubear —prefiero mantener las distancias.

—¿Y tu madre? —se quedó callado, demasiado tiempo.

—Mi madre murió cuando tenía cinco años.

—Lo siento.

—No lo sientas, casi no la conocí —su voz era seca, y sus esfuerzos por que no le compareciera, inútiles. —Apenas la recuerdo —tardó en romper el silencio incómodo con una pregunta absurda. —Tus sobrinas son encantadoras, ¿cuántos años tienen?

Y así, con un comentario inocente en apariencia, consiguió que no parara de hablar de ellas hasta que aterrizamos.

Todavía no eran las seis de la tarde cuando llegamos a Dublín y ya era noche cerrada. Pero lo peor era el tiempo, como siempre. El frío húmedo, ayudado por una ligera llovizna intermitente y un viento gélido. Había vuelto a casa.

Al menos no estaba nevando, aunque según el pronóstico meteorológico lo haría en las próximas semanas. No dejaba de sorprenderme como la ciudad entera se colapsaba en cuanto caían los primeros copos de nieve, pero cada año ocurría lo mismo. Las carreteras no estaban preparadas, no había ningún plan de emergencia y siempre algún barrio quedaba incomunicado por unos días.

En el aeropuerto todo estaba organizado y tuve que reconocer que su secretaria era eficaz hasta el extremo. Habían dejado las llaves del apartamento, junto con un mapa de su localización, en la oficina de alquiler de coches, donde un enorme Jaguar oscuro perfectamente equipado, muy parecido al que llevaba en España, le estaba esperando.

—¿Sabes conducir por la izquierda, mi Amo? —por fin estábamos solos.

—Aprendí a conducir en Inglaterra.

—Ya, ¿hace cuántos años? —me miró divertido. —Tal vez deberías dejarme conducir a mí, yo conozco las calles, mi Amo.

—Si no tengo las manos en el volante, no habrá nada que me frene. ¿Quieres que tengamos un accidente? —me abrió la puerta del pasajero, luego dio la vuelta al coche, subió al asiento del conductor y mientras se colocaba los espejos, me preguntó —¿Dónde vive?

—¿Quién, mi Amo?

—Vamos a recoger tus cosas.

—¿Ahora...? —mi decepción era patente en mi tono de voz. Desde que me lo había pedido en el avión, o mejor dicho, impuesto, solo quería llegar a la que sería “nuestra casa”. No me podía creer que fuera a vivir con él, aunque fuera temporal.

—Quiero acabar con esto cuanto antes.

Arrancó el coche y me llevó, siguiendo mis direcciones. Conducía perfectamente por el otro lado. Me preguntaba cuando encontraría una cosa que no supiera hacer. Aunque eso era lo que me provocaba más inseguridad.

Aparcó en la puerta, y salió conmigo. Me apresuré para cortar el paso. No podía entrar con él, solo conseguiría machacar a Killian aún más y ya me sentía bastante culpable.

—Mi Amo, creo que debería entrar yo sola.

—No —y siguió andando sin dedicarle ni un segundo de reflexión.

—Por favor, mi Amo. No quiero hacerle más daño. No creo que sea necesario que me vea contigo.

—Yo sí creo que es necesario.

—Mi Amo, necesito que confíes en mí —se quedó callado, mirándome. — Por favor.

—Confío en ti, Clara —dijo finalmente. —Pero no voy a confiar en él. Y me imagino como se debe sentir. Y aunque no quiero ni pensar que podría llegar a ponerte la mano encima, sé...

—Él no es así —le interrumpí.

—... sé —prosiguió como si no hubiera hablado —lo que un hombre puede decirle a una mujer cuando quiere hacerle daño —me cogió la cara entre sus manos. —No voy a dejar que nadie te falte al respeto. Me da igual como me lo pidas, no vas a entrar sola —no había ninguna forma de que pudiera hacerle cambiar de idea. Después de escucharle, me quedó claro.

Mi coche, por llamarlo de alguna manera, estaba aparcado en la entrada. Era un Ford fiesta azul que había visto años mejores. Demasiados. Saqué la llave del bolso y lo abrí, manualmente. Miré a Sergio avergonzada. Solo le había visto al volante de coches de gama alta y algo me decía que llevaba años sin conducir uno tan viejo, si lo había hecho alguna vez.

—¿Es tuyo?

—Sí, bueno... no. En realidad, es de mi jefe, mi Amo. Me lo deja porque conducir es parte de mi trabajo.

—¿Qué le has hecho?

—¿Qué le he... —otra vez. —Te crees muy ingenioso, ¿verdad, mi Amo? —su risa iluminaba su rostro.

—Sí, mucho. No parece muy seguro —ahora estaba hablando en serio.

—Mi Amo, lo conduzco todos los días y nunca me ha dado ningún problema —me encantaba que demostrara esa preocupación por mí. —Ya no

fabrican coches así.

—En eso tienes razón.

—Es muy resistente, de verdad —no parecía convencido.

En cuanto abrí la puerta de casa, me alegré de que Sergio estuviera conmigo. Killian estaba visiblemente borracho, y teniendo en cuenta las botellas vacías del salón y de la cocina, no había parado de beber desde nuestra ruptura. Pero eso no fue lo que más me alarmó.

Su mirada iba más allá del desprecio, era odio. Nunca había visto esa expresión en su cara, ni en nuestras peores discusiones. Abrió la boca para decirme algo, pero no lo hizo. Incluso en su estado, la postura desafiante de Sergio, que estaba clavado a mi espalda, le amedrentó. Yo tampoco me atreví a decirle nada. Corrí a la habitación, recogí las cosas imprescindibles y llené rápidamente una bolsa de deportes.

—No. Cógelo todo. No vas a volver aquí —temí que Killian reaccionara cuando escuchó la orden de Sergio, pero no dijo nada. Hablaba un poco de español y lo entendía bastante bien, pero había bebido lo suficiente como para haberlo olvidado.

Cada minuto que pasaba, más aumentaba mi miedo de que se desencadenara una pelea. Se miraban fijamente y la tensión entre ellos se podía cortar. Embuté todas mis cosas en bolsas y las apilé en tiempo récord, y Sergio comenzó a cargarlas en su coche. Entré en el dormitorio por última vez para coger el cargador de mi móvil, y Killian cerró la puerta tras él.

—Por favor, abre la puerta.

—Solo quiero hablar. Y creo que merezco una explicación —me dijo mientras se acercaba a mí tambaleante.

—Está bien, solo quita el pestillo.

Intenté dirigirme a la puerta y me bloqueó contra la pared, reteniéndome con el peso de su cuerpo. Le empujé, pero pesaba demasiado para mí. Nunca había forcejeado con él.

—¿Cómo te atreves a venir a mi casa con tu... ¿Quién coño es ese?

—Es un amigo...

Me agarró de las manos mientras su cuerpo me pesaba y se lanzó a besarme. Trataba de quitármelo de encima, me estaba aplastando y no me dejaba moverme. Le esquivé dos veces girando mi cabeza. Su aliento apestaba a alcohol, y no era lo único que olía mal. Llevaba varios días sin ducharse. Mi resistencia le estaba animando y empecé a asustarme de verdad.

A partir de ese momento, todo sucedió muy rápido. Con un estruendo, la puerta se abrió súbitamente dando un golpe contra la pared. Antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba pasando, me sentí libre. Sergio había lanzado al otro extremo de la habitación a Killian, que quedó completamente inmóvil en el suelo. Me miró para comprobar que estaba bien y, en el segundo que vi el fuego en sus ojos, supe lo que pasaba por su mente. Me abalancé sobre él antes de que pudiera reaccionar, y le abracé para detenerle.

—No ha pasado nada. Sácame de aquí, por favor —mis ojos empezaban a estar vidriosos —mi Amo.

Miró a Killian otra vez y le encontró en la misma posición en el suelo. Su cara reflejaba su sorpresa, ni siquiera entendía cómo había llegado allí. Probablemente, no sentía el dolor de la caída, pero lo sentiría por la mañana.

En cuanto cerré la puerta del coche, rompí a llorar. Mis intentos de contener el llanto no habían servido para nada. No sabía si era por la decepción o los nervios. Creo que no había llegado a sentir miedo, o quizá sí.

—¿Estás bien? ¿Qué te ha hecho? —aunque no me tocaba, sus ojos escaneaban mi piel en busca de alguna marca.

—Nada. Lo siento.

—No lo sientas. Tú no has hecho nada. Te prometo que no voy a volver a entrar, pero dime lo que ha pasado.

—Nada. Solo intentaba besarme, me ha dicho que quería hablar, no sabía...

—Tú no sabías nada. Nada de lo que ha pasado es culpa tuya. Estaba demasiado borracho.

—Tú me lo habías advertido y yo...

—Yo no podía saberlo, solo estaba celoso —pero sabía que solo me lo estaba diciendo para que me sintiera bien.

Repasaba en mi cabeza lo que acababa de pasar. Solo pensaba hasta dónde habría llegado si hubiera vuelto yo sola, o peor, si hubiera tenido que quedarme a pasar la noche. No me atreví a decirlo en voz alta, no quería avivar la llama que todavía no se había apagado en sus ojos.

—Será mejor que nos vayamos. Estoy haciendo un esfuerzo por no volver y darle una paliza solo porque te he prometido que no volvería a entrar.

—Tienes razón, mi Amo. Será mejor que nos vayamos. Te seguiré en mi coche.

—No estás en condiciones de conducir, y menos tu coche.

—Mi Amo, si lo dejo aquí, tendré que venir a buscarlo mañana para ir a

trabajar.

—No vas a volver —miró hacia atrás. Pensé que estaba deseando que Killian saliera a por más, pero solo miró el coche. — Dame la llave, yo lo llevaré. Te sigo.

No estaba segura de si podría hacerse con él. Como todos los coches viejos, tenía sus trucos. Arranqué y le esperé al final de la calle. Tardó varios minutos, pero había conseguido hacerlo funcionar.

Le veía por el retrovisor y me costaba apartar la vista de él para centrarla en la carretera. Parecía calmado, el fuego se había extinguido y ya no quedaba nada. Un escalofrío me recorrió ante el pensamiento de si su pasión por mí también se consumiría con tanta facilidad. Intenté apartarlo de mi cabeza.

VI

El apartamento estaba situado en una de las mejores zonas de la ciudad cerca del centro de Dublín. Era un dúplex de lujo en un edificio de nueva construcción que disponía de todas las facilidades: calefacción central, garaje, servicio de seguridad y de limpieza, etc. No llegaba a comprender como se podía conseguir una casa como ésta en un día.

En la planta de abajo, el recibidor daba a un salón comedor inmenso, que se separaba por una ancha barra americana de la cocina, moderna y totalmente equipada. Nada más verla me dieron ganas de ponerme a cocinar. Se completaba con un despacho y un aseo bastante grande con ducha.

El piso de arriba me terminó de enamorar. Había una habitación doble de invitados, muy acogedora, pero lo que quitaba el aliento era el dormitorio principal. No solo era enorme, sino que terminaba en una terraza casi del mismo tamaño.

En el cuarto había dos puertas, una daba a un vestidor tan grande que no quería imaginar cuánta ropa se necesitaría para llenarlo. La segunda era la entrada al cuarto de baño, presidido por una bañera en la que juraría que entraban holgadamente tres personas, aunque esperaba no comprobarlo.

Todavía estaba admirando las vistas cuando Sergio entró en la habitación con mi maleta grande, la dejó en el vestidor y vino a abrazarme por detrás. No sabía qué decir, me había quedado totalmente sin habla. Y ahora lo que más me preocupaba era mi parte. Era imposible que yo pudiera permitírmelo.

—¿Cuánto cuesta? —la pregunta salió de mi boca antes de que pudiera mi cerebro pudiera filtrarla, o algo mucho más importante, pedir permiso. Caí de rodillas en cuanto me percaté de mi error. —Lo siento, mi Amo.

—Levántate —me preguntaba cuando se acabaría su paciencia. —No lo sé. Lo paga la empresa. ¿Por qué preguntas eso?

—Mi Amo, si quieres que me quede aquí contigo, tengo que pagar mi parte.

—¿Tu parte? —me miró con los ojos entrecerrados por un segundo.

Después, empezó a reírse como si la idea fuera descabellada. —Y dime ¿cómo piensas hacerlo? ¿Vas a mandar el dinero a mi jefe?

—No, mi Amo —respondí confusa, no entendía su reacción.

—Mmmm, entonces, vas a pagarme por vivir conmigo. Eso tiene un nombre, ¿verdad? Si vas a darme dinero por mis servicios, tendré que esforzarme.

—No tiene gracia, mi Amo —pero me estaba riendo con él. Me besó y me apretó contra él. De repente se puso serio, como si hubiera recordado algo.

—Tú eres mi invitada y estás aquí porque yo no te he permitido que te quedaras en ningún otro sitio —me recorrió con la mirada. —Llevas demasiada ropa.

Me bajó la cremallera de la falda y dejó que cayera por mis piernas. Debajo llevaba unas medias marrones bastante espesas que llegaban hasta el principio de los muslos pero no las tocó. Se dirigió a la blusa, que fue subiendo muy despacio hasta que llegó a mi cabeza, descubrió tan solo mi boca y me besó profundamente, bebiendo de mis labios, insaciable.

Siguió subiéndola hasta que me la quitó por completo. Me dejó el sujetador de encaje color chocolate, a juego con las medias. Se acercó a la cama y dispuso la almohada alzada contra el cabecero, a modo de respaldo.

—Siéntate —hice lo que me pidió con la espalda apoyada en el cojín. Sergio se quitó los zapatos y la camisa y se sentó delante de mí, al pie de la cama, mirándome, con las piernas cruzadas. —Estás muy sexy. Tócate para mí.

—¿Qué, mi Amo?

—Mastúrbate —hablaba despacio, como si tuviera que asegurarse de que le entendía. —Quiero ver como lo haces. Hasta que te corras en tus manos. Para mí.

—Mi Amo, yo no...

—Ni se te ocurra decirme que nunca te has dado placer.

—No es eso, mi Amo. Es que no sé hacerlo con mis manos.

—¿Qué quieres decir?

—Que no puedo llegar solo con las manos —no sabía como ponerlo más claro. —Necesito ayuda.

—¿Qué tipo de ayuda? —de repente se le iluminó la cara, como si hubiera tenido una revelación —¿Tienes un consolador? —me miraba asombrado y yo solo deseaba que se me tragara la tierra.

—Un vibrador —hablé con la voz tan baja que me sorprendió que pudiera

oírlo.

—¿Dónde está? Lo has cogido, ¿verdad? —parecía entusiasmado con la idea.

—En la mochila roja, en la cajita plateada —se levantó de la cama de un salto y se fue a buscar la mochila al comedor. Por desgracia, no era una de las que se habían quedado en el coche, aunque no creo que hubiera supuesto ninguna diferencia.

Volvió con la caja en la mano. Era una cajita alargada que venía con unas cremas cosméticas y que había resultado ser el escondite perfecto. Hasta ahora. La abrió y sacó mi mayor secreto. Un vibrador negro metalizado, sin adornos ni florituras, completamente liso. Nunca se lo había enseñado a nadie. Lo empuñó con sus manos y lo encendió sin apartar su mirada de mí.

—Muy elegante. ¿Esto es lo que usas para darte placer?

—Sí, mi Amo —me estaba ruborizando.

—¿Siempre lo utilizas sola? —seguía jugando con mi vibrador, probando las diferentes velocidades, haciendo caso omiso del nuevo color de mi rostro. Verle jugar con él tan cerca de mí era mucho más de lo que podía soportar.

—Sí, mi Amo.

—¿Nunca has llegado al orgasmo solo con tus manos?

—Mi Amo, no puedo llegar así, ya te lo he dicho.

—¿Tampoco con otros? —me miraba con cara de incredulidad

—No, mi Amo, no puedo.

—No veo por qué no —dejó el vibrador en la cama y vino a mi lado. Me hizo echarme hacia delante, quitó la almohada y se sentó ocupando su lugar, a mi espalda, con las piernas abiertas a mis lados. Me retiró el pelo del cuello, dejando que cayera sobre el lado izquierdo, me besó en la clavícula y bajó su mano derecha.

—¿Qué haces mi Amo?

—Ahora eres mi reto —Genial. Lo había convertido en un desafío. Yo solita.

—Yo no... —me puse muy nerviosa, sabía que no iba a poder complacerle. No era la primera vez que había tenido que fingir en esa situación, pero no quería hacerlo con él.

—Relájate.

—¿Y si no lo consigo, mi Amo?

—Entonces, tendrás razón. Y te dejaré que me pidas algo que desees. Lo

que tú quieras. Así que en cualquier caso, saldrás ganando.

—Eso me gusta, mi Amo.

—Pero eso no pasará —sus dedos empezaron a hacer su trabajo. Se movían con muchísima pericia, eso ya lo sabía, pero no sería suficiente. — ¿Sabes? Esto es lo primero que hago con todas las sumisas. Lo que he hecho contigo esta noche. Les pido que se sienten en la cama enfrente de mí...

—Mi Amo, por favor... —intenté detenerle, no podía soportar que me hablara de otras mientras me tocaba.

—Shhhh —acarició mis labios con la mano izquierda y continuó —que se sienten en la cama, desnudas, y que se toquen para mí hasta que se corran. Siempre las aviso de que las voy a grabar con mi móvil mientras lo hacen. Todas acceden —no necesitaba decírmelo, eso ya lo imaginaba.

—Mi Amo, ¿puedo preguntar por qué? —sus dedos se estaban mojando de mí, incluso contra mi voluntad. No quería que mi cuerpo reaccionara así mientras me contaba aquello, pero no podía evitarlo.

—Puedes preguntar lo que quieras, Clara. Hará unos doce años, una sumisa denunció a su Amo por violación —hablaba muy despacio. —Después de tres años de relación. Acababan de romper y supongo que estaba muy enfadada con él. Cuando le hicieron el reconocimiento médico, el ginecólogo confirmó que presentaba heridas compatibles con una agresión sexual, y la denuncia fue admitida a trámite. La peor acusación que se puede hacer...

—¿Le condenaron?

—No, pudo demostrar que había sido consentido. Pero eso fue lo de menos. Toda su vida quedó expuesta. Tuvo que contar detalles de su privacidad delante de desconocidos para que le juzgaran... Casi nadie quería declarar a su favor, y los que accedieron, no eran considerados testigos fiables.

—Pero un vídeo de una chica masturbándose no demuestra...

—Lo sé. Pero puede ser bastante disuasorio si cree que puede llegar a todo su círculo: padres, hermanos, primos, amigos, compañeros de trabajo, jefes, ex... Piénsalo.

—Ya, supongo —no quería imaginármelo. —¿Alguna vez lo has hecho, mi Amo?

—No, por supuesto que no. Nunca lo haría, y no solo porque es un delito. El simple hecho de tenerlo implica que nunca será necesario —tenía sentido, pero no me tranquilizaba. —¿Quieres saber por qué te estoy contando esto?

—¿Porque me lo vas a pedir, mi Amo? —casi no podía hablar, sentía que me faltaba el aire. No podía creer lo que me estaba pidiendo y el momento que había elegido para hacerlo.

—No —me volvió a besar en la clavícula en el mismo punto que antes. — No quiero tener un seguro contigo.

—¿Por qué? No me conoces.

—Sé todo lo que necesito. Tú me has demostrado que tienes confianza absoluta en mí. Ésta es mi forma de demostrarte que yo también confío en ti, plenamente. Querías saber cuál es la diferencia entre ser una sumisa o ser mía.

Me di cuenta de lo importante que era para él el paso que estaba dando. Pero eso no fue lo más valioso para mí, sino que me distinguiera. Eso era lo único que me importaba.

—Gracias, mi Amo.

—¿Lo habrías hecho por mí?

—Mi Amo, no creo que lo hubiera hecho el primer día —mentí.

—¿Y esta noche?

—Ya sabes la respuesta, mi Amo.

—Sí, pero quiero que me lo digas.

—Sí, mi Amo. Lo habría hecho por ti.

—Sabes que entonces te tendría totalmente a mi merced, ¿verdad?

—Ya me tienes totalmente a tu merced, mi Amo.

—Sí, más de lo que tú crees, y ahora te lo voy a demostrar.

Bajó su mano izquierda, que se había entretenido en mi cuello, acariciando todo el camino hasta juntarse con la derecha. Utilizó sus dedos índice y corazón para abrirme, mientras con la derecha aumentó el ritmo de sus roces. Sentí como el calor que nacía en mi sexo se extendía por todo mi cuerpo, me invadía, otra vez.

Adelantó su tronco, pegándolo aún más al mío. Su erección crecía haciéndose cada vez más notable. Deseaba tocarla. Llevé mis manos a mi espalda y las deslicé despacio, ocultando mi objetivo, pero fui demasiado evidente.

—¿Quieres que te vuelva a atar? —saqué mis manos inmediatamente a modo de respuesta. —Bien hecho.

Eché todo mi cuerpo hacia atrás, quería sentir el tacto de su pecho en mi espalda, y dejé caer mi cabeza sobre su hombro izquierdo. Me rozó con su mejilla y su barba incipiente me raspó, pero eso solo me excitó más. Su

cuerpo también estaba ardiendo.

—Mi Amo, por favor.

—Por favor ¿qué?

—Entra dentro de mí, mi Amo, por favor. Tú también lo estás deseando.

—Sí, lo deseo más que nada, pero no lo voy a hacer. Y no solo porque perdería y soy demasiado competitivo. Ayer fui muy duro contigo. Tu coño todavía se está recuperando. Si te la meto hoy, te voy a hacer daño.

—No me importa, por favor, mi Amo.

—Pero a mí sí. Te dije que hoy no te iba a castigar.

—Pero esto es peor, mi Amo —me quejé y creí oírle reírse.

—Eres demasiado impaciente. Voy a tener que enseñarte que las grandes recompensas se hacen esperar.

Subió su mano izquierda a mis pechos y los sacó de las copas del sujetador. Frotó mis pezones hasta que estuvieron duros. Después se centró solo en el derecho, masajeándolo, apretándolo. Lo cubría con la palma y después la bajaba levantándolo desde la parte inferior.

Sus dedos seguían moviéndose ávidamente, estaba muy claro que sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Había reducido su campo de acción y ahora estaban alrededor de mi clítoris sin llegar a tocarlo, solo rozándolo muy de pasada en descuidos muy estudiados. Me estaba martirizando.

—Por favor, mi Amo.

—Me encanta que me supliques. Eres tan caliente y ni siquiera lo sabes —no le entendí.

Puse mi mano encima de la suya, se sorprendió pero no la apartó. Estaba esperando a descubrir mis intenciones. Con mi mano, dirigí la suya, guiándola hasta mi entrada. Casi estaba a punto de entrar. En vez de eso, hizo un círculo a su alrededor.

—No, eso es trampa. Parece que no me vas a dejar otra opción que atarte.

—Retiré mi mano —Ponlas encima de mis rodillas. Y no las muevas.

—Sí, mi Amo.

—Te vas a correr en mi mano y no voy a entrar hasta que lo estés haciendo.

—No voy a poder —sentí como me estremecía por la frustración de no tenerle dentro.

—Tranquila, ya estás casi a punto.

Con su mano izquierda echó mi cabeza a un lado, dejando el acceso a mi

cuello libre. Acercó sus labios, pero sin llegar a posarlos, solo respirando sobre mí, provocándome escalofríos. Me lamió, humedeciendo la zona, y siguió aspirando y exhalando el aire sobre mi cuello. Mi piel se erizó.

Justo en ese momento empezaron los espasmos, todo mi cuerpo se contrajo en su mano, que se movía rápidamente sobre mi clítoris. Su brazo izquierdo me apretó contra él, sujetándome, y su mano derecha me penetró, cumpliendo su promesa.

—Ahhh —grité pero conseguí cortarlo

—Aquí puedes gritar. Quiero oírte —mis caderas se sacudían pero él me controlaba con su brazo. —Dí mi nombre.

—Sergio —grité. No podía pararlo.

Seguí gritando, hasta que los gritos, dieron paso a los gemidos y estos a la respiración agitada. No me soltó, ni salió de mí. Al contrario, apretó su mano. Me tapé la cara, avergonzada, intentando recuperar el control. Me besó en la nuca.

Me cogió por los muslos con un brazo y los puso sobre su pierna derecha. Todo mi cuerpo giró para descansar sobre su pecho. Estaba mareada. Hundí mi cara en él y me perdí. Me dejó unos minutos para recomponerme, hasta que mi respiración se acompasó y recuperó su ritmo normal. Levantó mi cara hacia él.

—Eres preciosa. Y una mentirosa.

—Mi Amo, yo nunca... —descarté lo que estaba a punto de decir. — Gracias, mi Amo.

—Ha sido un placer —sonrió.

—¿Me enseñarás a hacerlo, mi Amo?

—No —y negó con su cabeza. —Tus orgasmos también me pertenecen. No volverás a darte placer sola. No volverás a tocarte, ni con tus manos, ni con... nada. Tu placer depende de mí, y yo me encargaré de proporcionártelo.

—Sí, mi Amo.

—Y, a partir de ahora, me pedirás permiso para correrte. Y no lo harás hasta que yo te lo conceda.

—Sí, mi Amo.

—Arrodíllate —bajé al suelo, rápidamente, y me incliné ante él, aunque no sabía qué falta había cometido. Le había hecho una pregunta sin permiso pero no parecía haberle molestado.

Se levantó y dio unos pasos hasta detenerse frente a mí. Sus grandes pies

descalzos estaban a unos centímetros de mis rodillas. Le oí desabrocharse el pantalón que, acto seguido, cayó al suelo. Le siguió el bóxer. Con un movimiento preciso se deshizo de ellos y los lanzó al otro extremo de la habitación. Cogió una almohada de la cama y la dejó caer delante de él.

—Quiero probar tu boca. —Su falo se alzaba orgulloso ante mis ojos. Avancé de rodillas para subir al cojín. Adelanté mi mano para tocarlo, pero la atrapó y la llevó a su cintura, dejando la suya encima. —Solo tu boca. ¿O eso tampoco lo has hecho nunca?

—Sí, mi Amo. Eso sí lo he hecho.

—Perfecto, me muero de ganas por ver lo que sabes hacer —uff, eso era demasiada presión, teniendo en cuenta que tampoco tenía tanta confianza en mi técnica, y no quería ni imaginar la experiencia que tenía él.

Acerqué mis labios tímidamente y le miré antes de empezar. Quería ver su cara. Su deseo era más que evidente. Le besé y le acaricié, solo rozándole. Reaccionó inmediatamente. Saqué la lengua y le recorrí desde el extremo hasta la base por un lado y volví hasta la cima por debajo. Seguí mi camino por el lado contrario, pero esta vez añadiendo mis labios.

Mi codicia aumentó, pero me obligué a seguir despacio. Lamí la punta en círculo. Llevaba bastante tiempo excitado y enseguida empezó a mojar. Su sabor era exquisito, quería más. Abrí la boca y atrapé la punta, para saborearla.

Entonces me di cuenta de lo ambiciosa que había sido. Era imposible que entrara entera en mi boca. Avancé, solo para comprobar lo que podía abarcar y me quedé a la mitad. Retrocedí y, sin llegar a separar mis labios, volví a mirarle. No se perdía detalle.

—Sigue —y su voz grave reflejó su ansia. Me gustaba ejercer este poder sobre él.

Volví a hacerlo, muy despacio, llenando mi boca hasta que no pude más y la mantuve. Quería aprisionarla, aspiré haciendo presión hacia dentro. Volví a replegarme, dejándola escapar milímetro a milímetro. Seguía mojando, lo recogí con mi lengua, era delicioso.

—Me estás matando —su voz ronca consiguió provocar una suave réplica del terremoto que había desencadenado minutos antes entre mis piernas.

—Mi Amo, las grandes recompensas se hacen esperar —le sonreí.

—No será hoy. Llevo todo el día empalmado por tu culpa, y no pienso esperar más. Voy a follarme tu boca. Ahora. —Cogió mi mano que descansaba

en su cadera y la puso en la base haciendo de tope. —No la muevas. —Puso una mano a cada lado de mi cabeza y la sujetó. —Si necesitas parar, avísame con la otra mano, pero te castigaré por cada vez que me hagas detenerme.

—Pensaba que no ibas a castigarme hoy, mi Amo.

—Pues lo haré mañana, pero te prometo que tendrás tu castigo. ¿Está claro?

—Sí, mi Amo —abrí la boca para prepararme.

Se movió hacia delante muy despacio y la cubrí con mis labios. Llegó hasta el tope, apenas podía aguantarla, era más de lo que había entrado las veces anteriores. Salió y volvió a entrar un poco más rápido. Solo estaba comprobando, no había comenzado.

—Clara, voy a terminar en tu boca —me llenó sin previo aviso y empezó a moverse. —No tienes que tragarlo, solo quiero que lo recojas.

Le escuché pero no pude contestar. Incrementó el ritmo enseguida, lo que no hizo sino demostrar su necesidad. Apreté los labios entorno a él para ejercer más presión. Quería que disfrutara tanto como lo acababa de hacer yo. Quería servirle.

Sus embestidas aumentaban en velocidad y en fuerza. Era como si intentara desplazar el tope que marcaba mi mano. Cada vez que entraba le sentía más hondo. Mis esfuerzos por contener su vigor eran inútiles. Estaba demasiado exaltado.

Utilicé la otra mano para ayudar a mantener la posición, y sus acometidas se intensificaron. Me juré que no iba a hacerle parar bajo ningún concepto. Tenía que aguantar por él, por su placer, que era mi única meta.

Sentí la parte inferior de su polla contraerse con mi lengua y supe que estaba a punto de eyacular. Intenté prepararme para lo que se avecinaba, nunca antes lo había recogido. Le oí gruñir, frenó y estalló en mi boca, desbordándola de su semen caliente. Hice un esfuerzo para contenerlo dentro.

La sentía palpitante cuando reanudó el movimiento, aunque esta vez muy pausadamente. De repente, como si de una necesidad imperiosa se tratara, quería que fuera parte de mí. Él me lo había ofrecido. Yo me lo había ganado. Sabía lo que podía significar, pero no me importaba nada. Dejé que entrara y noté como bajaba ardiendo por mi garganta. Caí a sus pies exhausta.

Se sentó en el suelo a mi lado.

—¿Por qué lo has hecho? No tenías que hacerlo. No te lo he pedido.

—Quería hacerlo, mi Amo.

—¿Por qué?

—Porque es tuyo, mi Amo.

—Ese era uno de los pocos límites que iba a respetar contigo por ahora. Pero tú ya te has encargado de rebasarlo sola.

—Lo siento, mi Amo.

—No. Me alegro de que lo hayas hecho. Mucho —sin embargo, su voz distaba mucho de parecer alegre.

- O -

—Buenos días —ver su sonrisa nada más despertar no tenía precio.

Miré el despertador, las siete de la mañana. Una de las ventajas de mi trabajo era el horario. Trabajaba siete horas al día. Normalmente no empezaba a trabajar hasta las diez, a menos que tuviera algo especial, y a las cinco había terminado. Por suerte, esta semana ni siquiera tenía que cumplir unas horas. Solo tenía que hacer visitas rutinarias para comprobar que todos estaban bien. Podía dormir un par de horas más.

—Es muy temprano —me quejé y me revolví bajo el edredón.

—No. Nos vamos a correr.

—Pero... mi Amo, yo no corro.

—¿Cómo? —no estaba tan dormida como para no darme cuenta de su tono.

—Quiero decir que no estoy acostumbrada a hacer deporte, no me gustaría retrasarte, mi Amo —traté de subsanar mi error.

—No te estoy dando a elegir —me besó en la frente. —Levántate —remoloneé un minuto más en la cama. —Ya. —Di un salto, no quería verle de mal humor recién despertada.

Cuando le volví a mirar, me di cuenta de que él ya estaba vestido con ropa de deporte. Y le favorecía muchísimo. Fui corriendo al vestidor, a buscar mi maleta y comprobé que todas mis bolsas estaban allí, junto a la maleta de Sergio. En algún momento, había subido todo lo que habíamos dejado en el coche la noche anterior. ¿De dónde sacaba la energía?

Me vestí rápidamente en cuanto encontré las cosas, que estaban repartidas en varias bolsas. Entré al aseo con mi neceser, me lavé los dientes, la cara, me puse crema y me recogí el pelo en una cola alta en tiempo récord. Cuando salí, había hecho la cama y estaba comprobando su email en la tablet. Se quedó mirándome y me sentí muy ridícula. La ropa de deporte no estaba hecha para

mí.

—Mejor me quedo aquí, mi Amo.

—No seas tonta. Estás preciosa con el pelo recogido —me besó en la mejilla y me cogió de la mano mientras nos dirigíamos a la calle. —Aunque tal vez deberías actualizar tu vestuario ahora que vas a hacer ejercicio todos los días —le miré pero no había ningún indicio de que estuviera bromeando en su cara.

—Mi Amo, ¿me das permiso para preguntar?

—Sí.

—¿Tengo que hacer deporte todos los días, mi Amo?

Todavía era de noche cuando llegamos al canal que estaba cerca del apartamento. Antes de seguir su recorrido paró para hacer estiramientos. Le imité.

—Tienes que estar en forma, para que puedas hacer todo lo que quiero hacer contigo —empezó a correr.

—Tampoco estoy tan mal, mi Amo —le seguí. Era un camino precioso. Había ido alguna vez a pasear siguiendo su cauce. Estaba cerca de una de las academias en las que había trabajado como profesora de español cuando llegué.

—Estás muy buena, —ojalá se hubiera callado en este punto, pero no lo hizo —para no hacer ejercicio nunca. —Me guiñó el ojo y aceleró el ritmo. Me costaba seguirle.

Corrimos durante casi media hora hasta que no pude más y me desplomé sobre un banco. Por suerte, se dio por satisfecho. Se sentó a mi lado y me besó. Apenas unas gotas de sudor perlaban su frente. Yo estaba resoplando, sin aliento y sudorosa.

—Has hecho un buen esfuerzo. Vamos a ducharnos y a desayunar.

—Claro. ¿Ya has pedido el desayuno, mi Amo? —por lo menos conseguí hacerle reír.

Paramos en una tiendecita para comprar café, leche, algo de fruta, embutido, huevos y pan. Ya había visto que le gustaba desayunar fuerte. Yo solía tomar solo un café corriendo por las mañanas, aunque los días anteriores en el hotel había devorado todo lo que me había puesto delante.

La dependienta, una chica jovencita rubia de unos veintipocos, no me quitaba el ojo de encima. Había visto las reacciones que Sergio provocaba y aunque no me iba a acostumar nunca, por lo menos, me estaba haciendo a la

idea de que no podía evitarlas. Pero eso era demasiado. Incluso él, la miró molesto, lo que provocó que me sonriera y siguiera con su trabajo. A mí me sirvió como disculpa pero Sergio pareció enfadarse aun más por su descaro.

—Parece que tienes una admiradora —me dijo en cuanto abandonamos la tienda de vuelta a casa y estaba claro que no lo decía a modo de chiste.

—¿Qué? No, mi Amo —no podía estar hablando en serio.

—¿No has visto cómo te ha repasado? Le has gustado —negué con la cabeza y sentí que me ponía roja. Ni siquiera lo había pensado. Pasó su mano por mi espalda y la apoyó en mi cintura. Mi cuerpo se desplazó instintivamente hacia él. —Clara, ¿tienes alguna experiencia con chicas?

—¿Qué? ¿Te refieres a...

—Ya sabes a lo que me refiero —me cortó tajante.

—No, nunca, mi Amo.

—¿Ni siquiera has tenido fantasías?

—No, claro que no, mi Amo. Me gustan los hombres —él debería saberlo.

—¿Los hombres?

—Me gustas tú, mi Amo —no mostró la más mínima reacción ante mi confesión y he de reconocer que me decepcionó un poco.

—¿Y si yo te lo pidiera? Si quisiera verte con otra mujer, ¿lo harías por mí?

—Yo no creo que pudiera hacer eso, mi Amo.

—¿Y con otro hombre?

—Yo... tampoco, mi Amo. —Se quedó completamente callado. Era evidente que mis respuestas no le habían gustado. Tenía que romper el hielo. —¿Me das permiso para hacerte una pregunta, mi Amo?

Abrió la puerta y entró sin darme ninguna respuesta. Solo murmuró que me fuera a la ducha. Estaba resentido pero de una forma diferente. Ni amenazas, ni azotes, ni una muestra de dominación, y eso me había atemorizado muchísimo más que ningún castigo.

Pensé que la ducha me calmaría pero solo me alteró más. El recuerdo de las mañanas anteriores era demasiado vívido: el olor de su jabón, la suavidad de su piel, sus manos... Se formó en mi cabeza una idea que, de forma inconsciente, había puesto todos mis esfuerzos en bloquear: mi competencia. Las sumisas que ya había tenido y que tendría cuando terminara conmigo, dispuestas hacer cualquier cosa que él les pidiera para complacerle.

Como en un sueño, vi su silueta difuminada entre el vapor. En algún

momento había entrado en el cuarto de baño, pero la puerta no había hecho ningún ruido.

—Mi Amo —no sabía el tiempo que llevaba parado, contemplándome.

—Ven —cogió una toalla.

—Lo siento, mi Amo. ¿Te he enfadado? —me acerqué a él con cautela.

—Sí —enrolló la mullida toalla a mi alrededor. —No —me giró mientras me frotaba suavemente para secarme. Lo hacía con muchísimo cuidado, abarcando cada porción de mi piel. —No me he enfadado contigo —ya no podía ver su cara. —¿Crees que si alguna vez te pidiera algo así te daría la posibilidad de negarte?

No sabía qué contestar, pero tampoco me dio la opción.

—Nunca te opongas a nada de lo que te pida, solo conseguirás que lo desee más. Nunca vuelvas a decirme directamente que no, o me harás obligarte a hacerlo —su voz no era amenazante, sino débil. Era como si quisiera aconsejarme, o alertarme, como si estuviera revelando un secreto que yo no debería saber. —Ve a arreglarte.

VII

Llegué a casa a media tarde y me dirigí directa a la cocina, cargada con las bolsas de la compra que había hecho para llenar la nevera. Para mi sorpresa, no había sido la única que había pensado en ello. Le encontré en el despacho, estaba manteniendo una videoconferencia en alemán con alguien que no podía ver, pero por su voz era una mujer joven.

Trabajo. El tono de Sergio era completamente profesional. No quería distraerle. Iba a preparar la cena, pero me hizo un gesto con la mano fuera de cámara para que me quedara.

Me senté en el sofá de piel enfrente de su escritorio a esperar a que terminara. Había sido un día extraño; no había dejado de darle vueltas al incidente que había tenido lugar unas horas antes. Sergio había salido de la ducha como si no hubiera pasado nada y fue directamente a preparar el desayuno mientras yo terminaba de arreglarme. Sin embargo, todo parecía borrarse ahora que le tenía delante.

Observé su actitud, sus gestos, sus ademanes; todos sus movimientos parecían calculados al milímetro. Estaba tan seguro de sí mismo como rematadamente sexy hablando alemán, una lengua a la que jamás pensé que se le podría dedicar este adjetivo. Necesitaba provocarle. Además, estaba en una situación privilegiada: no podía decirme nada, así que no podía darme ninguna orden.

Me desabroché el primer botón de la blusa. Me miró y siguió hablando. No podía demostrar ninguna reacción. Perfecto. Continúe con el segundo. Separé la tela para descubrir mi escote y me rocé con la yema de los dedos siguiendo la puntilla del sujetador. Sus cinco sentidos estaban concentrados en la conversación. Anotó algo en un papel y me lo mostró:

"NO HAGAS NINGÚN RUIDO. SIGUE"

Había encontrado la forma de controlarme muy rápidamente. Aflojé el tercer botón y me llevé el dedo a los labios, como dirimiendo si debía terminar con el último. Dobló la hoja para volver a enseñarme solo la segunda

parte "SIGUE" y la dejó apoyada sobre la mesa para que no se me olvidara.

Sonreí, me encantaba sentir su expectación. Me besé el dedo y lo deslicé lentamente, dibujando una línea recta desde la barbilla hasta el ombligo. Tal vez me deleité más de lo necesario a mitad de camino, aunque diría que apreciaba mi dedicación, hasta que finalmente alcancé el último botón. Lo solté y me aparté la camisa de forma que cayera a ambos lados de mis pechos.

Seguía la reunión como si no pasara nada, solo por un detalle. Su mirada estaba fija en mí, por encima de la pantalla. El brillo de sus ojos le delataba. Esperaba que la webcam no pudiera capturarlo. Era sólo para mí.

Con un delicado movimiento de hombros, la blusa resbaló por mis brazos hasta caer sobre la tela del sofá. Me levanté sigilosamente y llevé mis manos a mi espalda. Me giré y aflojé los cierres de la falda. Moví las caderas y aterrizó en mis botas. Levanté los pies para echarla a un lado. La siguió con la mirada.

Volví a sentarme con la espalda muy recta. Crucé la pierna izquierda sobre la derecha y la estiré. Me incliné y bajé la cremallera de la bota, la saqué y la dejé en el suelo con mucho cuidado. Hice lo mismo con la segunda, pero resbaló en mis manos y cayó con un golpe sordo, no demasiado alto. Recé para que no lo hubiera escuchado.

Una sonrisa maliciosa cubrió su rostro. Le oí decir "Ich muss jetzt gehen" y terminó la conferencia. Cerró el ordenador y se levantó. Se quedó esperando hasta que comprendí lo que quería. Me arrodillé inmediatamente ante él.

—Te he dado una orden directa y la has desobedecido.

—Ha sido sin querer, se me ha caído y... —no me dejó terminar. Ya sabía lo que quería hacer conmigo.

—No quiero escuchar excusas. Dime ¿cuántos azotes crees que te mereces por tu falta?

—¿Cinco, mi Amo? —negó con la cabeza para indicar que no le parecían suficientes. —¿Diez?

—Eres demasiado indulgente contigo misma. Pero me parece bien para empezar. Quítate la ropa —abrió el armario y cogió una bolsa. Vi más cosas, estaba claro que su mañana había sido provechosa, pero no las pude distinguir. Cuando volvió a mi lado había terminado de desnudarme. —He ido de compras y he traído algo para ti.

—Gracias, mi Amo.

Era una bolsa de lencería. Cuando la vi, ya supuse que el regalo era más

para él que para mí, pero me gustó que hubiera dedicado tiempo a pensar en mí en mi ausencia, como yo había hecho.

—Quiero verte con él. Póntelo —lo saqué de la bolsa.

Era un corsé completamente blanco que terminaba en unos ligeros. Tenía unos diminutos enganches metálicos en la parte delantera y un lazo en la parte trasera para ajustarlo. Parecía bastante rígido, tenía doce ballenas, cubiertas de encaje, que se abrían un poco en la parte superior. El conjunto se remataba con unas medias altas blancas a juego. Tenían un detalle bordado en el lado exterior de la pierna, unos brotes caían en cascada decorados con unos puntos brillantes.

Me vestí delante de él. Empecé por las medias que desenrollé a lo largo de mis piernas hasta que llegué al muslo. Últimamente siempre usaba este tipo, ya que eran las únicas que permitían el acceso, como me imponían sus reglas. Me rodeé con el corsé, ocupada en buscar la ciencia a cuestiones tan absurdas como si debía empezar a cerrarlo desde arriba o desde abajo.

—¿Necesitas ayuda? —había un claro deje irónico en su pregunta.

—Quizás prefieras esperar fuera hasta que esté lista, mi Amo.

—¿Y perderme el espectáculo? —estaba apoyado en el escritorio y ciertamente parecía entretenido. —Debe ser la primera vez que disfruto viendo como te pones ropa, en vez de quitándotela.

Trabé el primer cierre de abajo por encima de la cadera, y fui subiendo, ciñéndolo a mi cuerpo. Los últimos enganches ofrecieron mucha más resistencia. Mis pechos no me dejaban cerrarlos y la tela se me escapaba entre los dedos.

—Ven —genial, ya había acabado con su paciencia.

Le miré avergonzada y me acerqué a la mesa. Abrió sus piernas y me atrajo hasta colocarme a medio palmo de su cuerpo. Atrapó ambos lados y los juntó hasta que sentí como me oprimía y tuve que vaciar todo el aire de mis pulmones. Después engarzó hábilmente uno tras otro los tres cierres a la primera.

Observó el resultado. La estrechez se traducía en un escote precioso y mucho más abundante. Se cerraba justo por encima del pezón y la curva que sobresalía por encima era muy sensual. Me sentía como si se lo estuviera ofreciendo y la idea de estar tan disponible para él era excitante.

Le miré buscando su aprobación, pero su atención estaba en mi cintura que recorría con sus manos, apretándola. Me dio la vuelta sin avisar y empezó a

manipular el lazo de mi espalda, ajustándolo. Sentí como iba tirando, forzándome a meter la barriga cada vez más, haciendo y deshaciendo nudos, hasta dejarme completamente constreñida.

—Mi Amo, casi no puedo respirar —me quejé cuando volvió a girarme para una segunda comprobación.

—Clara, no he elegido esto solo para que estés sexy para mí —su voz era seductora.

Hincó una rodilla frente a mí y sujetó los ligeros a las medias mientras seguía hablando. Tenía el lejano recuerdo de haber invertido varios minutos en hacer algo que él solucionó en pocos segundos. Está claro que la práctica lleva a la perfección.

—Para eso cualquier conjunto de lencería valdría. Quiero que te sirva para recordar tu sometimiento a mí, en todo momento. La opresión física te ayudará a acatar mis normas. ¿Podrás resistirlo por mí?

—Sí, mi Amo.

—Eso no me sirve. Quiero que lo repitas.

—Lo haré por ti, mi Amo.

—Bien —casi no le oí. Ya se había girado y me llevaba de la mano a la cocina.

- O -

—¿Has hecho la compra? —abrió la nevera y no entendí por qué se sorprendió. Ya estaba llenando de ingredientes la encimera.

—Quería prepararte la cena, mi Amo.

—¿Sabes cocinar? —su mirada era suspicaz.

—Pensé que era una buena noche para aprender, mi Amo —lo intenté con mi cara más inocente pero no le engañé. Se acercó con paso firme hasta que me acorraló contra la barra y la inercia me hizo sentarme en el taburete que quedaba justo detrás de mí.

—No. Todo lo que tengas que aprender esta noche te lo enseñaré yo —su tono autoritario encajaba perfectamente con su andar seguro y su expresión seria.

Abrí las piernas y me deslicé del taburete para caer pegada a su cuerpo. No necesitaba cenar, no tenía hambre. No necesitaba otra cosa que lo que se estaba clavando ahora mismo en mi entrepierna, y a juzgar por su envergadura,

él también.

Me envolvió en sus brazos y me besó. Un beso casto y rápido, el tiempo justo para levantarme y dejarme otra vez sobre el asiento. Pero no se movió, sus manos se quedaron inmóviles en mis caderas. Se lo estaba replanteando y tenía que conseguir que sucumbiera a su momento de debilidad.

Me mordí el labio inferior, casi con demasiada fuerza. Le cerqué con mis piernas para que no pudiera escapar. Sus manos se demoraron en la parte superior de mis muslos. Creí ver lujuria en sus ojos, pero se esfumó demasiado rápido como para saber con seguridad si solo lo había imaginado.

—Para. Tengo que alimentarte. —¿De dónde podía sacar tanto autocontrol? Era imposible. Podía sentir sus ganas, casi como las mías, y su erección era la demostración palpable. —Vas a necesitar energía para lo que quiero hacerte esta noche —y más después de esto. Con estas expectativas... yo ni siquiera sabía lo que tenía en mente y no podía frenarme. ¿Cómo podía hacerlo él con lo que podría estar dibujándose en su cabeza?

Sin embargo, mi cuerpo obedeció. Tenía razón; el corsé me ayudaba a supeditarme a él, a ceñirme a su voluntad. Replegué mis piernas y eché mi espalda hacia atrás hasta ponerla en posición vertical. Aunque no pude evitar contonearme al hacerlo.

—Estás aprendiendo muy deprisa —le había impresionado que me rindiera tan pronto. O puede que le decepcionara, pero escapó antes de que me lo volviera a pensar.

—Muchas gracias mi Amo. ¿Me das permiso para preguntar? —me recorrió de arriba a abajo con la mirada como si buscara un arma.

—Dime.

—¿Me dejarás preparar la cena, mi Amo?

—No. Tú has trabajado, yo cocino para ti. Es justo —ya estaba cortando la verdura, y la forma en que movía el cuchillo demostraba que sabía lo que se hacía.

—Tú también has trabajado, mi Amo. Podría ayudarte.

—Prefiero que te quedes donde te tenga controlada. Además no he hecho demasiado, solo me he acercado a las oficinas del IFSC para una reunión rápida. En una hora había terminado y el resto del día apenas he hecho nada productivo. ¿Cómo ha ido tu día? —Eso sí era cambiar de tema.

—Bien, mi Amo —la idea se borró de mi cabeza. —He estado visitando a los chicos de los pueblos al norte de Dublín: Portmarnock, Malahide y

Swords. La mayoría están bien, sus familias están muy contentas y siguen sin ninguna novedad.

—¿La mayoría? ¿Qué ocurre? —no dejaba de impresionarme la forma en que me leía. Solo le había dicho una frase.

—No pasa nada, mi Amo —por un instante me debatí entre contárselo o no, pero me di cuenta que no tenía opción. Me había hecho una pregunta y mi obligación era contestarle. —Hay un chico que me preocupa un poco. La forma en la que me ha hablado hoy era diferente, como más distante. Puede que solo tenga un mal día. Me ha dejado un poco inquieta. La semana que viene volveré a visitarle.

—¿Crees que tiene algún problema?

—Es una época difícil para estar lejos de casa

—Es una edad difícil. Supongo que con los adolescentes es imposible predecir si algo va realmente mal, o solo tienen el día cruzado.

—Normalmente es encantador, pero hoy parecía que pasaba de todo. Espero que no haga ninguna tontería. Esta semana tengo que ir todos los días a visitar a otros chicos, pero... no sé... a lo mejor debería volver...

Estaba ensimismada en este pensamiento cuando mi mirada distraída se encontró con Sergio. Se movía como si siguiera un estudiado ritual. De una caja negra, sacó un juego compuesto por una jarrita y dos pequeños vasitos de cerámica y los colocó sobre la barra. Cogió una botella de cristal azul con una etiqueta blanca con letras chinas (más tarde descubrí que en realidad eran japonesas) doradas de la nevera y, con cuidada precisión, llenó la jarrita con el líquido transparente de la botella, que a su vez utilizó para llenar solo uno de los vasitos con ambas manos y con las palmas con dirección al suelo. Me lo ofreció utilizando también las dos manos.

—¿Quieres emborracharme? —le miré desconfiada.

—Hoy no —respondió con media sonrisa dibujada en sus labios. Sus labios. —¿Nunca has probado el sake? —Negué despacio con la cabeza como si fuera algo obvio, y hasta ese momento para mí lo era. —Bebe despacio.

Me bebí la mitad del contenido del vaso despacio, tal como me había indicado. Saboreándolo. Era suave, un poco aromático pero no lo suficiente como para tener un sabor envolvente como el vino. Volvió a rellenar mi vasito.

—Ahora tienes que rellenar el mío. Nunca debes dejar que se vacíe completamente —no entendía el juego. Le miré extrañada. —Es de mala educación rellenar tu propio ochoko —señaló el vasito dando a entender que

ese era su nombre. Cogí la jarrita y la llevé a la altura de sus ojos —tokkuri —contestó sin que le preguntara. Levantó su “ochoko” con una mano y lo apoyó en la palma de la otra.

—¿Y tú, mi Amo? ¿Has tenido un buen día?

—He ido al centro. Necesitaba cosas, aunque hubiera preferido tenerte de guía. Habría sido mucho más divertido entrar contigo en algunas de las tiendas en las que he estado.

—¿En la que has comprado esto, mi Amo? —pasé mi mano por la tela blanca.

—Y en un par más. Iba a llamarte pero no quiero distraerte mientras conduces.

—Me habría gustado oírte, mi Amo —fui demasiado sincera, pero pareció gustarle.

—Me preocupa mucho que pases tanto tiempo en la carretera —él también estaba siendo muy franco. Había dejado el cuchillo sobre la madera y me miraba fijamente.

—Mi Amo, siempre voy despacio. Nunca he tenido ningún accidente —en un acto reflejo, toqué madera rápidamente y le pillé intentando contener media sonrisa. —Además el coche que me has dejado se conduce solo, aunque es un poco grande.

—¿Grande? —preguntó como si no concibiera cómo podía ser eso un problema.

—Estoy acostumbrada a conducir coches más pequeños. Un momento. Si yo llevaba tu coche, ¿cómo has ido al centro? ¿Has cogido el mío?

—No. ¿Estás loca? He ido en taxi.

Se había vuelto a poner manos a la obra. Se movía con muchísima soltura. Acababa de poner dos sartenes en el fuego, al tiempo que terminaba de sazonar la carne y recogía lo que iba manchando. Estaba disfrutando. Era una delicia verle trabajar. Era una delicia verle, punto.

—Lo siento mucho, mi Amo. No sabía que necesitabas el coche. No tendrías que haber gastado dinero en un taxi. Mañana me llevaré el mío.

—No. ¿Cómo te gusta la carne? —no hubo ninguna alteración en su voz, ni en sus gestos. Siguió cocinando como si nada.

—Muy hecha por fuera y cruda por dentro.

—Tienes buen gusto para la carne.

—Lo sé —le guiñe un ojo y puso los dos solomillos sobre la plancha

mientras removía las verduras a fuego muy rápido. —Y volviendo al tema del coche...

—No —su tono era concluyente. Repartió la comida en dos platos y los llevó a la barra. No le quitaba la vista de encima demandándole una explicación. Apuró su vasito y me apresuré a rellenárselo. —Clara, no voy a permitir que vuelvas a conducir ese coche más que para devolvérselo a tu jefe. Eres mía y no llevarás un coche que yo no conduciría.

Tal vez solo era lo que quería ver, pero había algo más en su imposición: preocupación; y eso era lo último que quería. Pasaba demasiadas horas conduciendo como para que estuviera nervioso por mi culpa. De hecho, me sentí muy egoísta por haber querido discutirse. Sergio no solo había cambiado de país por estar aquí conmigo, sino que me había acogido en su casa, y no sabía hasta qué punto podía estar poniendo en riesgo su trabajo. Se merecía estar tranquilo mientras no estaba a su lado.

—Muchas gracias, mi Amo —su expresión se relajó.

—Pruébalo —el plato me impresionó.

Solo eran unos solomillos con verdura pero la forma en que los había presentado, el plato final tenía una pinta exquisita. El aroma de las especias me llegó unos segundos más tarde y me hizo la boca agua. Y eso que ni siquiera sabía si podría comer. Pinché un trozo de espárrago y me lo llevé a la boca.

—Está buenísimo, mi Amo —había salteado las verduras condimentadas con una mezcla de especias que no conocía, y el resultado era espectacular. —¿Dónde aprendiste a cocinar?

—Aprendí cuando estuve en China. Fue cuando empecé a vivir solo y no me gusta depender de nadie.

Daba gusto verle comer. Seguía seduciéndome mientras cortaba grandes pedazos de carne, se los llevaba a la boca y los masticaba con ansia. Mientras él devoraba su plato, yo hacía un esfuerzo por comer trozos diminutos. Me daba tanta pena dejar su comida. Pero la apretura no dejaba espacio para absolutamente nada.

—Entonces, ¿no has vuelto a compartir piso con nadie mi Amo?

—¿Quieres saber si alguna vez he vivido con alguna sumisa? —sonrió maliciosamente y asentí con la cabeza. —No, nunca más de un par de días. Tendrás que tener mucha paciencia conmigo —de alguna forma, me pareció que quería decir exactamente lo contrario. Para enfatizarlo, rellenó mi vasito

con sake y solo entonces me percaté de que el suyo estaba vacío.

—Lo intentaré, mi Amo —rellené su ochoko.

VIII

—Ven aquí —ya sabía lo que venía a continuación.

Sergio estaba sentado en el borde de la cama y esperaba a que me colocara en su regazo para administrarme mi castigo. Llevaba unos pantalones de pijama a rayas verticales grises y negras con una goma elástica negra en la cintura, y el pecho descubierto.

Me posicioné intentando recrear exactamente la misma postura en la que él me había puesto unos días antes. Su brazo izquierdo me rodeó mientras la mano derecha ya estaba acariciando su objetivo. Toda mi piel se puso de gallina.

—Dime Clara, ¿cuántos azotes tengo que darte?

—Diez, mi Amo.

—¿Por qué?

—Por haber hecho ruido, mi Amo.

—No, Clara, esa no es la razón, ¿verdad?

—Por haber desobedecido una orden directa, mi Amo —repetí sus palabras. Eso era lo que esperaba.

—Me siguen pareciendo muy pocos. Cuenta.

Cerré los ojos y me mordí el labio, y un escalofrío me recorrió antes del primer golpe, que tardó en llegar. El momento de la espera era el peor, y lo estaba haciendo a propósito. Seguro que lo sabía y lo estaba utilizando. Hasta que su mano cayó sobre mi nalga, fuerte, dura.

—Grita. Solo yo puedo oírte —y no lo contuve más. Fue como una liberación.

—UNO. —busqué su cara. Intenté girarme hacia él, pero su brazo me tenía bien sujeta. —DOS —otro grito, mucho más fuerte. —TRES —sus golpes eran más firmes cada vez. Necesitaba verle, estaba padeciendo esto por él. —CUATRO —le encontré reflejado en el espejo del aparador. Su mirada estaba centrada en mi cuerpo, en su mano que volvía a acariciarme. Su concentración era absoluta. —CINCO —tardé en decirlo. Nuestros ojos se cruzaron en el

espejo.

Sin decir nada, me giró y quedé boca arriba en su regazo. Se movió al centro de la cama para que pudiera apoyar el resto de mi cuerpo en el colchón. Ahora le podía ver, y tal vez lo había hecho por esa razón, pero él no me miró.

—Separa las piernas —rozó mi sexo. —Estás húmeda. Esto va a ser intenso.

Mis ojos siguieron el recorrido de su mano, primero subiendo en el aire y después bajando en un movimiento rápido que terminó en mi entrepierna. Grité aunque el golpe había sido mucho más suave que los anteriores. El dolor que dejó la palmada se transformó en calor. Era una sensación de placer diferente.

—SEIS. —Su mano volvía a estar posada sobre mí, sentí el frío cuando me abandonó y el dolor regresó con ella. —SIETE. —Tenía razón era mucho más intenso pero cada vez me excitaba más. —OCHO. —Lo potenciaba con sus dedos. Sabía exactamente el momento en que el dolor daba paso al placer. —NUEVE. —Pero cuanto más excitada estaba, más me dolía su azote.

—Ábrelas más —mis piernas se resistían a obedecerle pero lo hice.

—DIEZ. —me dio la última mucho más fuerte.

Mi sexo palpitaba. Estaba ardiendo y empapado. Sentía dolor y placer al mismo tiempo, era demasiado extraño. Me levantó para sentarme sobre él y me abrazó. Me refugié en su pecho. Estaba muy alterada pero el latido de su corazón me tranquilizaba poco a poco. Lo suficiente como para saber lo que tenía que hacer.

—Lo siento, mi Amo. Siento haberte desobedecido. Quiero complacerte y me esforzaré más para hacerlo tan bien como tú te mereces. Gracias por dedicar tu tiempo a enseñarme.

—Te estás esforzando mucho. Me gusta que lo hagas —devolvió su mano a mi sexo, que estaba muy sensible.

Las yemas de sus dedos apenas llegaban a tocarme, era justo la intensidad exacta. Levanté mis labios hacia él, llevaba demasiado tiempo sin besarle. Supo lo que me hacía falta, como siempre. Su mano libre se perdió en mi pelo y me acompañó para recoger su beso. Era tan apasionado que volvió a encender en mí algo que no se había apagado.

—Clara, ¿con cuántos chicos has estado?

—Mi Amo, te lo dije el otro día.

—No me refiero a eso. ¿Con cuántos chicos te has acostado?

—No he estado con muchos, mi Amo —me avergonzaba de sentir

vergüenza. Estaba esperándome. —Cinco —me miró, creo que con asombro, pero no hizo ningún comentario. Se lo agradecí.

—¿Lo has hecho alguna vez sin protección?

—Cuando estaba con Killian, estuve un tiempo tomando la píldora.

—¿Y la dejaste? —afirmé. —¿Por qué? —me quedé en silencio. —Contéstame —me costaba reconocerlo.

—Me engañó con otra, mi Amo.

—Y le perdonaste... —no era una pregunta, sino un reproche. Y no era de extrañar, yo también me arrepentía. Me escondí en su pecho otra vez. —Lo siento. Me cabrea que te haya hecho daño. No es culpa tuya —besé su pecho. Era la primera vez que me pedía perdón, y ni siquiera entendía por qué. No era algo que él hubiera podido remediar.

—Mi Amo, ¿me das permiso para preguntar?

—Dime —sus manos me consolaban acariciándome tanto arriba como abajo.

—¿Por qué me has preguntado eso, mi Amo? ¿Es por lo que hice ayer?

—No —reaccionó como si la idea le resultara absurda. —Anoche tú te pusiste en riesgo pero yo lo había hecho la noche anterior. —Tenía razón y ni siquiera había reparado en ello. —Yo no lo he hecho desde que estaba en la universidad, y después me he hecho análisis cada seis meses. Siempre se los enseño a las sumisas con las que estoy y siempre se los exijo.

—Conmigo no lo hiciste, mi Amo.

—No, ni tú tampoco, y fuiste muy irresponsable —no me lo podía creer. Me estaba echando la bronca, y por algo que él mismo acababa de reconocer que había hecho primero. —Sabes que he tenido muchas más relaciones que tú. No te lo he escondido. Lo que hiciste ayer podría haber sido muy peligroso.

—Lo sé, mi Amo —mi tono fue más cortante de lo que pretendía pero me molestó tanto que me hablara como si fuera una niña pequeña.

Quería echárselo en cara. Quería decirle que no tenía ningún derecho, que sabía perfectamente lo que estaba haciendo y que lo hice porque quise. Pero no pude. Su dedo estaba entrando en mí y me desarmó. Toda mi rabia se desvaneció o, mejor dicho, se transformó para convertirse en deseo. La forma en que controlaba mi cuerpo me asustaba.

—Lo siento, mi Amo. No sé por qué lo hice.

—Sí, sí lo sabes, y yo también. Pero ahora quiero más.

Alargó su mano libre hasta el cajón de su mesilla y sacó un tubo de crema.

—Mi Amo, ¿qué es?

Le añoré los pocos segundos que dejó de tocarme para poner el gel en sus dedos hasta que volvió a penetrarme, lentamente, y me tranquilizó. Me dio el tubo para que pudiera verlo. Espermicida. Lo estaba esparciendo cuidadosamente por mi interior.

—¿Sabes lo que quiero?

—Sí, mi Amo —la voz me falló.

—No voy a pedirte. No es una orden. Es tu decisión. Esta noche solo te follaré si tú me lo pides. Pero si accedes hoy, no volveré a usar nada contigo. Si no, mañana compraré condones y no volveremos a hablarlo.

—Pero, mi Amo, no sé si es muy eficaz...

—Tendrá que valer, por ahora. No quiero que lo hagas si no estás segura —le miré y me besó impetuoso. Así iba a ser imposible tomar una decisión meditada. —No te preocupes, esto no es un chantaje. No te voy a dejar así, aunque decidas no hacerlo. Me aseguraré de que termines, pero no será con mi polla. No hay ningún otro tipo de protección en la casa.

Otra vez estaba demasiado excitada para pensar con claridad. Tenerle dentro, sentirle sin ninguna barrera, solo la idea de que terminara en mi interior, y se quedara dentro, me hacía estremecer. Pero había una cosa que necesitaba antes.

—¿Qué ocurre? —se preocupó. Inspiré profundamente. —Tranquila.

—Mi Amo, si lo vamos a hacer sin protección, necesito saber que no habrá... —me costaba verbalizarlo, me había dejado claro que no tenía derecho a reclamarle nada —otras mientras estemos juntos.

—Prometí protegerte y eso incluye no ponerte en peligro —hizo una pausa; seguía sin decirlo. —¿Quieres que te prometa que no me tiraré a otra chica?

—Sé que no somos... Es muy importante para mí. Yo tampoco lo haré.

Apretó la mandíbula; no era lo que quería oír. Metió su mano entre mi pelo, acariciando mi cuero cabelludo. De repente, juntó los dedos y tiró. Todo mi cuerpo se echó hacia atrás hasta que mi cara alcanzó la suya. Estaba muy serio. No me hacía daño si no me movía, pero la posición era extremadamente incómoda.

—Tú no puedes prometer eso —no le entendía, intentaba mantener el equilibrio. —No está en tu mano. No te equivoques. Tú eres mía y si quiero ofrecerte, lo haré. Y tú respetarás mi voluntad para complacerme —recordé la

conversación que habíamos tenido por la mañana. Negarme solo empeoraría la situación.

Quería decirle que le adoraba. Que solo quería estar con él y sentirle a él. Que no podía soportar que otra persona profanara el lugar que le pertenecía. Pero no pude, sus dedos jugaban delicadamente a despistarme.

—No voy a engañarte, ni tampoco voy a prometerte algo que no sé si voy a cumplir —iba a hablar pero no me dejó. —Te deseo como no he deseado nunca a nadie y quiero tenerte de maneras que no he tenido nunca a nadie. Ahora mismo, solo pienso en metértela a ti, a todas horas y de todas las formas, y cada vez quiero más —la crudeza de sus palabras me estremeció. — No sé si cambiará, y si eso pasa, tendrás que aceptarlo. Pero te prometo que nunca te voy a mentir, aunque la verdad te duela.

Otra vez no podía articular palabra, pero esta vez fue el miedo lo que me paralizó. Solo imaginarme que pudiera utilizar a otra para darle placer, que la dominara, o que la hiciera suya... Todo lo que Sergio había hecho hasta ahora me había hecho sentir única. Tanto que no había querido imaginar el día que no fuera así. El día en que fuera una más. Otra más.

Ni siquiera podía saber si siempre empezaba así. ¿Y si esto era lo que le ocurría con todas, si se encaprichaba hasta que conseguía todo lo quería y luego se desvanecía? No había forma de que pudiese negárselo. O peor, ¿y si decía la verdad, si nunca lo había sentido y eso hacía que desapareciera más rápido?

—Clara, mírame.

Sus ojos me devolvieron a la realidad, y apartaron en un segundo todo pensamiento de mi cabeza. No tenía ningún sentido. Lo nuestro, fuera lo que fuera, tenía fecha de caducidad y eso siempre había estado claro. No le hacía falta ponerlo con palabras para que yo lo entendiera. Solo podía disfrutar del tiempo que durara.

Me tendió en la cama y se echó a mi lado, girado sobre mí. Su mano nunca abandonó su posición, aunque ahora solo me cubría. Su cara bajó hasta dejar sus labios a cinco centímetros de mi boca. Le lancé un beso, pero solo me sonrió. Me mordí el labio, pero no se movió. Saqué la lengua para lamerme la comisura, y su boca se abrió para dibujar “Ven” sin decirlo.

Me revolví hacia él y respondió alejándose de mí, hasta que se acostó totalmente. Su brazo izquierdo me sujetaba y utilizó mi impulso para tumbarme sobre él. Ahora le tenía donde quería. Todo para mí.

Bajé solo para rozar sus labios y volver a subir. La segunda vez atrapé su labio inferior con mis dientes suavemente dejando que se deslizara entre ellos mientras me alzaba. No hubo una tercera. Soltó por primera vez mi sexo para poder inmovilizarme con los dos brazos a mi espalda. Me tenía totalmente apresada y sus ojos, clavados en mí, soltaban chispas.

Atrapó mi boca y no me dejaba escapar. Un beso con ansia, con voracidad. Su lengua me llenaba con necesidad. Abrí mis piernas para colocarme mejor sobre él y le sentí bajo la fina tela. Se me clavó como si necesitara entrar aunque fuera a través de los pantalones de pijama. Me restregué contra él, dejándome llevar por el desenfreno. Pero no me lo permitió. Me hundió contra él y me empujó contra su erección, que estaba en mi entrada, intentando encajarse.

—Por favor, mi Amo.

—Dime.

—Por favor, mi Amo, házmelo.

—Convénceme —estaba jugando conmigo.

—Quiero hacerlo, mi Amo.

—No. Tengo que estar seguro.

—Mi Amo, quiero que me folles, quiero que lo hagas ahora, y quiero que me lo hagas a pelo —sonrió y su sonrisa iluminó su cara.

—Joder, me encanta que me hables sucio.

En un momento de descuido me escapé, fui a gatas hasta sus pies y empecé a tirar de sus pantalones. Me miró provocándome. Un tirón más y sus pantalones cedieron y bajaron hasta mis manos. Su miembro se irguió soberbio frente a mí. En un acto reflejo, fui a atraparlo con mi boca.

—No —me interceptó, cogiéndome por las axilas, me echó sobre la cama y se tumbó encima de mí. Casi no podía respirar, el peso de su cuerpo se sumó a la presión del corsé, o puede que solo fuera la excitación. Le sentí entrar, pero solo era su mano.

—Mi Amo, por favor.

—Quiero prepararte. Esto es un polvo de recompensa. Hoy voy a estar solo por ti, por tu placer. Disfrútalo porque no vas a tener muchos —otro dedo se introdujo mientras su pulgar experto trabajaba en mi clítoris. —¿Recuerdas la última norma que te puse?

—Sí, mi Amo —mi voz era entrecortada. Me miró esperando a que completara la frase. —Tengo que pedirte permiso para culminar.

—¿Culminar? —lo repitió riéndose. —Me gusta. Voy a hacer que te corras mientras te la meto.

En otro momento eso me hubiera presionado, pero hoy solo me dejé llevar. Mi cuerpo respondía naturalmente a sus caricias.

—Mi Amo, ya no puedo más.

—No, no es así como debes pedirlo —seguía jugando, torturándome. — Seguro que sabes hacerlo mejor.

—Por favor, mi Amo, ¿me das permiso para correrme? —me vació, aunque sus dedos siguieron estimulándome, y sentí su glande en mi entrada.

—Ahora.

Me penetró despacio, dejándome sentir cada milímetro de su piel contra la mía mientras me contraía por el clímax. No había sentido nada igual en mi vida. Mis uñas se clavaron en su espalda, siguió hasta que llegó al final, y se quedó completamente quieto, llenándome. Me besó y solo aumentó la intensidad de mi orgasmo.

—Joder, Clara —solo un suspiro.

Aprisionó mi cara obligándome a fijar mi mirada en él y apoyó su frente en la mía. Mi cuerpo todavía vibraba con las últimas sacudidas cuando salió casi por completo y volvió a entrar con fuerza, haciendo que mi fuego se reavivara.

—Quiero ver cuántas veces soy capaz de hacer que te corras y me vas a mirar todas las veces —su voz grave y autoritaria solo me excitó más.

—Sí, mi Amo. Haré lo que tú digas... —pero la frase se me entrecortó. Ya no tenía la capacidad de hablar, solo podía gemir. Me empujaba en un movimiento continuo corto y suave. Estaba creciendo en mí, y no podía contenerlo, tenía que salir.

—Pídeme permiso.

—Mi ammmm... —pero no podía, hablar se había convertido en algo fuera de mi alcance. No me quedaba sangre en el cerebro, ni aire en los pulmones. Se frenó en seco cuando estaba en el punto justo. Grité de frustración.

—Pídeme permiso —levantó la voz y fue fulminante, consiguió engancharme.

—Por favor... —era lo mejor que lo podía hacer y esperaba que el esfuerzo fuera suficiente. Pero su cabeza negó. Estaba congelado, no se movía ni un milímetro. Sus brazos temblorosos en tensión a mis lados demostraban el sacrificio que él también estaba haciendo. Junté mis últimas fuerzas. —¿Me... das... permiso?

—Hazlo ahora.

Se dejó caer, volviendo a penetrarme completamente. Me abrasaba por dentro y salió por todo mi cuerpo. Volvió a sujetar mi cabeza y grité su nombre. Caí rendida.

—Todavía no he terminado contigo. Vas a darme más.

Pero ya me había derrumbado. Veía su cara a través de mis ojos entrecerrados. No quería pestañear, no podía soportar que su imagen desapareciera.

Reanudó su baile con la misma cadencia, tímido y lento, pero consistente. Estaba totalmente entregado. Se rodeó con mis brazos.

—No te sueltes.

Su voz me obligó. Tuve que concentrarme en mantenerle el abrazo como me había ordenado. El placer incrementaba a la vez que la velocidad y la fuerza de sus acometidas. No sabía cuánto tiempo podría aguantar, pero estaba muy cerca de mi límite.

—Mi Amo... —quería decirle lo que me estaba haciendo. Nunca había tenido más de un orgasmo, y ahora mismo, iba camino del tercero.

—Voy a demostrarte que tu cuerpo me pertenece. Voy a darte más placer del que nadie te ha dado nunca.

—Mi Amo, ya lo has hecho —me miró buscando alguna pista de que le estaba tomando el pelo.

—Entonces vas a alucinar —¿más? No creía que fuera posible, y al mismo tiempo, sabía que no me estaba engañando.

Se movía cada vez más rápido, más profundo, con más potencia. Mis brazos se cerraron en torno a su cuello, donde él los había colocado, atrayéndole a mí, cada vez con más fuerza. No se resistió. Pegó su cuerpo al mío, su frente a la mía, y la electricidad de nuestra piel frotándose me hizo reaccionar otra vez.

—¿MedaspermisomiAmo? —salió de carrerilla, casi como una palabra larga, susurrada con mis últimas energías.

—Quiero la pregunta completa y me la vas a dar con voz clara.

Me penetró con más fuerza. Dejé mi mente en blanco; tenía que hacerlo. No solo porque era la única forma de que terminara el martirio al que me estaba sometiendo, sino porque necesitaba complacerle.

—Mi Amo, ¿me das permiso para correrme? —todavía no entendía como había conseguido hacerlo pero valió la pena.

Apresó mi cara y le vi entre luces de colores, mientras me oía gritar, aunque no tenía conciencia de estar haciéndolo. Estaba mareada y sentía que me iba a desmayar, pero no me dejó. Empezó a salir otra vez, no podría resistir otro envite, pero tampoco lo hizo. Solo entraba y salía con un movimiento muy reducido, de muy poco recorrido.

El mareo fue remitiendo, junto con la fuerza del orgasmo, que ahora era mucho más suave, pero no llegaba a concluir. Solo seguía, alargándose mientras su cara flotaba sobre mí. No entendía de dónde había salido ese dios del sexo y, lo más importante, cómo le había engañado para meterlo en mi cama. O mejor, para que me metiera en la suya. Estaba desvariando.

—Lo estás haciendo muy bien. Pero no vas a aguantar mucho más, ni yo tampoco. El último va a ser muy especial —salió de mí y aunque su mano siguió jugando, le añoraba.

Se estiró hasta la mesilla de noche y sacó una caja de madera negra, alargada, sin ningún tipo de inscripción. Se arrodilló entre mis piernas y tiró de mis rodillas hasta que subí por la rampa de sus muslos y entró de golpe. Tuvo que frenarse, cerrar los ojos e inspirar profundamente. Nunca dejaría de sorprenderme el control que ejercía sobre sí mismo.

Dejó la caja sobre mi barriga y quitó la tapa. En mi posición, era imposible que pudiera ver lo que contenía, pero no tardó en desvelarlo. Sacó primero una pieza redonda, de color rosa intenso con la parte inferior plateada y la colocó a mi lado encima de la cama. Le siguió otra del mismo color en forma de C cerrada, aunque asimétrica. Uno de sus extremos era más largo y voluminoso, el otro era ligeramente más corto y aplastado.

—Dime ¿dónde crees que va esta parte? —la única respuesta que pude dar a su pregunta fue un gemido. —Exactamente. Aunque hoy solo vamos a probar si funciona. Lo estrenarás el sábado.

Lo puso en marcha mientras retiraba la caja al otro extremo de la cama. Mi cuerpo reaccionó al sonido de la vibración poniendo todos mis músculos en tensión.

—Cuando te toque, te correrás y yo lo haré contigo.

Posó la parte más gruesa directamente sobre mi clítoris y estallé, una y otra vez, cada explosión más fuerte que la anterior y no parecía tener final. Le sentí inundarme caliente, pero no dejó de moverse, me acompañó en todos mis arranques. Le arañé, le grité, le mordí y él siguió hasta que mi cuerpo dejó de reaccionar. Solo entonces se colapsó sobre mí.

—Te quiero.

Las palabras habían escapado de mi boca antes de poder pensarlas. No se movió, no respondió de ninguna forma, ni siquiera podía ver su cara. La ansiedad se adueñó de mí.

La había cagado, pero bien. Había estropeado lo que acababa de pasar con dos palabras. Tenía que rectificar antes de que se asustara, antes de que sintiera que tenía que demostrarme cual era mi lugar.

—Lo siento, mi Amo, no era...

Antes de que pudiera encontrar un final a la frase, se revolvió sobre mí y me inmovilizó. No le costó mucho, mi cuerpo ya no podía ofrecer ninguna batalla. Sus ojos me examinaban completamente serios. Temía sus próximas palabras. Intenté seguir hablando antes que él.

—Mi Amo, no...

—Shhhh, preciosa. No digas nada. Me gusta oírlo. Haré que me lo repitas —uff, me alivió que bromeara con el hecho de que se me hubiera escapado, quitándole importancia. Seguramente, pensaba que eran palabras vacías, un acto reflejo por lo que acababa de hacer. Solo negué con mi cabeza y volvió a desplomarse sobre mí.

- O -

La radio se encendió al arrancar el coche. "You Shook Me All Night Long" de AC/DC, no pude evitar esbozar una sonrisa, la canción no podía ser más adecuada. Me incorporé al tráfico cantando los versos que había aprendido de memoria muchos años atrás.

La niebla desdibujaba las montañas de Dublín. Me recreé en el paisaje verde que me rodeaba al dejar la ciudad, pero mis pensamientos no tardaron en volar hacia otra dirección: Sergio.

No podía seguir negándome que me estaba implicando emocionalmente y no estaba tan ciega como para no ver que más tarde o más temprano me haría daño, y sería peor que el físico. Puede que él se hubiera tomado a broma mi confesión de la noche anterior, pero yo sabía perfectamente que sólo había verbalizado algo que se había gestado en muy poco tiempo. Demasiado rápido.

Céntrate en la carretera. Casi podía oír su voz rasgada regañándome. Sin darme cuenta había puesto el piloto automático y conducía sin prestar

atención. No necesitaba estar presente para sentir su control. Subí el volumen y volví a vocear la letra. Demasiado peligroso.

Su imagen volvió irremediablemente a mi cabeza. Me confundía. Con una mano me apartaba para atraerme más con la otra. Y yo solo me adentraba más, ignorando todas las alarmas que se encendían una tras otra. Demasiado profundo.

Frena. Justo a tiempo. La luz roja de freno del coche de delante me había deslumbrado sacándome de mi ensoñación un segundo antes de que fuera tarde. Había estado a punto. Demasiado cerca.

El pánico a que pudiera desaparecer, a que me liberara de mi servidumbre, se había vuelto tan real, que la idea afilada hurgaba en una herida que todavía no había abierto, y sin embargo, dolía. No era la primera vez que la imagen de Sergio abandonándome me asaltaba. Cada vez de una manera diferente y cada vez con todo tipo de detalles. Sus palabras, su expresión, su indiferencia, sus ojos...

El Sugar Loaf aparecía como pintado en el horizonte, enmarcado por inclinados valles verdes y bosques espesos. El sol de invierno alumbraba sin calentar. Demasiado tarde. Me había pasado la salida. Ya no había solución.

IX

—Mi Amo, ¿estás bien? —le susurré muy bajo. Sus ojos estaban cerrados y no quería despertarle si estaba dormido. Dormía demasiado poco.

Acababa de entrar en casa, bastante tarde, a las siete, casi la hora de cenar. Había terminado pronto mis visitas y, a última hora, había decidido hacer una visita sorpresa a un estudiante que necesitaba más atención. Todo había sido en balde: le había buscado en su casa, en el instituto, en los sitios donde se juntaba con los amigos. Ni rastro.

Todas las luces estaban apagadas y supuse que había salido. Hasta que encontré a Sergio recostado en un sillón reclinable del salón. Totalmente a oscuras.

—Acércate, preciosa. —Fui a su lado y me quedé de pie, observándole. Ahora podía verle mejor. Llevaba los pantalones del pijama. No era buena señal. —Me duele un poco la cabeza.

Estaba convencida de que "un poco" estaba bastante lejos de la realidad. Tenía mala cara y parecía un poco pálido, aunque puede que fuera por la falta de luz.

—¿Necesitas algo, mi Amo? ¿Quieres una pastilla?

—No. Estaré bien. —su voz era floja y pausada, falta de energía, como nunca la había oído.

—¿Te preparo algo de comer? —no sabía que ofrecerle para que se encontrara mejor. Me sentía tan inepta.

—No tengo hambre. No te preocupes.

—¿Prefieres que me vaya para que puedas descansar, mi Amo? —me rendí. Ya que no podía ayudarle, por lo menos no quería molestarle.

—No, quédate —me arrodillé a su lado y me acarició el pelo. —Túmbate sobre mí.

—No quiero hacerte daño, mi Amo. —Le estaba cuestionando y, aunque ya conocía las consecuencias, me negaba a hacer nada que pudiera hacer que se encontrara peor.

—Preciosa, no vas a hacerme daño —creí ver el amago de una sonrisa. —
Desnúdate y tumbate aquí. Quiero sentirte.

Seguí sus órdenes. Me quité la ropa y me acosté encima de él. Su piel estaba caliente aunque no parecía que tuviera fiebre. Alargó el brazo hasta alcanzar la mantita del sofá y nos cubrió con ella. Después colocó las palmas de mis manos sobre su frente y movió mi cabeza para acomodarla en su hombro. Me quedé muy quieta. Su mano izquierda se deslizaba arriba y abajo de mi espalda, mientras con la derecha masajeaba suavemente mi cuello.

—Mi Amo, ¿has tomado algo para el dolor? —susurré.

—No, no me gusta tomar analgésicos. Se me pasará —su tono, aunque endeble, no aceptaba discusión y decidí no insistir. Aunque no estaba para nada de acuerdo, me aterraba la simple idea de que se enfadara y no me dejara estar con él. —¿Cómo ha sido tu día?

—Bien. Normal. Un poco pesado pero bien, mi Amo —lo último que quería era cansarle con un relato interminable de esperas y aburridas conversaciones.

—Te has retrasado. Me he preocupado.

—¿Por eso te duele la cabeza, mi Amo? —sentí su risa en su pecho.

—No, Clara. Ya me dolía antes. No ha sido culpa tuya —hizo una pausa. —Pero a partir de ahora quiero que me avises —su tono cambió, ya no era débil, aunque no sabía si estaba haciendo un esfuerzo.

—¿Cuando vaya a llegar tarde, mi Amo?

—No, cuando vayas a coger el coche y cuando llegues.

—Pero, mi Amo, me pasaré el día llamándote.

—¿Y? —consiguió que su voz sonara contundente con una sola letra. Me arrepentí al segundo de haber abierto la boca para empezar una frase con un pero.

—Lo siento, mi Amo. Es solo que no quiero estar todo el día molestándote.

—No voy a discutirlo ahora. Lo harás.

—No pretendía rebatirte, mi Amo. Haré lo que tú quieras.

—Bien. Repítelo.

—Te avisaré cuando salga y cuando llegue a mi destino, mi Amo

No dijo nada más, solo se quedó callado. Sentía su respiración profunda en su pecho, pero sabía que no estaba dormido. Tal vez había agotado sus energías imponiéndome su última orden. O puede que por fin se hubiera

quedado tranquilo.

Mientras tanto, yo ni siquiera osaba moverme por no contrariarle. No quería hacer ni decir nada que pudiera importunarle ahora que estaba mal. Nunca le había visto en una situación de debilidad y solo quería cuidarle, aunque no sabía cómo.

¿Cuándo le había dado el dolor de cabeza? Se había levantado bien, antes que yo y lleno de energía, como siempre. En algún momento de la noche me había quitado el corsé porque estaba completamente desnuda cuando desperté.

Estaba de muy buen humor cuando me tendió la bolsa con la ropa de deporte que había comprado para mí el día anterior. Y todavía más cuando le pregunté sorprendida cómo sabía mi talla y me respondió con una simple mirada al armario.

Ya había advertido la noche anterior que toda mi ropa estaba meticulosamente organizada en los cajones o colgando en perchas de madera. Toda, no... Una de mis maletas estaba en una esquina del vestidor, con toda la ropa que faltaba: todos mis tanguitas, leotardos, leggins y la mayoría de mis pantalones, apenas se habían salvado unos vaqueros y unos pantalones negros ajustados de vestir.

Fuimos a correr y preparó el desayuno mientras me arreglaba. Al parecer, había hecho de no ducharnos juntos cuando tenía que trabajar, una norma. No me gustaba mucho, pero tenía que admitir que agilizaba las cosas. Cuando me fui ya se había vestido y estaba entrando en el despacho. Tal vez, tenía algo que ver con su trabajo...

—Cógete a mi cuello —su voz se metió en mi sueño y fui consciente de que me había quedado dormida. Cuando abrí los ojos, sonreí al verle. Estaba subiendo las escaleras y me llevaba en brazos. Me devolvió la sonrisa.

—Mi Amo, ¿te encuentras mejor?

—Mucho mejor.

—¿Qué hora es?

—Son las dos —¿¿qué?? No podía ser. Había dormido... casi seis horas... en lugar de cuidarle.

—Lo siento, mi Amo —me sentía fatal. —Yo no...

—Clara, lo has hecho muy bien. Has conseguido que me relajara y ya no me duele la cabeza.

—¿Me das permiso para preguntar, mi Amo?

—Vaya, ¿ahora te acuerdas?

—Lo siento, mi Amo.

—Creo que repites demasiado esas palabras últimamente —sí, definitivamente ya estaba mucho mejor. —Dime.

—¿Hay algo que te preocupe, mi Amo?

—No —me tumbó sobre la cama.

—¿Si lo hubiera me lo contarías, mi Amo?

—No —me eché en la cama y me tapé la cara con el brazo. —Pero no lo negaría. Te prometí que no te iba a engañar —me arrojó con el edredón. — Todo va bien, solo me dolía la cabeza. No te preocupes por mí, ese es mi trabajo —me besó en la frente. —Y ahora duerme.

- O -

—Buenos días, preciosa.

No podía ser humano. Las siete de la mañana y volvía a estar en pie. Después de la noche anterior. Había dormido menos de cinco horas pero ya estaba vestido, y esperándome, otra vez.

—Buenos días, mi Amo —no había discusión: íbamos a correr.

Me puse la ropa de deporte que me había regalado el día anterior. La había clavado. Eran unos pantalones cortos blancos y violeta con una doble camiseta y sudadera a juego. Hasta me había comprado unas deportivas nuevas. Al parecer, las mías no eran adecuadas para correr, sino para jugar al tenis. Me explicó todas las diferencias pero yo solo le miraba encandilada disfrutando de sus atenciones, mientras me acordonaba las zapatillas.

Me encantaba compartir esa parte del día con él. No era solo por pasar tiempo juntos, ni siquiera me dejaba hablar cuando corríamos, sino porque me incluyera en sus rutinas. Llevaba corriendo por las mañanas desde hacía casi veinte años y, por primera vez, lo hacía acompañado.

Cuando bajé de la habitación, preparada para ir a trabajar, me quedé observándole desde la escalera. Quien dijo que los hombres no pueden hacer dos cosas a la vez, no le había visto en acción. Se movía como un tornado por la cocina: hacía el zumo en la licuadora, echaba huevos y salchichas en una sartén, sacaba las tostadas del fuego, ponía la mesa y subía la espuma de la leche para mi café mientras llevaba el ritmo de los Rolling con los talones de sus pies.

Las gotas de su pelo mojado caían por su pecho y espalda hasta

encontrarse con la toalla blanca que llevaba enrollada por debajo de los oblicuos. Su espalda todavía estaba decorada por las marcas que mis uñas le habían hecho dos noches antes. Era demasiado bueno para ser real. Atrapé su imagen en mi cabeza. Era demasiado bueno para durar. Respiré hondo y me dirigí a la cocina. Me apoyé en la barra, al lado de donde estaba trabajando.

—You can't get no satisfaction? —no había terminado de hacer la pregunta cuando sus brazos me atrajeron hasta que su cuerpo quedó totalmente pegado al mío.

—And I try... and I try... and I try... and I try... —siguió la letra de la canción con voz jadeante moviendo sus labios sugerentemente frente a los míos. Era la representación personificada del deseo. —Por eso me gustas, aprecias la buena música —esperaba que no fuera solo por eso. Pasó su mano por mi cintura y me dio un beso en el cuello que me dejó con ganas de más. — Me he levantado con ganas de clásicos.

—¿Necesitas ayuda, mi Amo? —farfullé cuando recuperé el habla.

—No, siéntate —y vino con mi cappuccino y su café solo a sentarse a mi lado. —Estás preciosa. La sucursal de Dublín ha organizado una fiesta de nochevieja el sábado, y puesto que ahora estoy aquí, no tengo más remedio que ir —me miró. —Normalmente las odio, pero esta vez has conseguido que me apetezca —estaba completamente perdida. —Tú harás que sea divertida —acababa de invitarme sin pedírmelo. Me asombró su forma de hacerlo.

—¿El sábado, mi Amo? —de repente recordé algo.

—Sí, ¿acaso tienes otros planes? —lo dijo como si no cupiera esa posibilidad. Y no era el caso. Toda mi agenda había desaparecido con Killian.

—No, mi Amo. Pero dijiste que querías estrenarlo el sábado... —entrecerró los ojos mientras pensaba y disfruté de su aturdimiento los dos segundos que duró, hasta que ató cabos y empezó a reírse.

—Vaya, pensaba que no te acordarías. Pero sí, eso lo hará más divertido —como no. Había hecho de una aburrida fiesta de empresa, una nueva forma de torturarme. Iba a quejarme pero no me dio tiempo. —Por cierto, ayer se me olvidó decírtelo. Mi secretaria se ha puesto en contacto con una de las ginecólogas más prestigiosas de Berlín. —No me sentía muy cómoda con que una mujer que no conocía de nada tuviera detalles de mi vida sexual. Se dio cuenta. —El spermicida es solo una solución temporal. Tú lo dijiste, no es infalible.

—Ya tengo un ginecólogo aquí en Dublín, mi Amo.

—Ya imagino, pero la mía es una eminencia, y será a la que irás.

—Para empezar, —me mordí la lengua para usar un tono calmado, aunque todo lo que quería ahora mismo era gritarle —ni siquiera entiendo el alemán...

—Puede que hable inglés, y si no yo te lo traduciré.

— ... y no estamos en Berlín.

—Iremos la semana que viene.

—Gracias por decírmelo —ahora sí que no había podido evitar el tono sarcástico.

—Ponte de rodillas.

—¿Así es como vas a acabar la discusión?

—Ahora —algo en la forma en que lo dijo me obligó a obedecerle inmediatamente, incluso en contra de mi voluntad. —Quiero que esto te quede muy claro. —Se levantó y dio unos pasos hasta situarse a mi espalda. —Tú no me discutes, tú acatas mis órdenes. En todo. Aceptaste ser mía y eso significa que yo decido lo que es mejor para ti, ¿verdad?

—Sí, pero...

—No —fue cortante como un latigazo.

—Sí, mi Amo —se quedó aguardando en silencio hasta que continué. —Yo no discuto, yo acato tus órdenes.

—Mejor —descendió hasta mi altura y sentí su aliento en mi oreja. —Voy a asegurarme de que estés bien —susurró. —Vas a utilizar un método anticonceptivo a base de hormonas y no te llevaré a un ginecólogo del que no tenga referencias. Quiero toda la información, quiero saber los efectos secundarios y sobre todo quiero que te hagan todas las pruebas que sean necesarias.

De sus palabras se desprendían dos cosas. Por un lado, que no tenía ni idea de anticonceptivos hormonales, y me gustaba mucho lo que eso implicaba. Y por otro, y mucho más importante, que estaba preocupado por mí. Aunque me pareciera excesivo, era incapaz de negar que me encantaba.

—Lo siento, mi Amo. Haré lo que tú quieras.

—Lo sé —se levantó y se puso frente a mí. No pude evitar alzar la cabeza. Odiaba su expresión prepotente cuando se sabía ganador. —Pero no quiero tener que recordártelo cada vez. Levántate —me tendió la mano para ayudarme. — Te castigaré cuando vuelvas. En cuanto me veas... ya sabes lo que tienes que hacer.

X

—Habla —pero enmudecí. Llevaba todo el día pensando lo que le iba a decir, y ahora me había quedado en blanco. —Quiero que me digas la razón y el castigo que crees que mereces. Ya deberías saberlo, puesto que tengo que castigarte todos los días.

—He intentado resistirme a tu autoridad y me he dirigido a ti sin el respeto que debo mostrarte en todo momento, mi Amo.

Estaba en el despacho, trabajando con dos ordenadores a la vez, cuando le encontré. No dijo nada solo siguió con lo suyo. Me desnudé delante de él, me puse de rodillas y esperé a que terminara. Tardó más de un cuarto de hora. Las piernas me dolían cuando levantó la vista de las pantallas y, aun así, hubiera preferido aguantar otros quince minutos antes que tener que enfrentarme a él.

Siguiendo sus órdenes le había llamado cada vez que iba a coger el coche. Era la primera vez que hablaba con él por teléfono y aunque era absurdo a estas alturas, me sentía extrañamente cortada. No me pareció que estuviera enfadado, todo lo contrario. Puede que no quisiera ponerme nerviosa sabiendo que iba a conducir. Sin embargo, ahora era muy diferente, lo había notado nada más cruzar la puerta.

—Eso está muy bien —me alegró que mostrara complacencia por mi respuesta. Su satisfacción duró bastante poco y su tono volvió a ser tan seco como antes. —Sigue.

—¿Diez azotes, mi Amo? —cerró las pantallas de los dos portátiles a la vez, una con cada mano, sin prestar atención.

—Clara, todavía no ha pasado una semana, pero creo que ya me conoces bastante bien. Dime, ¿te parezco el tipo de persona al que le gusta perder el tiempo?

—No, mi Amo —de eso estaba más que convencida.

—Dime la fecha de tu próxima regla —enrojecí al instante. ¿Por qué seguía sintiendo tanta vergüenza con él? Y sin embargo, me pareció percibir que le gustaba.

—No lo sé, mi Amo.

—¿Cómo?

—No lo sé, mi Amo —hablé un poco más alto.

—Te he oído pero no lo entiendo —hablaba despacio como si intentara buscar algún sentido a unas palabras que carecían por completo de él. — ¿Cómo puedes no saberlo? —se estaba empezando a exasperar.

—Dejé de contarlo hace tiempo —me oía hablar demasiado rápido, pero no podía evitarlo. —Soy un poco irregular y me ponía nerviosa... No recuerdo cuando la tuve por última vez.

—Pues haz memoria. Necesito saberlo —no le hacía falta gritar, ni alzar la voz; sabía que se estaba enfadando. Mi cerebro se esforzaba por recordar a toda velocidad.

—No sé. Fue antes de ir a España. A lo mejor dos semanas antes, mi Amo.

—Entonces, la tendrás la semana que viene.

—Supongo... —no era suficiente. —Sí, mi Amo.

—Está bien. Levántate —se acercó a mí por la espalda. Abrió la puerta del armario y me abrazó desde atrás. Su mano cogió algo que no pude identificar y lo dejó en su escritorio, delante de mis ojos.

Era una especie de una talla rectangular alargada de madera. Servía de soporte para unas varas de unos quince centímetros de largo con la punta ligeramente redondeada y la base un poco más gruesa. Cada una era un poco más ancha que la anterior. Estaban ordenadas siguiendo una gama de colores que formaba un extraño arco iris: violeta, azul, verde, amarillo, naranja, rojo y negro.

—Éste —señaló el primero —es más o menos como mi dedo, no debería ser un problema para ti. —Fue pasando por encima de todos, uno a uno, hasta posarse en el último, el más grueso. —Este es casi tan ancho como yo.

Por fin entendí de que estaba hablando y mis piernas estuvieron a punto de fallarme. Apretó el brazo que me sostenía.

—Quería asegurarme de que, cuando entre en ti, me sientas. —Me alegré de que me tuviera sujeta porque me volvía a faltar el aire.

—Francamente, los azotes no parecen estar funcionando, ¿verdad? —escucharle susurrar en mi espalda me puso la piel de gallina. —Vamos a hacer algo más... —se paró buscando la palabra adecuada —creativo, y estoy seguro de que esta vez no se te va a olvidar tan fácilmente. Elige uno.

Ni siquiera me atreví a titubear o, lo que hubiera sido mucho más lógico,

preguntar para qué. Solo apunté a uno con el dedo, el violeta, el más estrecho. Si había que empezar por alguno, tenía claro que quería que fuera ese.

—Perfecto —lo sacó de la madera y lo tiró a la papelera que había al lado de la mesa. —Entonces empezaremos por el azul —y señaló al segundo. —Ya solo te quedan seis. Tengo curiosidad por ver si mis métodos son efectivos.

- O -

—Espérame aquí —se fue y cuando volvió a entrar, llevaba en la mano la talla que me había enseñado por la tarde, con el primer hueco vacío. No me atrevía ni a mirarla. La dejó sobre su mesita de noche. Después me hizo una señal para que me acercara a él.

Casi no había podido probar bocado en la cena a pesar de su insistencia. No podía dejar de sentirme mal por el delicioso asado que había preparado y por el precioso tiempo que debía haber invertido en hacerlo, pero era incapaz. Tenía un nudo en el estómago.

—De rodillas —bajé inmediatamente. Lo último que deseaba en este momento con la talla tan a mano era que se molestara lo más mínimo. —Puedes apoyarte en los pies, no estás disculpándote, y puedes levantar la cabeza para mirarme —dio una vuelta a mi alrededor observándome. —Así está mejor. A partir de ahora así será como me recibirás cuando entre en la habitación donde tú estés. No me importa lo que estés haciendo, me da igual lo importante que sea, lo dejarás todo para ponerte a mis pies. ¿Entendido?

—Sí, mi Amo.

—Bien, puedes levantarte. Sabes lo que voy a hacer ahora, ¿verdad? —le miré con aprensión. —Contesta.

—Sí, mi Amo. Vas a... —no pude terminar la frase.

—Voy a poseerte completamente —me acarició el pelo. —Eso es lo que quieres, ¿verdad?

—Sí, mi Amo —me gustaría haber podido rebatirle, pero no era posible. Realmente quería ser completamente suya, quería ofrecérselo todo.

—Voy a ir muy despacio. Voy a dedicar el tiempo que haga falta en prepararte para mí. No sé si puedo llegar a hacer que esta experiencia sea tan placentera para ti como lo será para mí, pero haré todo lo que esté en mi mano —tirité aunque no tenía frío. Siguió hablando. —Y para que estés más receptiva, voy a concederte un... aliciente —jugó con la palabra en sus labios.

Hizo una pausa. Le encantaban las pausas dramáticas. Pero, ¿qué me podía ofrecer para que aquello fuera ni tan solo ínfimamente apetecible?

—Te voy a dar permiso para hacer una pregunta, la que quieras, y te prometo que te contestaré sinceramente —había acertado de lleno. Realmente sabía cómo hacer una propuesta interesante. —Una respuesta larga, con todos los detalles. Elige bien.

Me quedé pensando. Era una oportunidad única y tenía que aprovecharla bien. Una sonrisa se formó en mi boca.

—¿Ya la tienes? —asentí con mi cabeza. —¿Estás segura? —Me miró intrigado.

—¿Cómo te iniciaste en el BDSM, mi Amo? —achinó los ojos por un segundo. Le había sorprendido. Después me devolvió la sonrisa.

—Buena pregunta. Deberías ser periodista.

—Gracias, mi Amo. ¿Me lo vas a contar?

—Te lo he prometido.

Abrió la cama y se recostó en ella con la parte superior de su cuerpo elevada por los almohadones. Estaba impresionante solo con sus boxers grises, su cuerpo contrastaba con las sábanas blancas que resaltaban aún más el color de su piel. Sus abdominales quedaban contraídos por la posición.

—Tumbate sobre mí —me acomodé sobre su cuerpo y me cubrió con la colcha. Besé la base de su cuello una y otra vez, como si suplicara una clemencia que no iba a llegar, o tal vez perdonándole de antemano por lo que iba a hacer. —Tranquila.

Me cogió por los muslos y me subió colocándome en el lugar exacto, dejando mis piernas todavía más abiertas y mi pubis contra su entrepierna, que me demostraba su excitación. Solo con ver el tarro de lubricante, mi cuerpo se encogió. Lo abrió y lo extendió por los dedos índice y corazón de su mano derecha. Me levantó la cabeza para mirarme.

—Tienes que relajarte —era más fácil decirlo que hacerlo. —¿Confías en mí? —sabía por experiencia que era la peor pregunta que podía salir de los labios de un hombre.

—Sí, mi Amo —y aun así le respondí convencida.

—Yo me encargaré de todo —su lengua se sumergió en mi boca, profundamente, llenándome. Me dejé llevar por su beso. Le sentí en mi entrada y rápidamente se introdujo en mí. —Bien. Aprieta fuerte, como si desearas retenerme dentro de ti. —Lo hice y salió sin dificultad, aunque frenó antes de

hacerlo del todo. —Ahora empuja, como si quisieras expulsarme —al hacerlo me volvió a penetrar. —Muy bien. Ya sabes como tienes que hacerlo. No lo olvides o te haré daño. —Volvió a repetirlo un par de veces, comprobando que seguía sus indicaciones.

Cogió el dilatador más estrecho y lo lubricó delante de mí, enseñándomelo. Después su mano desapareció con él bajo la colcha. Empezó a hablar, como si me contara un relato. Su tono de voz era tan seductor, que me olvidé de lo que iba a hacer escuchándole embelesada.

—Nunca le he contado esto a nadie. —Me apoyé en su pecho y sentí los latidos de su corazón. —Creo que siempre he sabido que me gustaba dominar, al menos desde que empezaron a interesarme las chicas, pero eso fue bastante tarde, no fue hasta el último año de instituto. Supongo que antes estaba demasiado centrado en mis estudios. Pero un día desperté, y cuando me fijé en la primera chica, tuve muy claro lo que quería hacer con ella.

El dilatador buscaba mi abertura, me acariciaba alrededor. Contuve la respiración. Encontró la forma de entrar, hasta el fondo de una sola vez. Solté un pequeño chillido y lo mantuvo quieto. Esperó a que me relajara para proseguir.

—Desde ese momento, cada vez que le gustaba a una chica solo quería descubrir hasta donde sería capaz de llegar por mí. No puedo decir que me portara bien con ellas... yo las utilizaba. Aunque entonces no me daba cuenta. Les hacía hacer cosas que sabía que no querían... —se detuvo, creo estaba buscando las palabras. —No quiero que me entiendas mal, nunca obligué a ninguna a hacer nada...

—¿Tú las engañabas? —dije muy despacio, sin querer creerme mis propias palabras.

—No, nunca mentí a ninguna. Era parte del juego. Yo no era consciente de por qué lo hacían, ni siquiera me importaba. Solo me aprovechaba de eso.

—¿Qué cosas... —levanté la cabeza de su torso para mirarle a los ojos.

—¿Tú que crees? —su pregunta era una provocación. No solo en el tono y en la forma. Casi podía leer en sus ojos como deseaba saber que era lo peor que mi ingenuidad sería capaz de imaginar.

—Yo no... no sé... no... —titubeé.

—Ya. Tal vez te lo cuente, en otro momento, cuando estés preparada —estaba jugando, aprovechando la interrupción. Su expresión cambió. —En ese momento, para mí solo era un juego en el que cada uno tenía un rol. No quiero

justificarlo, pero hice cosas que no están bien. Estaba confuso y descontrolado y solo seguía mis impulsos. No entendía lo que implicaba la sumisión y menos la responsabilidad que conlleva la dominación. ¿Quieres que continúe? —Su confesión debía estar costándole bastante.

—Sí, mi Amo. Por favor —había empezado a mover su mano, y aunque me estaba costando acostumbrarme a la sensación que eso me provocaba, quería que terminara su historia.

—Un día estaba en el gimnasio con una chica de mi clase. Nos habíamos escapado de una de esas presentaciones de opciones universitarias. No te voy a decir lo que le estaba haciendo pero sí que justo en el momento más comprometido, la profesora de gimnasia nos sorprendió. Puede que te acuerdes de ella. Daba clase el primer año que estuviste en el instituto. Se llamaba Salud.

—Sí, me acuerdo de ella, mi Amo.

Por supuesto que la recordaba. A mí nunca me dio clase pero era una leyenda. Casada con el hijo de uno de los empresarios más ricos de la ciudad, venía al instituto en un Ferrari descapotable rojo que aparcaba en la puerta. Debía rondar los cuarenta pero se mantenía en muy buena forma. Corrían todo tipo de rumores sobre ella, desde que se lo montaba con el director, pasando por todos los profesores varones, hasta que la habían pillado con un alumno, o varios, en las versiones más jugosas. Los chismes se agravaron tras su desaparición al año siguiente.

—Pensé que nos iban a expulsar. Sin embargo, le dijo a la chica que se marchara y que no volviera a acercarse a mí o llamaría a sus padres. A mí me pidió que me quedara y empezó a hablar conmigo. Hablamos durante más de una hora. Esa conversación cambió mi vida. Se lo conté todo, cómo me sentía, lo que necesitaba. Fue la primera persona que me comprendió. Me explicó que no era nada malo, ni tampoco único, que era normal. Me hizo ver que lo estaba haciendo mal y que tenía suerte de que ningún padre me hubiera denunciado. No podía exigir a chicas de instituto que compartieran mis tendencias. Y, sobre todo, me dijo que para mandar había que aprender a obedecer y a tener disciplina. Le pedí que me enseñara. Y me sometió.

—¿Te obligó, mi Amo? —no podía creer lo que acababa de oír.

—No. —Lo sacó y lo volvió a meter de golpe, arrancándome un grito. —Me encanta oírte chillar. La próxima vez que vuelvas a preguntar sin pedir permiso te haré gritar de verdad.

—Lo siento, mi Amo. —La forma en que sus ojos se iluminaban cada vez que manifestaba la más mínima señal de dolor me asustaba casi tanto como me excitaba.

—No me obligó. Le supliqué y ella me aceptó. Gracias a ella aprendí a controlar mis impulsos, a canalizar mis emociones y, lo más importante, a gestionar mis ansias de dominación y potenciarla, pero de la manera adecuada. Me enseñó todo lo que sabía y a los tres meses, me rebelé y yo la sometí a ella. La convertí en mi sumisa.

—Mi Amo, ¿me das permiso para preguntar?

—No debería. Pero haré una excepción porque todavía no he terminado contigo.

—¿Por qué se acabó, mi Amo? ¿Te cansaste de ella?

—No, no me cansé de ella —me pareció que sonreía con amargura. —Mi padre nos pilló. Éramos muy cuidadosos y planeábamos muy bien nuestros encuentros. Todos los domingos por la tarde me quedaba solo en casa, me venía genial para estudiar y siempre quedábamos unas horas.

Hablaba despacio, su voz era comedida, demasiado. No podía estar segura, pero me pareció que todavía guardaba rencor, y eso explicaba el distanciamiento con su padre.

—Ese día volvió a media tarde y nos encontró en la cama. Por suerte, solo estábamos follando. No vio nada fuera de lo común. Pero ni siquiera me escuchó. Dijo que estaba abusando de mí. Hizo un escándalo, la amenazó con denunciarla y hacerlo público. La obligó a dejar el instituto y a no volver a verme. Tuvo que prometerlo. Y yo también lo hice, para no perjudicarla.

—¿Estabas enamorado de ella, mi Amo?

—No, claro que no. Si me hubiera enamorado de ella, nada ni nadie me habría impedido estar con ella. Pero no era el caso. Ya me habían concedido la beca y sabía que me iba a ir del país en un mes y medio. Los dos sabíamos que se iba a terminar, pero me encabronó que la chantajeara y que ella saliera mal parada por mi culpa. No se lo merecía. Sin embargo, no hizo nada, solo se apartó de la forma más elegante. No se enfrentó a él, aunque tenía los recursos para aplastarle. Nunca la volví a ver.

—Yo no creo que nadie pueda abusar de ti, mi Amo —me acarició el pelo. Su otra mano seguía su ritmo un poco más rápido. Ya no sentía ninguna molestia sino al contrario, la sensación estaba empezando a ser placentera. — ¿Te gustaba ser sumiso, mi Amo?

—No, pero tenía que aprender y lo hice. —¡Dios! Sergio sumiso. Daría todas mis posesiones terrenales por ver eso. Solo un día, completamente sometido, completamente entregado.

—¿Crees que algún día yo podré ser tu ama?

Insertó el tapón hasta el fondo y rodó sobre el colchón hasta quedar encima de mí. Me cogió de las muñecas y subió mis brazos hasta inmovilizarlos por encima de mi cabeza.

—¿Vas a alzarte contra mí? —negué rápidamente. —Para eso tendrías que rebelarte, y a mí me encanta reprimir rebeliones —su cuerpo me contenía. Me sujetó con una sola mano.

—Nunca intentaré resistirme a ti, mi Amo —su mano libre se coló entre nuestros cuerpos.

—No, no podrías. Estás muy húmeda. Dime ¿es por lo que te he contado o por lo que te he hecho? —no podía responder. Mi atención estaba centrada en sus labios que se movían insinuantes mientras hablaba. —Contesta —me exigió.

—Es por ti, mi Amo.

—Todo es por mí. No intentes embaucarme. ¿Sabes lo que creo? Creo que te ha gustado y no quieres reconocerlo.

—Me gusta todo lo que me haces, mi Amo.

—¿Sí? Veamos si esto te gusta —su dedo corazón se paró justo antes de entrar, dejándome adivinar lo que pretendía. Me moví aunque mis manos seguían atrapadas por la suya.

—Mi Amo... No vas a ... —no me atreví a decirlo. Solo la idea me hizo temblar.

—Voy a llenarte los dos agujeros a la vez. Es más, los tres.

Antes de que pudiera entender a que se refería, su lengua me invadió, al mismo tiempo que empujaba su dedo. Una corriente me recorrió de la cabeza a los pies, estaba a punto de llegar. Lo sacó y volvió a entrar, aunque esta vez eran dos dedos. Devoré su boca.

Intenté soltar mis manos, quería abrazarle, agarrarme a su espalda y atraerlo más hacia mí, que su penetración fuera más profunda. Se separó y agarró mis muñecas con más fuerza, incrustándolas contra la cama. Mi pecho subía y bajaba descontroladamente. Sus dedos salían, quería aprisionarlos, hice toda la presión que pude pero no lo conseguí.

—Sí, creo que te está gustando. Pero vas a tener que esperarme. ¿Podrás

hacerlo? —me preguntó como si realmente tuviera la opción de negarme. Sin embargo, antes de que hablara, sus tres dedos estaban dentro de mí. Me sentía rebosante.

—Sí, mi Amo. Por favor, sácalo —negó con la cabeza. Intenté expulsarlo pero era peor.

—No te esfuerces. Aunque consiguieras sacarlo, te lo volvería a meter.

—Por favor, es demasiado para mí, mi Amo.

—Yo decido cuando es demasiado para ti —su tono autoritario me excitó aun más. —Yo pongo tus límites, ¿recuerdas?

De repente, me vació por completo y se levantó. Por un segundo, sentí un sudor frío ante la idea de que se hubiera enfadado conmigo por haberme quejado. Se desvaneció cuando volvió a mirarme, solo había deseo en sus ojos. Un deseo irrefrenable.

Me cogió por los tobillos y me volteó en un movimiento rápido, dejándome tumbada boca abajo con las piernas abiertas. No podía verle, estaba atravesada en la cama y no me atrevía a girarme. Él se movía a mis pies. Abrió un cajón de su mesita, a mi espalda y cogió algo, no tardé en descubrir de que se trataba. Dos dedos lubricados, índice y corazón, entraron en mi vagina para extenderlo.

Se tumbó sobre mí. En esta posición controlaba todo mi cuerpo solo con su peso. Con sus piernas, podía decidir el grado de apertura de las mías. Únicamente mis brazos quedaban libres, aunque con muy poca movilidad, y no tardó en encargarse de ellos con una complicada maniobra. Pasó sus brazos por debajo de mis hombros y los trenzó con los míos hasta las manos. Me ofreció sus palmas abiertas para que me agarrara y lo hice enlazando mis dedos con los suyos.

Mi cabeza, ladeada hacia la derecha sobre el colchón, casi no alcanzaba a verle la cara. Sin embargo, sí podía oír hasta el más leve ruido que salía de su boca. Sus labios en mi oreja me desvelaban nuevamente su avidez por medio de su aliento desacompasado, estimulándome inconscientemente.

Su cuerpo estaba fijo sobre el mío. Sentía los movimientos involuntarios de su glándula provocados por su erección en mi entrepierna, y cada vez que me rozaba, más se entrecortaba su respiración. Pero yo necesitaba más. Levanté el culo, apenas medio palmo, para restregarme contra él. Me apretó contra la cama, clavándose en mi nalga.

—Ya voy, preciosa. Tranquila —el pelo en mi nuca se erizó al oír su voz

grave en un susurro directamente en mi oído.

Se adentró muy despacio. Era una posición difícil, sobre todo, teniendo en cuenta su tamaño, y tuvo que corregir varias veces su colocación para seguir avanzando. Se lo tomaba con muchísima calma, reptando lentamente, escuchándome, sintiéndome, y moviéndose en consecuencia. La sentía en todo su recorrido, la forma en que su cuerpo presionaba sobre mí lo hacía mucho más intenso.

La delicadeza con que se manejó cuando entraba contrastó con la rudeza con la que me empujó cuando se hizo camino. Por fin había dejado de controlarse. Utilizaba mis manos como apoyo para darse más impulso. La fogosidad que demostraba me encendía todavía más, quería darle todo lo que necesitaba.

—Hoy seré yo el que te marque a ti —y antes de que tuviera tiempo de reaccionar, sus dientes se clavaron en mi clavícula, al lado de mi cuello. No llegaba a morder fuerte, pero apretaba constante y el suave dolor que me infligía solo intensificaba mi placer. Jadeé y me recompensó penetrándome con más ímpetu. No iba a poder aguantar este ritmo mucho más.

—Por favor, mi Amo, ¿me das permiso para correrme?

—No.

No me dio más explicación, solo me lo prohibió y disminuyó la potencia. Su negativa me activó aun más. No sabía cuanto podría soportarlo. Apreté mis manos en las suyas, clavándole las uñas todo lo que pude. Quería hacerle daño, quería instigarle, y ésta era la única reacción que su contención me permitía.

—¿Quieres más?

—Sí, sí, mi Amo —estaba gritando. Me lamió en el punto donde segundos antes me estaba mordiendo. ¡Dios! La forma en que me estaba tomando era tan primitiva. No había un músculo en todo mi cuerpo que escapara de su control. Estaba a expensas de sus movimientos.

—Desafortunadamente, tú no decides.

—Por favor...

—No. Aguantarás hasta que yo me corra y tú lo harás después. Para tu desgracia, en esta posición no hay nada que puedas hacer para acelerarlo.

—Mi Amo...

—Tú lo has dicho. Y hoy aprenderás que mi placer es lo primero. Y pienso disfrutar de ti mucho tiempo.

La convicción expresada en su forma de hablarme me excitaba cada vez más, justo lo contrario de lo que necesitaba. No quería ni imaginarme cual podría ser el castigo por correrme sin su permiso, y de hecho, casi mejor. En este punto, la palabra castigo sonaba demasiado sugerente en mi cabeza.

Su ritmo incrementaba hasta llevarme casi al punto solo para volver a ralentizarse, una y otra vez. Una bola de fuego crecía en mi interior, ardiendo un poco más cada vez que se frenaba. Estaba completamente en sus manos y no había nada que pudiera hacer. Eso era lo que él quería demostrarme, que mi placer dependía de él, total y exclusivamente.

—No puedo más, mi Amo.

—Lo estás haciendo muy bien —me animó. —Aguántalo.

—¿Cómo puedes hacerlo, mi Amo?

—Cuanto más lo retenga, más placer te daré. Quiero hacerte explotar — sus palabras eran lo último que necesitaba.

Mi humedad se había extendido. El esfuerzo me hacía transpirar por todos los poros de mi piel y no era la única, estábamos sudando juntos. El fuego se había convertido en un volcán de lava, intentaba contenerlo, pero necesitaba entrar en erupción.

Todos los músculos de mi cuerpo estaban en tensión y empezaban a temblar. Mis uñas se clavaron más profundamente por debajo de sus nudillos, pero esta vez sin querer, de forma instintiva. Todo mi afán se centraba en no dejar que saliera, y no podía aflojar lo más mínimo.

Su gruñido se adentró hasta lo más profundo de mi ser y le sentí vaciarse. Su calor dentro de mí me hizo estallar. Mi cuerpo se convulsionaba cautivo, siempre controlado por el suyo, que ahora yacía extenuado sobre mí. No podía pararlo y no quería. Gritaba sin voz.

Quedé tumbada sobre la cama, completamente exhausta, no podía reaccionar. Todo mi cuerpo estaba dolorido, atrapado bajo el suyo. Él no se movió, no salió. Le sentía contraerse, recuperando su posición inicial dentro de mí. Soltó mis brazos y los acarició, frotándolos, siguió hasta mis hombros, que estaban rígidos por el sobreesfuerzo. Me apartó el pelo del lado izquierdo y con su dedo índice dibujó un círculo que recorrió varias veces hasta que fui consciente de lo que estaba haciendo.

—¿Estás contento con tu marca, mi Amo?

—Sí, te durará un par de días. Tendrás que cubrirtela —ni siquiera me importaba. Dejé de acariciarme. —Tú también lo has hecho, otra vez.

Me enseñó sus manos. Debajo de sus nudillos, tenía pequeñas heridas en forma de media luna provocadas por mis uñas, algunas estaban sangrando.

—Lo siento, mi Amo. ¿Te duele? —le besé en cada una de las heridas.

—No. Me gustan tus marcas. Las llevo con orgullo —vaya, estaba con ganas de broma.

Se apartó a un lado pero solo para girarme y sentarse encima de mí.

—¿Hoy no hay declaración de amor?

¡Hijo de puta! Intenté quitarle, pero no me lo permitió, todavía tenía fuerzas para retenerme, muchas más que yo. Bajó sus labios lentamente hasta juntarlos con los míos; hubiera querido rechazar su beso, pero no fui capaz. Apenas se separó cinco centímetros de mí y se quedó esperando mi respuesta clavándome su mirada.

—No, mi Amo. Yo no...

—Tú sí. Te lo sacaré otro día. Pero me lo volverás a decir.

XI

Clara dice:

Tdavía tengo tus marcas en mi piel

Salvaje!!!

Ya salgo para Dublin. Un bso

Sergio dice:

Conduce con cuidado.

Ya hablaremos de tus normas para mensajes.

Siempre había odiado que me dijeran lo que tenía que hacer, hasta tal punto que no aceptaba bien los consejos, que interpretaba como cuestionamientos de mi juicio o límites de mi libertad. Sin embargo, la forma en que aceptaba su dominio y lo deseaba... no se debía a una cuestión de género o condición.

Había tenido que dedicarle horas de reflexión para entender que era una filia personal. Algo que había traspasado el mundo de las fantasías y Sergio había convertido en una realidad. Sus órdenes eran sensuales, necesarias; su dominación, excitante. Solo temía el momento en que quisiera interferir en territorio prohibido.

- O -

—Es demasiado exagerado —me miraba ensimismado desde que había salido del probador.

—No, es perfecto —la forma en que hablaba era el mejor piropo. —Es el que quiero que lleves mañana.

Cuando Sergio me había pedido el día anterior que saliera antes del trabajo para comer juntos en el centro, intenté hacerle razonar. La prueba de que no lo había conseguido era que, aunque había tenido que pisar un poco el acelerador, a la una en punto estaba clavada delante de Brown Thomas, donde habíamos quedado.

Los escaparates de estas lujosas galerías siempre eran un espectáculo; de hecho tenían fama por haber conseguido varios premios internacionales. Fui recorriendo los ventanales a paso lento, disfrutando de las composiciones mientras hacía tiempo. Había tanto gusto en las combinaciones de ropa, complementos y la decoración en que se integraban, que casi formaban pequeñas obras de arte.

Me detuve ante el tercero. Un opulento vestido rojo con escote en forma de corazón y largo hasta el suelo me deslumbró. Era despampanante.

No había retomado el paso cuando unos brazos me atraparon por detrás, me giraron y antes de que pudiera centrar mi vista, me estaba besando. Su lengua se adentró en mí antes de que pudiera reconocer la identidad de su dueño. Quise reconocerle con mis manos intentando buscar una pista, pero las sujetó para impedírmelo. Y eso fue precisamente lo que le delató. Me entregué aún más a su beso hasta que finalmente retrocedió.

—Pareces contento —su cara reflejaba una felicidad absoluta. No dijo nada, solo me cogió de la mano y tiró de mí. Le seguí adentro del centro comercial, atravesando la sección de perfumería de la planta baja hasta las escaleras mecánicas. —¿Vamos a comer aquí?

Había oído hablar muy bien del restaurante de la segunda planta. No respondió. Siguió avanzando por la primera planta, la de firmas exclusivas, hasta que me frenó delante del vestido que acababa de ver en el escaparate.

—Quiero verlo en ti.

Sospeché que no era la primera vez que lo veía, especialmente cuando le escuché hablar con la dependienta que ya había dejado uno de mi talla preparado en el probador. Había sido una trampa hábilmente orquestada.

Por lo menos le había gustado. Cuando volví a entrar en el probador, me obligué a mirar el precio. Sabía que iba a ser desorbitado y aun así me sorprendió. Tendría que invertir casi dos sueldos para pagarlo. Visualicé su mirada cuando me había visto con él. Esa mirada valía todo el oro del mundo o, al menos, el poco que yo tenía. Intenté mantenerla en mi cabeza mientras me dirigía a la dependienta como una sentenciada camino del patíbulo.

—Es espléndido, ¿verdad? ¡Y te sienta genial!

—Gracias. ¿Puedo pagar con tarjeta de crédito?

—Lo siento, señora —me miró confundida. —El caballero ya lo ha pagado. Lo enviaremos a su domicilio mañana por la mañana.

Me giré. Quería fulminarle con la mirada. Él solo sonreía y me miraba, lo que me acabó de sacar de mis casillas. Esperó a que la dependienta acabara de empaquetar el vestido en una funda y desapareciera con él.

—Solo di gracias —aunque su voz era calmada detecté un matiz de advertencia.

—Pero no puedes pagar siempre todo. No...

—Piensa muy bien la siguiente palabra que va a salir de tus labios, porque

de ella dependerá lo que haré contigo esta tarde —me cortó. —Acepta y te llevaré a comer a un restaurante maravilloso. Niégate y dedicaré toda la tarde a enseñarte a agradecer mis regalos —ahora la amenaza era evidente. —Tú eliges.

—Gracias, mi Amo —tardé casi dos minutos en contestar, pero me tragué mi orgullo. Después del castigo del día anterior, no hubiera sido muy inteligente provocarle.

—Eres mía. Te compraré lo que quiera, y tú lo aceptarás y me lo agradecerás. Tómallo como una regla más.

- O -

A las dos en punto estábamos cruzando la puerta de un restaurante más que maravilloso donde teníamos mesa reservada para exactamente esa hora. No me había mentido, lo conocía de oídas. Era muy famoso; el único con dos estrellas michelín en Irlanda. Estaba situado en un típico edificio georgiano de ladrillo rojo. Era elegante, con un estilo bastante clásico, aunque no antiguo. Sin embargo, no era solo la decoración, sino el ambiente que te envolvía nada más entrar.

Nos acompañaron hasta una mesa al lado de una chimenea y se sentó a mi izquierda. Ningún camarero vino a tomarnos nota y al poco tiempo de sentarnos, nos ofrecieron un pequeño entrante. Me explicó que había reservado la comida con la mesa: un menú degustación de ocho platos con maridaje de vinos. La comida no parecía un problema viendo el plato que tenía delante de mí, pero no tenía claro si podría resistir las ocho copas de vino que la acompañaban.

Era la primera vez que salíamos desde que llegamos a Dublín y tenía un objetivo en mente: descubrir más cosas sobre él. Sergio parecía saber demasiado sobre mí, mientras yo tenía la sensación de que apenas conocía pinceladas de su vida.

Nuestra relación se centraba únicamente en la parte sexual y, aunque tenía que reconocer que en este ámbito era sobresaliente, deseaba conocerle más profundamente. Nunca había conocido a nadie como él. Pero necesitaba descubrir si ese Sergio existía o solo lo había fabricado. No me lo iba a poner fácil.

—Mi Amo... —vi la expresión de su cara cambiar por mi metida de pata

—...rrr. —Intenté corregirlo. Me sonrió y me desconcentró completamente.

—Dime.

—¿Puedo preguntarte algo? —su cara de complacencia me demostró que le encantaba que escondiera mi sumisión en buenos modales.

—Adelante, mi amor —repitió con sorna. Sin embargo, ni eso, ni la media sonrisa que se dibujó en su boca, evitó que algo se removiera dentro de mí al escucharlo de su voz rasgada.

—Bueno, la verdad es que no sé como preguntarlo —se me hacía difícil no añadir mi Amo cuando hablaba con él.

—Vaya, parece que esto se pone interesante —pero al mismo tiempo lanzó una mirada a su alrededor como para recordarme donde estábamos.

Dos camareros llegaron con el primer plato, cubierto por una campana. Perfectamente sincronizados, destaparon el plato. Cuando se fueron, me miró invitándome a preguntar.

—No, solo tenía curiosidad por el tiempo que pasaste en China.

—¿China? —me dedicó una mirada desconfiada, intentando buscar la trampa. —¿Qué quieres saber?

—Bueno, pasaste muchos años. ¿Fue por qué te gustaba o estabas esperando a que te trasladaran?

—No, me encantó China. Yo elegí ir, y no lo hice solo pensando en el máster y mi futuro laboral. Cuando terminé la carrera solo quería alejarme. Necesitaba ver las cosas con perspectiva y en Hong Kong encontré la paz que buscaba. Todo era tan diferente a lo que conocía. Me enamoré de su cultura y sus tradiciones, y aprendí muchísimo de su forma de pensar, de trabajar, sus tiempos, su filosofía de vida. Bueno, y otras cosas más elementales... —sabía perfectamente a qué se refería, y eso era exactamente lo que estaba intentando evitar.

—Entonces, ¿por qué decidiste marcharte? —se inclinó hacia mí para decirme algo al oído. No podía imaginar qué razón podía ser tan secreta o fuerte como para que tuviera que susurrármela.

—Sabes que esto no funciona así. Ahora me toca a mí.

—Está bien. ¿Qué quieres saber? —repetí su pregunta.

—Tengo un problema —esperé a que continuara. Se llevó la copa a la boca y consiguió lo que pretendía, que mi atención se centrara en sus succulentos labios. —Aquí no puedes responder en voz alta a las preguntas que quiero hacerte, y en casa lo último que quiero hacer es hablar. —¡Dios! Le

encantaban las frases lapidarias.

Con un movimiento preciso, rozó mi rodilla pero le sentí en mi sexo. Al segundo, la imagen de su cuerpo desnudo apareció perfectamente delineada en mi mente. No entendía cómo había conseguido excitarme de esa forma solo con una frase y un inocente roce. Y lo peor era que estaba convencida de que sabía exactamente el efecto que provocaba en mí.

—Tal vez quieras cederme tu turno —murmuré tratando de sobreponerme.

—No —se rio por mi intento. —De hecho, ya tengo una. ¿Te fijaste en mí en el instituto?

—Sergio, todas las chicas se fijaban en ti en el instituto.

—Eso no es lo que te he preguntado —su mirada castaña se clavaba en mis ojos inexorable. Me estaba ruborizando. —¿Todavía tienes vergüenza conmigo?

Le faltó añadir "¿Después de lo que te he hecho?", aunque podía leerlo en su cara. Me estaba poniendo tan nerviosa como el primer día que habíamos hablado. Me acabé de vino antes de que trajeran el plato que lo acompañaba y en menos de medio minuto el camarero me volvió a llenar la copa.

—Creo que no has respondido a mi pregunta.

—En el instituto me fijaba en otro tipo de chicos más... —busqué una palabra neutra —accesibles.

Los camareros llegaron con el segundo plato. Si no hubiera sido tan educado, probablemente les habría gritado maldiciendo por la interrupción. Sin embargo, disimuló perfectamente el ansia que tenía de que se marcharan cuanto antes para poder interrogarme por lo que acababa de decir.

—¿Accesibles? No recuerdo que intentaras “acceder” en ningún momento.

—Desde luego, no te perseguía por los pasillos, como tu grupo de admiradoras —me miró sorprendido aunque no me creí ni por un momento que se acabara de enterar. —Además, ¿acaso tú te fijaste en mí en el instituto?

—Sí —y no añadió nada más. Me devolvía la mirada completamente serio. Esperaba cualquier gesto que me demostrara que me estaba tomando el pelo, pero no se movió.

—Ya, claro —me reí. Su aplomo casi había conseguido que me lo tragara por un segundo.

—¿No me crees? —parecía que se estaba divirtiendo. Moví la cabeza de lado a lado. —¿Por qué no?

—Si te hubieras fijado en mí, estoy segura de que nada te hubiera

impedido acercarte.

—¿Eso crees? —moví la cabeza de arriba a abajo. —Tal vez eras demasiado pequeña, y yo no me habría conformado con besarte.

Su tono había cambiado, seguía siendo sensual, como siempre, pero parecía totalmente convencido, se había metido en el papel. Sin embargo, yo sabía que solo intentaba embaucarme, lo que no tenía claro era por qué. Probablemente, solo para entretenerse, o para confundirme.

—No creo que tuvieras tantos miramientos con la edad.

Cogió mi mano entrelazando sus dedos con los míos y la llevó a su boca. Vi el beso en sus labios pero no lo sentí en mi piel, solo lo estaba dibujando.

—¿No? ¿Tan despiadado te parezco?

Los camareros se acercaron a la mesa con el tercer plato, siguiendo con su coreografía. Esperé hasta que se alejaron lo suficiente para continuar hablando.

—Mírame a los ojos y dime que no estuviste con ninguna chica de mi edad en el instituto.

—Si ya sabes la respuesta, ¿qué haces aquí conmigo? —Su tono no era acusador, no me estaba demandando una explicación. Todo lo contrario, se divertía pidiéndome que excusara su comportamiento.

—Ya sabía que eras despiadado, no lo has ocultado en ningún momento.

—No, no lo he hecho —sonrió orgulloso. —Pero esa no es la pregunta, sino ¿por qué sigues aquí si sabes lo cruel que puedo llegar a ser? —temblé.

Su cuerpo, ligeramente inclinado hacia delante, me demostraba su interés por una respuesta que no tenía, o mejor, que no quería darle. No otra vez.

—Eso no te lo puedo decir aquí —miré a mi alrededor.

—Entonces te sacaré la respuesta en privado —cogió el tenedor y empezó a saborear su plato. Apreté las piernas.

Ya llevaba cuatro copas de vino, una más que él, cuando el camarero me sirvió nuevamente con el cuarto plato, y me estaba empezando a afectar. Él, en cambio, parecía completamente lúcido, como si se estuviera tomando la primera.

—Una chica.

—¿Qué?

—Es la respuesta a la pregunta que me has hecho antes.

—¿Te marchaste de China por una chica? —asintió.

La forma en que me miró me recordó que había hecho algo parecido por

mí, y sin embargo no pude evitar sentirme un poco decepcionada. Hasta ahora, de una forma u otra, me había hecho sentir única. Aunque era absurdo pensar que a su edad no hubiera existido nadie especial en su vida, descubrirlo me sentó como un jarro de agua fría.

—¿Y qué pasó?

—No la conseguí —eso sí que no me lo creía. ¿A qué chica no podría tener Sergio? —No era el momento.

—¿Sigues pensando en ella? —me miró fijamente un buen rato. Puede que calculando mentalmente el daño que podría hacer con una respuesta. Junté todas mis fuerzas.

—Mi turno. ¿Has estado alguna vez en Asia? —no me iba a contestar.

—No, nunca he viajado fuera de Europa.

No oculté mi desilusión. Tenía muchas ganas de saberlo todo sobre esa mujer por la que había cambiado de continente y que aun así le había rechazado.

—Si pudieras ir a cualquier sitio, adonde fuera, ¿cuál elegirías?

—Eh, es mi turno, tienes que respetar las reglas.

—Las reglas las pongo yo. Contesta.

—No lo sé. Hay muchos sitios en los que no he estado —me quedé pensando por un momento.

Los camareros volvieron a nuestra mesa con el quinto plato. Estaba haciendo un esfuerzo para controlarme con el vino, pero cada copa estaba mejor que la anterior.

—Supongo que Nueva York o Tokio.

—Grandes ciudades... Muy buena elección para empezar a explorar fuera de Europa.

—¿Has estado en las dos?

—Sí. Cuando vivía en China aprovechaba los días que tenía libres y vacaciones para hacer turismo por Asia, y Japón me encantó. Pero Nueva York... fue la primera ciudad a la que viajé cuando conseguí ahorrar dinero. Antes de ir a China. Me conquistó a tantos niveles... Después he ido varias veces por trabajo y siempre he descubierto algo nuevo. Estuve un mes allí hace unos cuatro años.

—¿Y no intentaste quedarte?

—No, estaba demasiado lejos de mis objetivos. —No entendí a qué se refería pero fue más rápido que yo. —¿Cómo ha sido tu semana de trabajo?

¿Has vuelto a hablar con el chico?

Entonces me di cuenta de lo que estaba haciendo. Dirigía la conversación para no dejarme preguntar.

XII

—¿Estás intentando emborracharme? —había vuelto a coger la botella de Four Roses para rellenar los vasos de chupito.

—No creo que necesite esforzarme para eso —me miró de reojo mientras seguía echando whisky a los pequeños vasos con pulso firme. No pude evitar pensar que, a estas alturas, con todo el alcohol que habíamos bebido, si la botella estuviera en mi mano, la mitad de su contenido estaría ya sobre la mesa. Sin embargo, él no derramó ni una gota.

Habíamos llegado al Café en Seine sobre las seis, después de una comida larguísima. Estaba deseando llevar a Sergio a este local tan ecléctico. Me fascinaba su decoración recargada en art nouveau, desde los mosaicos en el suelo, pasando por las estatuas de las columnas, hasta las lámparas de araña que colgaban del techo, dándole al conjunto un estilo decadente y atemporal.

Subimos al segundo piso y nos sentamos en una mesa reclusa entre dos columnas. Deduje que ya estaba cansado de mantener las formas en nuestra conversación y buscaba un poco de privacidad. En pocos minutos pude comprobar que no me había equivocado en absoluto.

Había pedido la botella de bourbon y dos vasitos. El juego era sencillo, cualquier pregunta valía, si la respuesta era afirmativa, había que beber. Llevábamos casi una hora en el bar y la botella iba por la mitad. Me pareció adorable que se entregara con tanta pasión a un estúpido juego de instituto.

—¿Eres celosa?

Estaba aprovechando los evidentes síntomas de embriaguez que empezaba a demostrar para sonsacarme toda la información que quería. No porque no hubiera podido preguntármelo estando sobria, sino porque sabía que en mi estado no podía engañarle. Mis intentos habían sido menos afortunados, Sergio solo me contaría lo que él quería que supiera.

—No. Bueno, un poco. No sé —empezó a reírse por mi indecisión.

—¿No lo sabes? —negué con la cabeza.

Nunca me había considerado celosa, hasta que le conocí. En los días que

llevábamos juntos, había sentido un par de veces una punzada, solo ante la idea. En ningún momento me había dado el más mínimo motivo.

—Supongo que ahora sí —volvió a reírse por lo que mi respuesta implicaba. —¿Te gustan las mujeres celosas? —parecía encantado con mi respuesta y eso no me encajaba nada.

—Nunca he permitido que... —se detuvo y asentí, no me hacía falta que la verbalizara para saber que palabra estaba omitiendo —tengan celos, o por lo menos que me lo demuestren.

—Pues parece que te gusta que yo lo sea.

—No me molesta, —reconoció, sus ojos se clavaban de forma que no me permitían esquivar su mirada —aunque tampoco va a suponer ninguna diferencia para ti. No voy a permitirte que lo demuestres. La respuesta es afirmativa, bebe.

—Entonces tú también deberías beber.

—Yo no... —pero se calló y se quedó mirándome mientras le sonreía. —Tienes razón. —Se acercó para susurrarme al oído. —Pero es lo peor que te podía pasar.

—¿Por qué?

—Si eres la única, lo eres para lo bueno... y para lo malo —su mirada se había vuelto tan intensa que casi me costaba mantenerla.

—No me importa.

—Ni siquiera te das cuenta de lo que estoy haciendo contigo —su respuesta me dejó aún más confusa.

—¿Y qué estás haciendo conmigo? —se quedó callado, se limitaba a mirarme fijamente.

—No. No pienso decírtelo, por lo menos, no hasta que sea demasiado tarde. —Le miré para pedirle una explicación pero no sirvió para nada. —Bebe.

Levantó su vaso y lo vació de un trago. Le seguí.

—¿Te excita que te torture? —de repente tenía muchísimo calor.

—No —me apresuré a contestar. No quería que su pregunta siguiera calando en mí.

—¿No? —su tono era incrédulo, tanto que me hizo dudar de mi respuesta.

Cogió mi sillón por los reposabrazos y lo desplazó girándolo hasta encararlo hacia él. Puso su mano en mi nuca, para cualquiera que nos viera parecería que me estaba haciendo un arrumaco. Sin embargo, la realidad era

muy diferente. Sus dedos se amarraron en mi pelo desde la raíz y tiró, obligándome a acercarme a él. La intensidad, perfectamente medida, se traducía en un dulce dolor, si seguía la dirección que su mano me marcaba, pero como advertencia, muy efectivo. Me inmovilizó a medio palmo de su cara.

—No me mientas, nunca. La mentira es una traición y así será como la castigaré. El castigo que te daré si mientes será el más cruel, mucho más cruel que mi respuesta si me dices la verdad.

—Mi Amo...

—Shhhhh. Ahora no, preciosa. ¿Crees que necesito meter mi mano por debajo de tu falda para saber que estás empapada por lo que te estoy haciendo ahora mismo? —sus dedos aflojaron hasta pasar a ser un masaje suave. Me apoyé en la palma de su mano y sentí que me derretía. —Siento como te mojas cada vez que te tumbo en mis rodillas. Incluso antes de que te azote, ya estás húmeda.

—Eso no significa que me guste.

—Esa no es mi pregunta. Si lo disfrutaras, no te castigaría dándote dolor, sino quitándotelo.

—¿Lo has hecho alguna vez?

—¿Te refieres a si he estado con mujeres a las que les gustara el dolor?

—Sí.

—Primero me contestarás tú a mí. —Bebí hasta que lo terminé a modo de respuesta y dejé el vaso bocabajo sobre la mesa. Me imitó. —Quiero oírte.

—¿Bromeas?

—Ahora —sus ojos pardos centelleaban clavados en mí.

—Me excita que me tortures —susurré en su oído mientras me cubría los labios con las manos.

—¡Dios, Clara! —su reacción me hizo sonrojarme aún más.

—Si sabes todas las respuestas, ¿por qué me preguntas?

—Porque lo excitante es que lo reconozcas, delante de mí, en voz alta.

Intentaba recuperarme. La conversación estaba tomando un cariz demasiado intenso.

—Sergio... yo no soy el tipo de mujer con el que tú estás acostumbrado a estar —pude ver claramente como contenía una sonrisa, lo cual me daba a entender o que no me estaba tomando en serio, o que lo que decía no tenía sentido. Sabía que el alcohol hablaba por mí pero, en cualquier caso me

molestaba que se divirtiera a mi costa.

—¿Ah no? ¿Estás insinuando que no eres mi tipo? —ya estaba claro: me estaba tomando el pelo. —Vaya, yo debería saber eso... Y dime, ¿qué tipo de mujer es ese?

—Yo no estoy acostumbrada a... —miré a mi alrededor y bajé la voz — obedecer órdenes... ni a ser sumisa... ni a llamar a nadie mi Amo...

—Pero lo haces. Y te gusta.

Iba a rebatirle. Acarició mi mejilla con el reverso de sus dedos hasta que apoyó su dedo índice en mis labios, en señal de silencio.

—Deliciosa, —su mirada penetrante me atrapaba —cautivadora, —sus labios se movían sensuales jugando con mi atención —fascinante —le escuchaba casi sin aliento. —Yo creo que eres exactamente mi tipo. Te toca —ufff. Me había dejado sin palabras.

—¿Quieres que te describa? —asintió con la cabeza. —Mi Amor, —sonrió divertido —eso es imposible.

—¿Tengo que obligarte?

—Podría utilizar los mismos adjetivos que tú... —y no mentiría.

—Mmmmm —simuló disfrutar del halago, como si lo acabara de descubrir. —Pero sabes que no te lo voy a permitir.

—Indescriptible...?

—Puedes hacerlo mucho mejor. Tú has estudiado una carrera de letras.

Otra vez, tenía la sensación de estar en desventaja; como si pudiera recordar cosas que yo no me acordaba de haberle contado. Pero su cara de impaciencia cortó mi hilo de pensamiento. La paciencia no era una de sus virtudes.

Mil adjetivos vinieron a mi mente, y los descarté casi todos. Excitante, imponente, increíblemente atractivo... No podía quedarme en su físico, eso era demasiado fácil. Infalible, perfecto, arrollador... No, no quería fomentar su ego.

—Intenso, irresistible... y brutal.

—¿Brutal? ¿en qué sentido? —apoyó sus codos en la mesa y todo su cuerpo se adelantó con él.

—En todos los sentidos.

—¿Esa es una forma suave de decir que soy más de lo que puedes soportar?

—Más de lo que merezco.

—No lo has negado —me estaba acorralando solo con sus palabras. Por suerte, su cuerpo se encontraba fuera de mi alcance al otro lado de la mesa.

—¿Por qué tiene que ser así? —necesitaba entenderle y no iba a tener una oportunidad mejor.

—¿Ser así?

—¿Por qué tienes que someterme?

—Soy así. Te deseo así. Te necesito así.

—¿Por qué?

—No sé. El gato caza ratones.

—¿Me ves... por debajo de ti?

—¿Por deb...? —se cortó al entender la extensión de mis palabras. Por primera vez parecía realmente preocupado. —Clara, ¿crees que soy machista?

Negué con la cabeza al momento. Habría sido injusto acusarle de machismo. Ninguno de sus actos o comentarios respecto al resto de mujeres que le rodeaban, ya fueran compañeras de trabajo o amigas, reflejaba una actitud de prepotencia o superioridad. Excepto conmigo.

—Entonces, ¿crees que te considero inferior? —me leyó el pensamiento, y no era la primera vez. —¿Eso piensas?

—No lo sé.

—¿Podrías estar conmigo si creyeras eso?

—Ahora mismo no veo la forma en que pudiera no estar contigo.

—Buena respuesta —sonrió, pero al segundo volvió a ponerse serio. — Clara, sabes que nunca podría estar con una persona que considerara inferior, ¿verdad? Dominar a alguien que ya está por debajo no supondría ningún reto. Yo solo te domino porque tú me lo permites. Es tu elección, tú eliges todas y cada una de las veces pertenecerme. —Hizo una pausa, como si recordara algo. —Y solo para que quede claro: nunca he permitido que nadie me llamara Amo y menos que lo precediera con un posesivo.

—No lo entiendo. ¿Entonces...

—Señor, siempre. Vámonos. Será mejor que nos movamos.

- O -

—¿Clara? —oí un grito a mi espalda y me giré sobresaltada. —Hola, ¿cómo estás?

—Hola, Maeve.

¿Por qué la mejor amiga de tu ex siempre aparece en el peor momento? Busqué nerviosamente a mi alrededor, pero afortunadamente Killian no estaba con ella. Algunos de sus amigos me saludaron indiferentes con un rápido movimiento de cabeza y volvieron a lo suyo ignorándome premeditadamente. La noticia había corrido como la pólvora.

Intenté recomponerme, aunque iba a ser complicado disimular la borrachera. Al menos Sergio se había quedado atrás recogiendo los abrigo. Le había tenido que pedir permiso para salir delante de él cuando empecé a marearme, y realmente debía estar pálida porque me lo había concedido.

—Estás guapísima —y no le estaba haciendo la pelota.

Maeve estaba divina, como siempre. Era una irlandesa de manual, y no solo por su melena cobriza, que llevaba medio recogida con un glamuroso cardado de efecto despeinado, o sus ojos azules, que sobresalían debajo de las excesivas capas de maquillaje y las pestañas postizas. Maeve era capaz de soportar el frío glacial de una noche de diciembre en Dublín, con un minúsculo vestidito de tirantes. Deben llevarlo en los genes.

—Tú también —respondió automáticamente. —¿Estás sola?

—No, la verdad es que debería ir... —no me dejó terminar mi excusa.

—Pensaba llamarte... Killian me ha dicho que le has dejado. Está destrozado. No ha querido contarme lo que ha sucedido, solo que no vas a volver con él —su tono era reprobador. —¿Qué ha pasado?

No me esperaba un ataque tan directo. Casi pierdo el equilibrio y, de hecho, solo había una razón por la que no me había caído de bruces contra el suelo. Unas manos fuertes me sujetaron por los hombros, no necesitaba girarme para saber quien era. Sergio me sostenía al tiempo que disimulaba el gesto como si me estuviera ayudando a ponerme el abrigo.

—¿Estás bien? —me preguntó con un siseo casi imperceptible desde mi espalda.

Bajé la cabeza levemente a modo de afirmación. En ese momento, se adelantó y rodeó mi cintura con su brazo, sirviéndome de soporte, pero al mismo tiempo evidenciando en silencio algo que en este momento no estaba preparada para afrontar.

—Hola. Me llamo Sergio. Encantado —su tono tranquilo rompió el incómodo silencio que se había creado.

—Maeve —de repente, había perdido toda su decisión e incluso diría que tartamudeó un poquito.

La cara de Maeve era un poema. Por un lado, esperaba una explicación, por otro, estaba demasiado impresionada para demandar nada. Ni siquiera para soltar uno de sus famosos exabruptos, que tanto había disfrutado bajo la protección de Killian, pero que ahora temía más que a un arma cargada. Sin embargo, solo miraba a Sergio embobada. Justo lo que le faltaba... alimentar su vanidad.

Tenía que hablar, pero el exceso de alcohol enturbiaba mi mente.

—Sergio es un amigo... —me arrepentí de mis palabras el mismo segundo que abandonaban mis labios.

Maeve abrió la boca pero rápidamente la volvió a cerrar, como si se hubiera pensado mejor lo que iba a decir. Sergio aprovechó el momento para pillarme totalmente por sorpresa.

—Cariño... —hablaba lo bastante alto como para asegurarse de que todos oyeran sus palabras —deberíamos irnos... —hundió su cara en mi pelo, oliéndolo, y me besó en el cuello.

¡Cabrón! Lo había vuelto a hacer. Acababa de marcarme como su territorio, delante de los amigos de Killian que ya no se molestaban en simular desinterés. Todo daba vueltas a mi alrededor.

—Sí será mejor que nos vayamos —acerté a decir.

—Claro, podríamos quedar la semana que viene y hablamos. Te llamo — Maeve hablaba rápido y sonreía nerviosamente.

—Sí, claro. Nos vemos.

Sergio tiró suavemente de mí con su brazo, llevándome con él. Bajábamos por la calle Camden, el sonido de la música de varios pubs se mezclaba, creando una distorsión extraña, pero que no conseguía distraerme. Mi cuerpo todavía estaba tenso por el encuentro y las piernas me temblaban.

—Tranquila —me apretó la mano. —Son amigos de Killian, ¿verdad? — asentí con la cabeza.

Frenó y se quedó parado en mitad de la calle. Aunque ya habíamos andado lo suficiente como para dejarlos atrás, un acto reflejo me obligó a girarme para comprobarlo.

—Así que ahora soy... ¿un amigo? —captó mi ebria atención al momento. No era tan ingenua como para creer que lo iba a dejar pasar; lo sabía desde el momento en que esas desafortunadas palabras habían abandonado mi boca.

—¿Cariño? —intenté engatusarlo y me miró divertido. Pero no conseguí despistarle.

—No has respondido a mi pregunta.

—Un amigo muy bueno...? —fui cambiando la inflexión de mi afirmación, insegura, hasta convertirla en una pregunta.

—Yo no soy tu amigo, y desde luego, no soy bueno.

Todavía estaba asimilando su respuesta cuando cogió mi mano y me arrastró al interior del pub más cercano. El sonido de la música en directo atronó mis oídos, aunque no veía el grupo, que versionaba "I Love Rock'N Roll" de Joan Jett. Dejó nuestros abrigos encima de un gran altavoz, se acercó a mí, me dio la vuelta bruscamente y pegó su cuerpo a mi espalda.

Empecé a moverme despacio, con los ojos cerrados, concentrada únicamente en el ritmo que Sergio me marcaba. No paró cuando la canción terminó, aunque solo oía aplausos. Tocaron las primeras notas de "Get It On" de T. Rex. y se oyeron algunos gritos. En mi cuerpo, sus manos abiertas bajaban por mi contorno hasta llegar a mi cintura, que sujetó firmemente, controlando por completo mis movimientos.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Que sea tu amigo?

Siguió deslizando sus manos hasta mis caderas, cubriéndolas. Sus brazos fuertes me llevaban, arrimándome cada vez más a él, restregándome contra su abultado paquete, que crecía reaccionando a mis estímulos. No podía hablarle. Intenté girarme para contestarle pero sus brazos me retuvieron dejándome claro que no me lo iba a permitir.

—Tal vez tenemos un concepto diferente de amistad. ¿Sueles hacer esto con tus amigos? —su voz rugía en mi oído por encima del volumen de la música.

Subí mis brazos hasta su cuello y entrelacé mis manos en su nuca. No le oponía ninguna resistencia, me dejaba llevar por él, por su baile, que cada vez me excitaba más. Sus manos se desplazaban lentamente de mis caderas a mi vientre, cerrándose en torno a mí, y apretándome fuerte hacia él.

—¿Prefieres que te trate como una amiga?

Moví la cabeza, negando. Eso era lo último que quería, sobre todo en ese momento. Levanté la cabeza para mirarle, pero no podía ver su cara, apenas alcanzaba a ver su mentón, tan apetecible... Lo rocé con la punta mi nariz

Como por arte de magia, el escenario se materializó enfrente de mí. El cantante se movía sinuosamente haciendo gestos de sexo explícitos mientras jugaba con el pie de micro, distrayéndome. Un grupo de chicas gritaban y bailaban en primera fila entregadas a los pies de su objeto de deseo y casi

enloquecen cuando empezó a simular un orgasmo.

Entonces me di cuenta de que había sido completamente ajena a lo que ocurría a mi alrededor. El público bailaba fuera de sí, chocándose y embistiéndose. Sergio, mi coraza, me protegía absorbiendo cualquier golpe perdido en nuestra dirección.

La tela de su pantalón se esforzaba en contener una erección que, buscando liberarse, luchaba por reventar la cremallera de su bragueta. En un momento de descuido, aproveché para darme la vuelta. Me enganché a sus caderas mientras seguía bailando refugiada por su cuerpo. Alzándome de puntillas, conseguí alcanzar su oreja con mis labios.

—Yo seré lo que tú quieras, mi Amo —le oí resoplar ruidosamente en mi oído

—Será mejor que pida una copa. Necesito tener las manos ocupadas... o acabaré haciéndotelo contra el altavoz.

Miré el altavoz. Puede que fuera el alcohol, o que mis endorfinas estaban disparadas, pero la idea no me sonaba tan descabellada. Me cogió de la mano y tiró de mí hasta la barra.

XIV

—Buenos días —su voz era más rota que de costumbre.

—Buenos días, mi Amo —mi voz también sonaba ronca.

Abrí un ojo y lo volví a cerrar inmediatamente. La luz me molestaba y tenía muchísima sed. Me giré para coger el vaso de agua de la mesilla y toda la habitación se movió conmigo. Desistí de mi intento y me tumbé otra vez.

—¿Tienes resaca, preciosa? —sí, eso tenía sentido. Por lo menos, explicaba los síntomas y el martilleante dolor de cabeza.

—Un poco —mentí. Tenía la resaca del siglo.

Oí el chasquido de un blíster, entreabrí un ojo y le vi echar una pastilla efervescente en el vaso de agua. Estaba desnudo, al borde de la cama y no tenía ni rastro de la mala cara que suponía que yo debía tener. Sentarme me costó un esfuerzo sobrehumano. Las manos me temblaban.

—Esto te ayudará a encontrarte mejor —eso lo dudaba mucho. Me acercó el vaso hasta la boca. Estaba asqueroso, pero me obligó a beber hasta que lo apuré.

En menos de tres minutos salté como un resorte de la cama para ir corriendo al cuarto de baño a vomitar. Por desgracia, no me acordé de cerrar la puerta. Sentí sus manos recogíendome el pelo y sosteniéndome por debajo del pecho.

—No hace falta que hagas eso, mi Amo. Preferiría que no me vieras — intenté apartarle, pero me sobrecogió otra arcada y volví a empezar.

—Preciosa, me temo que ya es demasiado tarde para eso.

Me senté en el suelo y me limpió con una toallita húmeda. Él también había bajado al suelo conmigo; estaba de rodillas con su cuerpo echado hacia delante y una mueca de genuina preocupación en su cara. Estaba tan avergonzada por haberle permitido verme en esa situación...

Sin embargo, me encontraba tan mal que la vergüenza se tuvo que poner a la cola de mis aflicciones. Mi cabeza era como un tambor, mi barriga, como una lavadora y mi lengua, papel de lija. Y lo peor era que las nauseas apenas

se habían disipado. Me sentía como si me hubieran envenenado.

Puso su mano fría en mi frente y el efecto fue balsámico. Me apoyé en la pared y traté de centrar mi atención en un punto fijo. Elegí su cuello, concretamente su nuez, sombreada por una barba incipiente, que en su caso, más que un descuido, parecía un complemento. Funcionó. No sabía si era por el brebaje, o por todo lo que había salido de mi estómago, pero estaba consiguiendo que mi respiración se estabilizara, y el mareo empezaba a remitir.

—Lo siento, mi Amo. —Me dio un vaso de agua.

—¿Estás mejor? —asentí muy despacio. —Te llevaré a la cama.

Me ayudó a levantarme. Intenté caminar sola pero había sobrevalorado mi capacidad de recuperación. Me escoraba hacia la izquierda y oí la risa contenida de Sergio a mi espalda antes de que me cogiera por la cintura para corregir mi rumbo.

—¿Tú no tienes resaca, mi Amo? —no estaba de humor para sus burlas. Hasta donde podía recordar había bebido lo mismo que yo, y en los últimos recuerdos que tenía de la noche parecía muy borracho, casi tanto como yo.

—Yo pasé por esto anoche —se sentó a mi lado. —Dime, ¿qué es lo último que recuerdas? —por mi cabeza daban vueltas un montón de imágenes desordenadas, recuerdos confusos, y sobre todo, sensaciones contrapuestas que no encajaban con nada de lo anterior.

—No sé. Recuerdo el último bar, recuerdo el camino de vuelta a casa y... —nada.

—¿Y cuándo llegamos a casa? —puse todo mi empeño en tratar de recordar pero ni siquiera me acordaba de haberme cambiado la ropa, aunque ahora mismo llevaba mi camisón blanco.

—No, mi Amo.

—¿No recuerdas nada de lo que pasó en el sofá? —mierda, estaba en blanco.

—No, mi Amo. ¿Lo hicimos? —una media sonrisa curvó sus labios.

—Sí, preciosa, te follé en el sofá —sí, todavía podía notarlo en mi sexo ligeramente dolorido. —Pero me refería a la conversación.

—¿La conversación? ¿De qué hablamos?

—Nada. No es importante —me estaba ocultando algo y, aunque sabía que no conseguiría sacárselo, tenía que intentarlo.

—¿Dije algo malo, mi Amo?

—No, Clara. No te preocupes. Duerme un rato, cuando despiertes te encontrarás mucho mejor.

- O -

Estaba sola en la cama cuando volví a abrir los ojos y no había ni rastro de resaca. No sabía qué hora era, ni dónde estaba Sergio. Después de encargarme del aseo básico, bajé a buscarle. Estaba en el último sitio donde esperaba encontrarle: su despacho.

—Buenos días, mi Amo. —Llevaba un rato observándole sin que se diera cuenta de mi presencia. Estaba tan atractivo cuando se concentraba que casi me daba pena romper el hechizo.

—Quieres decir buenas tardes. Son casi la una —estaba de buen humor.

Cerró el ordenador y vino a mi lado. Sus brazos se cerraron a mi alrededor mientras me obsequiaba con un tierno beso en la frente. Pensaba que me derretía...

—¿Estás trabajando en Nochevieja? Tienes que pedir un aumento.

—Preciosa, si esto sale bien, podré pedírmelo a mí mismo. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, mi Amo. Mucho mejor. Muchas gracias... por lo que has hecho... Lo siento.

—Es mi deber —se detuvo. —Clara ¿has recordado algo de lo que hablamos anoche? —busqué en sus ojos alguna pista que me revelara el contenido de nuestra misteriosa conversación: preocupación, ansia, reproche, deseo; pero no había nada. Ocultó cualquier emoción tras una trabajada cara de póquer.

—No, mi Amo. ¿Me das permiso para preguntar? —me miró receloso y le devolví la sonrisa más inocente que pude improvisar.

—Adelante.

—¿Cómo puedes trabajar hoy, mi Amo? —estalló en una carcajada. No se lo esperaba y mi tono ingenuo le pilló desprevenido. No valía la pena intentar sonsacarle mientras estaba a la defensiva. Tendría que esperar a que bajara la guardia.

—Le estoy dando vueltas a una cosa y quiero conseguirlo —sí, eso me encajaba perfectamente con su carácter meticuloso y concienzudo.

—Entonces será mejor que no te moleste, mi Amo.

—Tú no me molestas, preciosa, todo lo contrario. Además, te estaba esperando. Tengo planes para ti: vamos a la ducha. —¡Sí! Por fin, otra ducha juntos. Llevaba toda la semana esperando este momento.

Me siguió con la mirada mientras salía por la puerta delante de él. Le oí murmurar a mi espalda algo como “Algún día te arrancaré ese camisón”. Eché a correr por toda la casa huyendo de él, que me perseguía hasta que acabamos en el cuarto de baño. En menos de dos minutos, estaba desnuda en sus brazos. Por suerte, el camisón había sobrevivido.

Me dejó sobre la banqueta y se desnudó para mí, despacio, exhibiéndose. Primero la camiseta, de los Sex Pistols, que estaba tan desgastada por el uso que casi se transparentaba. La levantó descubriendo centímetro a centímetro su torso perfecto.

Después metió los pulgares por el elástico del pantalón y los bajó descubriendo poco a poco el principio de una erección que llevaba adivinando desde que habíamos cruzado la puerta. Todos los músculos de la parte superior de su cuerpo estaban en tensión y sus brazos cruzaban su pecho. La pose era perfecta, tan estudiada que empecé a dudar si no se habría dedicado profesionalmente. Acabó de quitárselos y los arrojó al suelo. Miré el montón de nuestra ropa mezclada en el suelo. En un acto reflejo apreté mis piernas cruzadas.

—Clara —pero mi atención estaba demasiado centrada en su anatomía. — Clara... —repitió mientras sonreía halagado con falsa humildad. Su espectáculo me había conmocionado.

—Sí, mi Amo.

—No volverás a cruzar las piernas en mi presencia. Te quiero siempre abierta para mí. ¿Has entendido? —descrucé las piernas inmediatamente, aunque no pude evitar dejarlas juntas y seguir ejerciendo la misma presión.

—Sí, mi Amo. Haré lo que tu quieras.

—Por supuesto —y sonrió satisfecho ante mi docilidad.

Apoyó sus manos en mis rodillas, separó mis piernas y se arrodilló en el hueco que quedó entre ellas. Acercó sus labios a mi pezón izquierdo y lo acarició, apenas llegaba a rozarlo, se endureció al momento y entonces lo atrapó. Llevé mis manos a su cabeza y enredé mis dedos entre su pelo. Le enganché con mis piernas aferrándome aun más a él. Estaba mojando sus pectorales y eso le puso más cachondo.

—Agárrate fuerte.

Sus manos me cogieron por las nalgas y se puso de pie, elevándome con él. Mi cuerpo sobresalía por encima del suyo, con mis pechos a la altura de su cara. Sin mirar, cruzó el cuarto de baño hasta llevarme a la ducha acristalada que ocupaba toda la pared. Me apoyó contra las frías baldosas, el helor en mi espalda fue como mil agujas clavándose al mismo tiempo. Intenté zafarme, pero me retuvo sujetándome con su torso pegado entre mis piernas mientras abría el agua, que empezó a llover caliente sobre nosotros.

Estaba a más de un metro sobre el suelo pataleando y retorciéndome, y aferrada a la pared por un solo punto de sujeción, su pecho, y aun así me sentía completamente segura. Mientras él quisiera yo seguiría ahí, no me cabía la más mínima duda. Confiaba plenamente en él. Ninguno de sus actos me permitía cuestionarle.

Bebía el agua que caía por mis pechos, y me adelanté para que entraran en su boca. Los enmarcó con sus manos, elevándolos. Hacía fuerza con sus labios para sorberlos. Los lamía, los mordía, los metía y sacaba de su boca.

Me dejó bajar, deslizándome lentamente entre su cuerpo y los azulejos a mi espalda hasta que quedé frente a él. Cogió el gel de ducha, frotó sus manos para hacer espuma y empezó a enjabonarme muy lentamente. Seguía apoyada contra la pared mientras pasaba por mis hombros y brazos, hasta que llegó a mis manos. Continuó su suave masaje por mi pecho, mi cadera, y por fin, mi sexo. Todo su cuerpo bajó a reconocerlo.

—¿Cera o láser? —su mueca de desaprobación me había despistado tanto, que tardé en entenderle.

—¿Cómo..? ¿¿Cera?? Pe...

—No recuerdo haberte dado permiso para preguntar —su tono era tajante.

—Perdón, mi Amo —no tenía sitio para arrodillarme ante él, su cuerpo me acorralaba.

—Responde.

—Láser, mi Amo.

—Muy bien. Deberías agradecer lo afortunada que eres, ya que tú tienes elección

No me lo había planteado. Debía llevar años pidiendo a sus sumisas que se depilaran para él, antes de que el láser fuera normal, y, conociéndole, seguro que todas se habían hecho la cera para él. No quería ni imaginarme cuanto podía llegar a doler. Tampoco sabía si yo sería capaz de sobrellevar tanto dolor por él y más cuando ni siquiera era él quien lo infligía, ni tan solo

lo presenciaba.

—Muchas gracias, mi Amo —tardé en contestar y mi voz tembló al hacerlo.

Sus manos bajaron por mis piernas y volvieron a subir, deteniéndose en mi culo. Cerré los ojos para prepararme; sabía perfectamente lo que iba a hacer. Su dedo me invadió directamente hasta el fondo. Gemí.

—Vaya, ya no gritas. Mañana te haré gritar por lo que has hecho. Quiero que me recuerdes tu falta. Te dejaré elegir el momento, pero yo decidiré el dilatador que eliminaremos —no hablaba en mi oreja sino en mi cuello, quería asegurarse de que sus palabras provocaban el efecto deseado en mi cuerpo y lo consiguió. Me estremecí.

—Sí, mi Amo.

—Y harás esto cada vez que te duches. Estarás siempre preparada para mí.

—¿Me das permiso para preguntar, mi Amo? —mi voz titubeó.

—No necesitas preguntar. Sabes exactamente lo que quiero y lo harás para mí, ¿verdad? —solo asentí.

- O -

Entré en su despacho completamente desnuda antes de empezar a vestirme tal como me había pedido. Había pasado las últimas tres horas encerrada en el cuarto de baño haciendo todos los rituales de belleza que conocía, y a los que no les había podido dedicar tiempo desde que estaba con él. Cuando le vi, tuve la sensación de que perdía el tiempo.

Sergio llevaba unos vaqueros grises y un suéter blanco con cuatro botones en el cuello. Después de un copioso y succulento brunch, se había vestido para ir a recoger el coche al centro. En nuestra borrachera, al menos habíamos sido lo bastante prudentes como para coger un taxi de vuelta a casa. Me hubiera gustado acompañarle pero necesitaba tiempo para mí.

Le había costado entenderlo, no estaba acostumbrado a convivir con una mujer, y era en estos pequeños detalles en los que se notaba. Tocó a la puerta del baño cuando regresó, pero no le dejé entrar, ya me había mortificado bastante la forma en que me había visto por la mañana como para dejarle que me viera con la cara cubierta de mascarilla.

No podía creer que se hubiera puesto a trabajar otra vez. Cuando levantó la mirada, hice un esfuerzo para no taparme con mis brazos. Se dio cuenta y

sonrió maliciosamente. Miró el reloj.

—Queda una hora y media para irnos. ¿Crees que te dará tiempo? —no le encontré la gracia a su ironía. Todavía tenía que vestirme, maquillarme y arreglarme el pelo.

—Seguro que no pasa nada si llegamos diez minutos tarde, mi Amo.

—Tómate el tiempo que necesites. Te daré cinco azotes por cada minuto que te retrases —cincuenta... una buena razón para ser puntual.

Se acercó a mí y pasó su mano por mi mejilla. Me inspeccionó detenidamente, creo que intentaba encontrar algún cambio.

—Eres preciosa. Y hueles muy bien —su mano siguió su camino por mi pelo, bajó y terminó en mi pezón derecho, que se endureció al momento. Lo recorrió en círculo y no puede evitar contener la respiración mientras lo hacía. —Hay algo que quiero que lleves esta noche. —Abrió el armario y sacó una bolsa de una tienda que reconocí. —Póntelo.

Miré dentro de la bolsa. Era un conjunto de lencería precioso. Un delicado corpiño de encaje blanco casi transparente que llegaba hasta la cintura. Se complementaba con un ligero muy fino del mismo color, unas medias muy claras y, lo que más me sorprendió, un tanguita a juego. Se lo enseñé extrañada y sonrió con intención.

—Esta noche lo necesitarás —no le entendí.

Se sentó en su sillón mientras me vestía, sin apartar sus ojos de mí. Me encantaba que me dedicara toda su atención, aunque no podía evitar sentirme cohibida. Empecé por el tanga, era minúsculo, pero no fue un problema. Las medias también fueron sencillas, solo deslizarlas por mis piernas, hasta llegar al muslo. Estaba estudiando el corpiño, intentaba desentrañar como encargarme de los cierres que tenía detrás, cuando me interrumpió.

—Ven. Quiero ver como te vistes más de cerca —¡perfecto!

—¿Me ayudas por favor, mi Amo?

Me coloqué el corpiño y me puse de espaldas a él. Me cogió de las caderas y tiró de mi cuerpo hacia atrás hasta que quedé sentada en su rodilla derecha. Apartó el pelo de mi espalda rozando mi piel y me obsequió con un dulce beso en mi cuello descubierto. Después empezó a cerrarlo desde abajo y sentí como se ceñía a mi cuerpo. Mientras abrochaba los últimos enganches, vi como mis pechos se iban juntando y subiendo. Lo había elegido a propósito para realzar el escote del vestido.

Me levanté de su pierna y centré el ligero en mis caderas. Me acerqué a

él para que enganchara los cierres a las medias pero se negó. Tenía que aprender a hacerlo sola.

Cogió mi pie izquierdo y lo acomodó entre sus piernas, justo en medio. Acariciaba mi tobillo con sus manos mientras yo hacía un intento fallido tras otro para trabar el primero. Empezaba a sospechar que me estaba desconcentrando a propósito. Casi me emocionó cuando conseguí cerrarlo, hasta que subió sus manos por mis piernas, cogió la cinta del cierre que quedaba por debajo, y sin apartar su mirada de mis ojos, lo prendió a la primera, haciendo más patente mi torpeza.

—Necesitas más práctica, preciosa. Sube la otra pierna.

Me observaba pacientemente, sin dejar de pasear sus dedos por mi tobillo derecho, durante los más de diez minutos que tardé en conseguirlo. Me separó de su cuerpo, solo la distancia de sus brazos estirados, sin soltarme. Sus ojos me recorrían, escrutándome. Me estaba poniendo histérica. Me dio la vuelta, sus manos se movieron por mis piernas para corregir la colocación del encaje de las medias y de las tiras del ligero. Empecé a sospechar que no había hecho tan buen trabajo como creía con el engarce de atrás pero no hizo ningún comentario.

Con un movimiento brusco me atrajo a él hasta que caí sobre el bulto que se marcaba en sus vaqueros. Su mano se deslizó entre mis piernas acariciando el triángulo de tela del tanguita que mis piernas cerradas dejaban al descubierto.

—Abre las piernas para mí. Tú puedes notar lo excitado que estoy yo. Es justo que yo haga lo mismo contigo.

Separé las piernas y sus dedos retiraron a un lado la diminuta pieza de ropa interior que me acababa de poner y que en pocos minutos me había encargado de humedecer. Me apretó a su cuerpo mientras me rozaba el hombro izquierdo con su nariz, apartándome el pelo. Me besó sobre la marca que me había hecho con sus dientes dos noches antes.

—Mi Amo, no me va a dar tiempo... —mi voz era débil, entrecortada por gemidos. Sus dedos, que resbalan erráticos, me estaban afectando más de lo que había contado. Su brazo izquierdo, que me retenía pasado por encima de mis pechos, me sujetó con más fuerza.

—Entonces tendré que azotarte antes de salir —su dedo entró en mí y cesé cualquier oposición. Me dejé caer sobre su torso. Levanté su camiseta, necesitaba sentir el roce de su piel en mi espalda. —Esta noche es muy

importante, quiero que recuerdes en todo momento que eres mía, que me perteneces... y que cualquier error que cometas lo castigaré, muy duramente.

—Mi Amo, te prometo...

—No necesito que me prometas nada. Sé que te comportarás exactamente como espero de ti.

—Sí, mi Amo.

—Ahora ve a vestirte. Y no te coloques el tanga, quiero que esté en la misma posición cuando te examine antes de salir de casa.

- O -

Bajé las escaleras despacio, no estaba acostumbrada a llevar tacones tan altos, pero Sergio los había elegido para mí. Estaba esperándome al pie de la escalera y no pude evitar abrir la boca cuando le vi. Nunca le había visto arreglado, y estaba sencillamente arrebatador vestido con el esmoquin. Su pelo oscuro caía despuntado hasta fundirse con la chaqueta y, de algún modo, resaltaba aun más sus ojos. Creo que era el primer hombre al que le quedaba bien la pajarita.

—No quería hacerte esperar, mi Amo —y la verdad es que había corrido literalmente por la habitación para conseguir arreglarme en el tiempo previsto.

Levantó la vista de la tablet y no la volvió a bajar. Su rostro era completamente serio, tanto que por un momento me asustó. Dejó el dispositivo encima de un sillón descuidadamente, y se quedó quieto, sin mover un solo músculo, sin pestañear, solo concentrado en mí, en cada paso que daba y que me acercaba más a él. Finalmente sonrió.

—Ha valido la pena —definitivamente tenía razón. Todos mis esfuerzos se habían visto recompensados con su reacción.

Llevaba el vestido rojo que me había regalado el día anterior. Tenía el escote en forma de corazón sin tirantes, el corpiño quedaba ajustado hasta la cintura, la falda se abría voluminosa y terminaba unos centímetros antes del suelo. Me había maquillado destacando mucho los ojos y finalmente me había decantado por el pelo ondulado en un medio recogido que caía por el lado izquierdo. No había tenido mucha elección, el maquillaje no era suficiente para tapar su marca.

—Muchas gracias, mi Amo. Estás muy... —me miró inquisitivamente —...sexy —la sonrisa que me devolvió solo sirvió para corroborar mi

afirmación.

—¿Sexy? —levantó una ceja. Se adelantó hacia mí y me esperó al final de la escalera.

—Definitivamente sexy, mi Amo. Entonces... ¿no hay azotes? —valía la pena tentar a la suerte. Me había retrasado cinco minutos y no era muy difícil hacer las cuentas.

—No, preciosa. No me arriesgaría a estropear esta obra de arte.

Dibujó un círculo con su mano en el aire y automáticamente di una vuelta sobre mí misma. Sonrió complacido. Volvió a mover sus dedos pero esta vez en un gesto rápido hacia arriba que entendí al momento. Me arremangué la falda, poniendo muchísimo cuidado en no arrugarla. Repitió el gesto, la quería más arriba.

Comprobó con satisfacción que el tanga seguía tal y como lo había dejado. Metió su mano derecha en su bolsillo pero no fui capaz de ver lo que sacaba. Con la izquierda alzó mi barbilla, obligándome a mirarle a los ojos. Me asustaba como amarraba mi mirada, atrapándola de forma que no la podía soltar, casi ni parpadear. No era que no pudiera dejar de mirarle, es que era lo último que quería. Tampoco podía discernir si lo que no podía consentir era dejar verle, o que él pudiera retirar sus ojos de mí. No hubiera sabido explicarlo.

Me acarició la mejilla suavemente mientras su mano derecha insertaba con muchísimo cuidado algo duro, aunque no muy grande, en mi vagina. El contraste de sensaciones me dio un escalofrío mientras seguía hipnotizada por sus ojos. Utilizó el tanguita para asegurarlo, y me besó profundamente mientras sentía en mis piernas el aire de mi falda al caer. Mi clítoris empezó a vibrar y me devolvió a la realidad. La sensación tan intensa que acababa de experimentar me abrumó.

—Sabes lo que es, ¿verdad? —una imagen nítida apareció al momento en mi cabeza.

—Si, mi Amo.

Me acababa de colocar el pequeño vibrador rosa en forma de U con el que había estado jugando unos días antes. Abrió mi mano y apoyó su puño cerrado en mi palma. Vibraba con la misma intensidad exacta que la parte que tenía entre mis piernas. Lo abrió y me enseñó la pieza redonda que no había llegado a usar el otro día. Tenía un lado del mismo tono de rosa con unos relieves y el otro plateado. Estaban conectadas de algún modo.

—Este es el mando a distancia —la pasó por la parte superior de mi espalda, entre los omóplatos. —Con esto puedo saber lo que estás sintiendo en todo momento —lo recuperó y lo devolvió al bolsillo de su pantalón. —No te muevas.

Se alejó de mí, había ido al comedor a coger su móvil. La vibración disminuyó así como se separaba de mí, volviendo a acelerarse cuando regresó a mi lado.

—Supongo que esto te ayudará a tenerme localizado.

XV

—Sergio García

—Bienvenido Sr García —dijo después de comprobar el nombre en un pequeño ordenador portátil. —Por favor, sígame —desenganchó el ancho cordón trenzado de seguridad de color rojo para permitirnos el paso por la alfombra cubierta y ponernos a resguardo de la lluvia que había comenzado a caer incesantemente.

Dos hombres enormes con un traje chaqueta completamente negro abrieron las puertas que daban acceso a la sala. Cogió mi mano y me llevó dentro con él. La fiesta nos envolvió: color, luz, ruido, música. Una joven vestida de negro se acercó solícita a recoger nuestros abrigos. Sergio le tendió los dos juntos después de ayudarme con la capa.

A nuestros pies, unos diez escalones por debajo de nosotros, una gran pista repleta de gente que rondaría nuestra edad vestida de etiqueta se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Solo unos pocos bailaban, la mayoría charlaba amigablemente en grupos. El local debía ser enorme. Por doquier, camareros de uniforme negro se movían diligentemente entre los grupitos portando bandejas repletas de pequeñas porciones de comida o copas de bebidas variadas. No sabía por qué me estaba poniendo nerviosa. Por lo menos, el artilugio estaba apagado... todavía.

Atravesamos la sala, y no pude evitar reparar en las reacciones de un grupo de chicas cuando Sergio se cruzó en su camino. Las miradas, las sonrisitas, los guiños... era como estar de vuelta en el instituto, solo que había cambiado a las adolescentes por treintañeras. Por fin, llegamos al otro extremo donde había una escalera muy bien custodiada.

—¿No nos quedamos aquí, mi Amo? —me acerqué a su oído para hablarle. Tuve que cerrar los ojos cuando la vibración se metió en mi cuerpo, atravesándolo.

—Si puedes llamarme Amo, también puedes pedir permiso para hacer preguntas.

—Lo siento —esta vez mantuve la distancia. Con lo que estaba aconteciendo ahora mismo debajo de mi falda, no me parecía muy prudente arrimarme demasiado.

—Ahora hazlo bien —me pegó a su cuerpo y puso su oreja en mis labios. Aunque estaba a muy poca intensidad, era muy confuso tener esa sensación en público, con una fiesta a mi alrededor.

—¿Me das permiso para preguntar, mi Amo? —asintió. —¿No nos quedamos aquí, mi Amo?

—No preciosa, nosotros vamos arriba —la forma en que lo dijo me dejó muy claro que era algún tipo de distinción. —No quiero que vuelvas a llamarme Amo esta noche, excepto cuando me hables por primera vez a la entrada del año. ¿Queda claro?

—Sí —lo paró, y sentí todo mi cuerpo relajarse, aunque no había sido consciente de estar en tensión.

De repente, mientras estábamos subiendo por la escalera después de pasar un segundo cordón de seguridad, una rubia guapísima se echó a los brazos de Sergio. Estaba claro que no me había visto ya que yo iba detrás de él. O tal vez sí. Pasó el brazo alrededor de su cuello y le dio un beso, justo al borde de la comisura.

—¡Sergio! ¡No puedo creer que hayas venido! Había oído que estabas en Dublín. ¡Me alegro muchísimo de verte! ¿Cómo va todo? —su voz era chillona, sobreexcitada, realmente estaba contenta de verle, demasiado.

—Hola Sophie. ¿Cómo estás? —tiró de mi mano hasta ponerme a su altura. —Esta es mi novia, Clara. —¿¡novia!?! Casi se me cae la mandíbula al suelo... hasta que caí en la cuenta. ¡Qué tonta! Así que esa era la forma en que presentaba a sus sumisas en público. —Sophie es una compañera, hemos trabajado juntos en muchas ocasiones —sí, eso estaba claro.

Apenas me miró y volvió a dirigirse a Sergio con una sonrisa de complicidad. Se llevó la mano a la nuca en un ademán muy sensual que parecía tener perfectamente ensayado. Su piel pálida como la nieve casi resplandecía. Llevaba el pelo en un recogido muy sofisticado, no podía ni imaginar cuantas horas de peluquería habría necesitado y que contrastaba con la sencillez del vestido negro muy ajustado hasta los pies. Y, por supuesto, unos tacones de vértigo. Ahora me alegraba de estar yo también a diez centímetros sobre el suelo.

—¿Novia? —su mano estaba en su brazo. —Guau. Felicidades, Sergio —

vaya, una actuación de Oscar. —Es muy guapa —era tan irónico que lo dijera mientras me ninguneaba.

—Gracias, Sophie.

Bajó la cabeza en un gesto de despedida, pero ella no estaba dispuesta a dejarle marchar tan rápido. Movi6 su mano por su brazo hasta llegar a su hombro y empezó a hablar en alemán. No sabía cual era el tema de conversaci6n pero a juzgar por la forma en que se contoneaba, riéndose y acercándose a él, debía ser muy divertido. Y no soltaba su brazo. Sergio también hablaba con ella animadamente.

Estaba fuera de lugar y no era una sensaci6n mía. Esa venus, que seguía toqueteando su brazo, estaba intentando seducirle y era evidente que no le importaba lo más mínimo que yo estuviera presente. Es más, estaba convencida de que en el breve instante en que sus ojos se habían posado en mí, se había dado cuenta de que yo no era competencia para ella. Y no lo era. Hasta yo tenía que admitir que ella parecía mucho más apropiada para un chico con el aspecto físico de Sergio.

—Luego hablamos, Sophie —la cortó educadamente.

—Sí, claro. Luego nos ponemos al día —y se despidió con un guiño rápido.

Apenas habíamos subido un par de escalones más cuando un traqueteo intenso y rápido como un torbellino, me dejó temblando, incluso cuando ya había terminado. Me recompuse y busqué por si alguien lo había visto. Nadie. Ningún testigo. Solo mi Amo.

—Solo quería recordarte quien está conmigo esta noche —estupendo, se había dado cuenta de que estaba celosa y ni siquiera había abierto la boca.

—Ya. Por lo visto ella ya tuvo la suya, pero parece que vuelve a por más.

—Sabes que no te consiento que me demuestres tus celos —su voz era tan templada, que bien podría haber estado hablando de qué íbamos a cenar mañana.

—¿Aunque te guste? —paseé mi mano arriba y abajo por su brazo imitándola. Sonrió y miró a su alrededor.

—No me provoques. Llevas todas las de perder —se estaba divirtiendo con sus amenazas y eso me confirmaba mis sospechas: le encantaba haberme puesto celosa. Me preparé por si volvía a presionar el mando, pero no lo hizo.

Me ofreció una de las dos copas de champagne rosado que acababa de coger de la bandeja de un camarero que se acercó presto a recibirnos al final

de la escalera. Era exquisito, y podía intuir que no tenía nada que ver con las bebidas que estaban sirviendo abajo.

De hecho, la diferencia de ambientes entre los dos pisos era meridiana, y no radicaba solo en la calidad de las bebidas, los aperitivos o la proporción de camareros por persona; era una solemnidad que se podía percibir a simple vista. La edad media en este piso era superior a la de abajo, más cerca de los cincuenta que de los cuarenta, y eso solo podía significar una cosa: era la parte de la ejecutiva.

Pero ¿por qué estábamos en este lado de la fiesta? Todas las sospechas que había tenido en los días anteriores, un montón de pensamientos inconexos, tomaron forma en un momento: el traslado de país avisando con un solo día de antelación, la casa pagada por la empresa, la secretaria, la despreocupación con la que se gastaba el dinero.

—Sergio, exactamente... ¿cuál es tu trabajo?

—Ya te lo dije. Me encargo de... —pero no pudo seguir.

—¡Sergio! Me alegro de que hayas podido venir. —Un hombre de unos cincuenta años largos se acercó con los brazos abiertos hasta que se fundió en un largo abrazo. —Recuerdas a mi esposa, Bernie, ¿verdad?

—Por supuesto. Encantado de verla de nuevo Sra. Fitzgerald. Está usted estupenda como siempre —había que reconocer que tenía un don para agasajar. Lo hacía con tanta naturalidad que era imposible dudar de él, o percibir falsedad en sus palabras.

—Oh, por favor, llámame Bernie. Veo que la vida te trata bien. ¿Quién es tu encantadora acompañante?

—Por favor, permítanme presentarles a mi novia, Clara Vila. Seamus, el gran jefe de Dublín —que negó con la mano y la cabeza al mismo tiempo para quitarle importancia, aunque estaba encantado —y su mujer, la señora Fitzgerald, mis disculpas, —le dedicó una sonrisa halagadora y corrigió — Bernie.

No dejaba de fascinarme la forma en que se desenvolvía en cualquier situación. Era evidente que disfrutaba. Llevaba las riendas de la conversación en todo momento y los tenía comiendo en su mano. Nadie parecía inmune al magnetismo que desprendía. Sergio era lo que mi madre calificaba como un encantador de serpientes. Y de los buenos, ni siquiera ella le había calado.

—Encantada de conocerles.

—El placer es mío, querida. Déjame decirte que ese vestido que llevas es

sencillamente espléndido —y tan pronto como los hombres empezaron a hablar, se giró e inició un sutil interrogatorio perfectamente estructurado sobre mi vida y milagros con su estilo educado y cortés.

Me preguntó cómo nos habíamos conocido, y le encantó. De hecho, la forma en que ella lo reescribió era hasta romántico. La historia de dos adolescentes que se conocen en el instituto y se reencuentran años después cuando están de vacaciones en su ciudad natal. Me dio pena corregirla.

—Bueno, estoy segura de que más de una estará decepcionada esta noche. Sergio tiene muchas admiradoras —por fin se había acabado el interrogatorio. —Mi marido siempre dice que es brillante. —Brillante... me pareció que esa palabra le describía a la perfección, en todos los sentidos. —Seamus le tiene mucho aprecio, sé que estuvo intentando atraerle a la sucursal de Dublín cuando decidió volver a Europa, y por un tiempo estuvo a punto de venir, pero finalmente...

Por un segundo un pensamiento absurdo cruzó mi cabeza. Si hubiera aceptado, podríamos habernos encontrado antes.

Desde su conversación, a la que ya se habían unido un par de personas más, Sergio me lanzaba de vez en cuando una sonrisa burlona cuando nadie más podía verle. Creí que se estaba tomando la revancha por la vez que vino a mi casa.

Sin embargo, tardé poco en darme cuenta de que me había dejado con la anfitriona perfecta. Bernie era encantadora, y realmente apreciaba a Sergio. Me acogió a su lado, prácticamente me adoptó, me presentó a todo el mundo y, como buena irlandesa, se encargó de que no me faltara una copa en la mano.

—Si me disculpan, damas —no necesité ningún temblor para sentir su presencia a mi espalda. —¿Puedo robarles a mi pareja un momento? —respondió un coro de risitas tontas más propio de colegialas que de las respetables señoras de mediana edad que eran.

Apenas nos separamos unos metros cuando, ahora sí, la vibración me desequilibró de mis tacones y me obligó a aferrarme a su cintura. Cogió la copa de mi mano y le dio un sorbo. Me separó solo un palmo de él, privándome del cobijo de su cuerpo. Tenía que mantenerme en pie sola, y con su mano levantó mi cara para obligarme a mirarle.

—Es la tercera —¿me había estado controlando lo que bebía? Iba a rebatirle pero no me dejó. —Alcohol y trabajo no hacen buena mezcla, y esto, aunque no lo parezca, es trabajo —su tono, hasta ese momento tajante, cambió

radicalmente. Comenzó a hablar sugerente, provocándome —Además te conviene estar lúcida. No querrás perder el control, ¿verdad? Podrías montar un buen espectáculo —no, eso era lo último que quería.

Volvió a beber de mi copa, pero yo estaba más atenta a su otra mano, la que se deslizaba por el bolsillo derecho de sus pantalones. Intenté prepararme para lo que vendría a continuación aunque esta vez la sensación fue dulce, tal vez porque lo estaba esperando.

—Quiero que hagas dos cosas por mí: bebe lo justo para pasar desapercibida. Son irlandesas, si intentas seguirles el ritmo te tumbarán.

—¿Y la segunda?

—Come, quiero verte comer cada vez que te mire. Es la única opción que tienes.

- O -

Aunque intentaba disimularlo, toda mi atención en ese momento estaba en la conversación que tenía lugar a unos diez metros. Sophie se había acercado a Sergio mientras esperaba para pedir una copa en la barra y parecían muy entretenidos. Una cosa más que añadir a mi lista de agravios de la noche, junto con su restricción al alcohol que podía beber, y el hecho de que había estado con él un total de diez minutos en toda la noche.

Los tacones me estaban matando. Miré a la barra deseando ver a mi caballero andante viniendo a mi rescate. Sin embargo, por lo que vi, eso no iba a ocurrir en un futuro cercano. Él y su brillante armadura seguían más pendientes de su conversación con Sophie que de pedir la maldita copa.

Por fin, Sergio avanzaba hacia mí, y todo mi cuerpo reaccionaba a su cercanía, descontrolándose así como subía la intensidad.

—Está bien, pregunta.

No había abierto la boca pero estaba claro que mis celos eran evidentes. Sin embargo, me negaba en rotundo a darle esa satisfacción.

—Sergio, ¿por qué todo el mundo se sorprende cuando me presentas como tu novia? —se estaba riendo. ¡Objetivo cumplido! Su mirada era enigmática, estaba sopesando sus opciones, y cuando creía que no me iba a responder...

—Será porque eres la primera a la que presento así.

—¿Cómo presentabas a... tus acompañantes?

—Por favor, permítame presentarle a mi buena amiga... —tenía gracia

imitándose a sí mismo.

—¿Por qué?

—No quiero que nadie se confunda... ni tú tampoco. Sabes lo que eres, ¿verdad?

—Sí, mi... —por suerte me di cuenta a tiempo de rectificar mi error — Amor.

—¿Todavía piensas que me la he tirado? —me había pescado mirando a Sophie, que ahora hablaba con otro de los altos cargos de la sucursal de Dublín, el Sr Browne. Le miré incrédula y sus ojos brillaron. —Debería dejarte así toda la noche.

—¿Me estás diciendo que nunca has hecho nada con ella?

—No tienes muy buena memoria, ¿verdad? —no sabía a qué se refería. — Nunca con compañeras de trabajo —joder, había tenido la respuesta toda la noche, me la había dado días antes, y aun así, había caído en la trampa. — Además, ya deberías saber que no es mi tipo.

—Pero si es guapísima —se rio ante la convicción que había puesto en la defensa de mi enemiga.

—Yo elijo con quien estoy. A mí no me eligen. Y mi tipo no son las chicas que se tiran a mis brazos y me dicen lo que me van a hacer si voy con ellas a su habitación. Tú deberías saber cuál es mi tipo.

Había estado jugando conmigo toda la noche. Probablemente, muchos chicos habrían caído rendidos ante la perspectiva de ser el juguete sexual de Sophie por una noche, pero Sergio no. Para él eso no tenía ningún incentivo. Era un cazador, él escogía su presa y decidía como quería tenerla.

—¿Te ha invitado a su habitación? —ignoró mi pregunta.

—No lo olvides —aunque no sabía a cuál de todas las cosas que me había revelado en nuestra corta conversación se refería. O a todas.

- O -

—Ven conmigo —me ofreció su brazo.

Quedaban cinco minutos para la medianoche. Bajamos por la escalinata y nos adentramos en una fiesta completamente diferente. No tenía nada que ver con la atmósfera tranquila y solemne que se respiraba arriba. Aquí se lo estaban pasando bien. El alcohol corría a raudales y muchos estaban dándolo todo en la pista.

Estábamos cruzando la sala, que estaba abarrotada. Sergio abría camino, yo solo miraba a la gente divertirse a nuestro alrededor, y me dejaba llevar por la dirección que su brazo me marcaba. Me fijé en un grupo de chicos que, para regocijo de las chicas que les rodeaban, estaban empezando a deshacerse de su ropa: corbatas, chaquetas, camisas; al menos todos mantenían sus pantalones, todavía.

De pronto, choqué contra un muro, Sergio se había parado, habíamos llegado al centro de la pista. Dirigió su vista a los chicos que me habían distraído, y me miró con una media sonrisa. Su cara no me daba ningún indicio sobre lo que estaba pensando.

—¿Te gusta lo que ves? —le miré.

—Ahora sí —su sonrisa se abrió hasta cubrir todo su rostro. Estaba arrebatador.

La música dejó de sonar, se hizo un silencio y las luces bajaron, a la vez que se encendían focos azules y violetas. Muchos empezaron a moverse nerviosos buscando a su grupo de amigos, para estar con ellos cuando cambiara el año. Un empujón rápido me desestabilizó de mis tacones, pero sus manos firmes en mi cintura me llevaron hasta él, convirtiéndose en mi punto de equilibrio. Justo en ese momento, empezó la cuenta atrás.

DIEZ

—Apóyate en mí.

NUEVE

Dejé mi peso descansar sobre su cuerpo.

OCHO

Sus brazos me anclaron.

SIETE

Me relajé y me abstraí al ritmo de la suave sensación que estaba teniendo lugar entre mis piernas.

SEIS

Era tan agradable...

CINCO

—Cierra los ojos.

CUATRO

Le miré por última vez ese año.

TRES

—Concéntrate.

DOS

—Pide un deseo.

UNO

No tuve que pensarlo. Tenía muy claro lo que quería pedir. Cerré los ojos, me concentré y visualicé mi deseo. Cuando los volví a abrir, su silueta estaba envuelta por una lluvia de confeti dorado que caía del cielo como resplandecientes monedas etéreas, haciendo que su pelo destellara con sus reflejos.

—Feliz año nuevo, mi Amo.

—Feliz año nuevo, Clara.

Su lengua me invadió al mismo tiempo que la vibración se disparó. Había aumentado la potencia de golpe. No sabía cuánto, pero me temía que todavía no había llegado al límite. Acarició mi nuca y colocó mi cara escondiéndola en su cuello. Empezó a hablarme en el oído, aunque sus susurros graves retumbaban en todo mi cuerpo.

—Esto es lo primero que quiero que hagas este año. Quiero que te corras en mis brazos, aquí y ahora —lo siguió subiendo hasta llegar al máximo.

Una burbuja nos envolvió, intensificando todo lo que percibían mis sentidos: su olor, sus dedos acariciando mi cuello, su respiración ronroneando en mi oído, su sabor. Todo lo que quedaba fuera era solo un confuso murmullo lejano e indistinguible.

Su cuerpo me mecía despacio, simulando un baile que yo no me molestaba en seguir. Me dejé llevar por aquella vibración que me quemaba, que me portaba justo hasta el límite pero sin dejarme llegar al otro lado. Su mano me cubrió los ojos, privándome de la poca luz que atravesaba mis párpados.

—Clara, concéntrate. Hazlo ahora, para mí.

Mis pensamientos se centraron en él, en complacerle. Su cara apareció en la oscuridad tal como la había visto segundos antes, brillando rodeada de un mar de purpurina dorada, mirándome con deseo. Bajé por su cuerpo, podía sentir sus abdominales debajo de la ropa, aunque en mi cabeza nada se interponía entre mi mano y su piel. Me sobresaltó cuando atrapó mis manos contra su pecho para que no siguiera bajando. Había perdido consciencia de donde estábamos.

Todos mis esfuerzos eran en vano, me encontraba en la linde de una frontera imaginaria que no alcanzaba a cruzar. Mi respiración era cada vez más jadeante, aquella vibración me estaba empezando a atormentar,

convirtiendo el placer en una tortura, que se acrecentaba tal como iba tomando consciencia de que no le podría obedecer.

—Sergio... —no me hizo falta seguir hablando.

Lo paró y la sensación que me sobrecogió fue mucho peor. Era un dolor intenso, un dolor que nunca había sentido. Era un dolor de necesidad, de excitación, que arrancaba en mi vientre. Era diferente a nada de lo que hubiera padecido anteriormente. Era vacío.

—Tranquila. Te sacaré de aquí.

Me llevó prácticamente en volandas hasta el final de la multitud, pidió los abrigo y atravesamos la puerta que daba a la calle. El aire frío azotó mi cara, y aunque me despejó, no consiguió que me sintiera mejor. Solo había una cosa que podía conseguirlo, y la tenía enfrente de mí.

—Sergio, te necesito, por favor —le imploré en voz muy baja.

—Lo sé, pero tengo que encontrar un sitio —su tono comprensivo me reconfortaba. —Esto está lleno.

Estábamos en nochevieja en el centro de la ciudad. Probablemente la peor combinación de momento y lugar para buscar intimidad. Las calles estaban atestadas de gente celebrando, cantando y gritando. Empezó a andar, buscando en las callecitas aledañas un lugar oculto, pero todas estaban ocupadas con parejas que habían bebido demasiado dando rienda suelta a sus impulsos, o simplemente borrachos saciando otras necesidades.

Me eché sobre él en siguiente callejón mal iluminado por el que pasamos. Ya no me importaba nada, absolutamente todo lo demás me traía sin cuidado. Ni quien estuviera, ni quien pudiera vernos. Su falta me dolía demasiado.

—No voy a hacértelo aquí. Tú no... —se quedó mirando mis ojos suplicantes mientras intentaba transmitirle mi desesperación. —Sígueme.

- O -

—Clara, mírame. ¿Sabes qué tipo de local es éste? —asentí con la cabeza. —¿Prefieres que nos vayamos? —negué. —¿Estás nerviosa? —no me hizo falta contestar, mi respiración lo hizo por mí. —No voy a dejar que nadie te vea, ni te oiga —el reverso de su mano acarició la piel descubierta de mi espalda de hombro a hombro. —Me perteneces —me arrancó un escalofrío, le deseaba demasiado.

Después de casi arrastrarme por cuatro manzanas, se había detenido

delante de una entrada negra y dorada. Había pasado cientos de veces por delante de esas puertas y siempre había imaginado que era un club de alterne. Me miró, aun no estaba completamente seguro de sí debía seguir adelante. La expresión de mi cara terminó de convencerle.

Cruzamos el portón y Sergio enseñó una tarjeta negra al portero que se apresuró a abrirle la segunda puerta. En cuanto entramos, me quedó claro el tipo de sitio que era. No imaginaba que hubiera un club que se dedicara a esto en el corazón de la ciudad. Sin embargo, casi no lo pude ver. Antes de tirar de mi mano para que entrara detrás de él, me había susurrado al oído: "Mira al suelo. Eres mía."

Bajé la cabeza al instante y recorrí el espacio viendo solo los pies de la gente que dejábamos atrás. Cualquier atisbo de duda que me pudiera quedar sobre la naturaleza del local quedó despejada con los trozos de conversaciones que captaba a mi paso a través de "Ordinary Love" de U2.

Me detuvo con las dos manos en mis brazos, le oí moverse y el ruido de una cortina cerrándose a mi espalda. Me pareció que habíamos entrado en una especie de reservado, aunque no podía estar segura. Mi vista había permanecido clavada en un suelo de baldosas negras tan pulido que me devolvía mi propio reflejo difuminado, hasta que me había empezado a hablar.

—Mi Amo, ¿me das permiso para preguntar?

—Dime, preciosa.

—¿Esto es una mazmorra, mi Amo? —miré a mi alrededor con curiosidad.

Estábamos en un cubículo circular. Delante de mí había un gran sofá de raso granate con ribetes dorados, muy rococó, que se ajustaba a la pared redondeada. Era el único mueble de la estancia, cerrada por una cortina de terciopelo negro a mi espalda.

—No, pero podemos bajar a una si lo prefieres —negué con la cabeza muy rápido y pude oírle reírse.

—No, gracias. ¿De qué conoces este sitio, mi Amo?

—Ya te dije que no es la primera vez que estoy en Dublín —me giré siguiendo sus ojos.

—Pensaba que no habías tenido tiempo para hacer turismo, mi Amo —la expresión de su cara me dejó claro que ésta era precisamente la razón.

—Eso no es una pregunta —su tono había dejado de ser apacible, para volverse autoritario. Se había acabado el recreo, y lo agradecía.

—Lo siento, mi Amo.

Se quitó la americana y de un bolsillo interior sacó el pequeño tubo que ya conocía.

—¿Tenías esto planeado, mi Amo? —me volvió a poner de espaldas a él bruscamente.

—No puedo dejar nada al azar contigo, preciosa —su susurro roto en mi pelo, combinado con la premeditación que me demostraban sus actos, me puso más caliente.

—Apoya las manos en el asiento.

Siguiendo sus órdenes, flexioné mi espalda hacia delante hasta situar mis manos en el respaldo del sofá que tenía enfrente. Subió la falda lentamente hasta mis muslos sin llegar a descubrirme del todo. Sentí su mano apartando mi tanga a tuestas y sacando su juguete de mi interior. Perdí el equilibrio, no llegaba a hacerme con los tacones. Su brazo izquierdo rodeó mi cintura con fuerza. Ansiaba que entrara dentro de mí, en ese mismo instante, en esa misma postura.

—Parece que me has echado de menos.

Sus dedos diligentes volvieron para entrar en mí, estaban esparciendo el gel espermicida, siguiendo el mismo ritual que precedía cada una de sus penetraciones. Al principio, me sosegaron un poco, pero pronto se quedaron cortos. Necesitaba más.

—Te necesito, mi Amo.

Mi cuerpo empezó a balancearse, echándome poco a poco hacia atrás hasta encontrarme con el suyo. Su brazo firme me frenó en seco contra él. Su mano continuaba su trabajo con absoluta dedicación, hasta que se enredó con la minúscula pieza de ropa interior. No estaba acostumbrado a encontrar nada que le entorpeciera el paso. Lo estiró hasta arrancarlo. Era lo último que necesitaba para acabar de volverme loca. Grité dejándome llevar por el entusiasmo.

—No —su mano aun con mi tanga tardó medio segundo en tapar mi boca y levantar mi cuerpo hasta pegarlo completamente al suyo. —No harás ningún ruido o te sacaré de aquí ahora mismo. ¿Está claro? —Moví la cabeza afirmativamente. Todo mi cuerpo se agitaba bajo sus brazos, que me apretaban controlándome. —Tranquila —su voz ahora era apenas un susurro que se perdía en mi oído. —Yo me encargaré de todo. Yo te daré lo que necesitas.

Me soltó despacio y me quedé muy quieta. Me rodeó, observándome mientras guardaba los restos de mi ropa interior en su bolsillo, y se sentó en el

sofá delante de mí. El pelo le caía sobre los ojos, oscureciendo su mirada. Se desató la pajarita y la dejó colgando del cuello de la camisa.

Casi no podía reprimirme, quería echarme sobre él, hacerle saber que no necesitaba seguir excitándome, pero su amenaza había hecho mella en mí. Después empezó a desabrocharse los botones. No llegó a quitársela, solo la abrió, descubriendo su pecho de arriba a abajo. Mi espectáculo privado.

—Ven. Siéntate sobre mí —estiró el brazo para ofrecerme su mano.

Me levanté la falda y me senté a horcajadas sobre él poniendo una rodilla a cada lado de sus piernas. Me ayudó a coger la posición hasta que se aseguró de que estaba cómoda y colocó la falda de forma que ocultaba por completo mis piernas. Solo en ese momento, abrió su bragueta.

Me atrajo hacia él suavemente hasta que me topé con su verga, alzándose entre sus piernas, fuerte, dura. No podía verla; no me hacía falta para tener su imagen en mi cabeza, apetecible y deliciosa.

—Hazlo tú. Quiero que tú la metas dentro de ti. Puedes hacerlo como lo necesites.

Me elevé sobre mis rodillas hasta situarme encima de la punta y la coloqué en la entrada de mi vagina. La sentía caliente y húmeda, lubricándome, rozándome, deseando entrar. Me dejé caer.

Su mano se anticipó, apresurándose a mi boca antes de que saliera ningún ruido. Al mismo tiempo, su cabeza se echó hacia atrás con los ojos entrecerrados.

—Despacio. Ten cuidado. No te hagas daño. Ese es mi trabajo, preciosa.

No había entrado del todo. La gruesa base, en mis labios, todavía luchaba por introducirse, abriéndome lentamente. La sentía cimbrear dentro de mí, mientras la succionaba poco a poco, milímetro a milímetro. Le necesitaba tanto dentro, que incluso apreciaba el dulce dolor que su presión ejercía en mí.

—Mi Amo, te deseo —mi voz escapaba entre jadeos. —Me muerdo por tenerte dentro de mí, completamente.

—¡Dios, Clara! —sus manos se perdieron por debajo del vestido, pasando por debajo de mis piernas. Había tomado el control. —Me tendrás, preciosa.

Su dedo pulgar jugaba como solo él me había demostrado que sabía hacerlo sobre mi clítoris. Sus brazos me levantaron ligeramente y me movieron para que me apoyara en su torso.

—Muérdeme si es necesario, pero no grites.

Su orden me acabó de encender. Hundí la cabeza en su pecho y dejé que

me tomara hasta el fondo. Sofoqué mi grito hincando mis dientes en su pezón y pude oír el suyo. En esa posición le sentía tan profundo, que el dolor complementaba al placer. En ese instante, sentí que no podría aguantarlo ni un segundo más, llevaba demasiado tiempo a punto.

—Mi Amo, ¿me das permiso...

—Sí, dámelo.

Sus caderas tomaron el control, moviendo todo mi cuerpo con ellas. Subió su mano a mi cabeza y me hizo esconderla en su cuello. Estallé y todos los sonidos de mi orgasmo contenidos pasaron directamente de mi boca a su oreja.

—Joder, Clara. Me vuelves loco —la intensidad de sus palabras me impactó, haciendo que mi orgasmo se multiplicara.

—Por favor, mi Amo. Córrete dentro de mí.

—Solo deseo tu coño —mi vagina se contraía una y otra vez sobre su polla —Siempre. Húmedo y prieto —no podía parar. Escuchar sus susurros graves en mi pecho me excitaba aun más. —Nada más.

—Sergio... —y le sentí caliente en mi interior, le estaba exprimiendo con mis convulsiones.

Subí hasta alcanzar su boca y posé mis labios sobre los suyos, sin moverlos. Sus dos manos aguantaron mi cara, su lengua abrió mi boca y penetró hasta el fondo. Sus manos dirigían mi cabeza ladeándola, colocándola para meterla aún más. Me devoraba con ansia mientras se corría dentro de mí. Cuando me soltó, me derrumbé en él, extasiada.

- O -

—Preciosa, vas a tener que recomponerte. Si no pensarán que has estado llorando.

Me pasaba los dedos dulcemente por debajo de los ojos. Tardé un momento en entender lo que trataba de hacer. Probablemente, todo el maquillaje que había invertido para mi look smokey eyes, ahora se habría corrido formando dos preciosas manchas negras bajo los ojos.

—Tenemos que volver a la fiesta.

—¿Ahora, mi Amo? —la decepción era patente en mi voz.

—Lo sé —su tono comprensivo siempre conseguía deshacerme. —Pero no nos hemos despedido. Teníamos prisa, ¿recuerdas? —Asentí sin ganas. Sus dedos bajaron hasta acariciar mis mejillas. —Estás cansada. Puedo dejarte en

casa y volver solo.

—No, mi Amo.

La simple idea me llenó de energía. Habíamos llegado juntos a la fiesta y todos nos verían irnos juntos.

EPÍLOGO (XIII)

Subía tambaleándome por las escaleras, zapatos en mano. No recordaba a cuántos pubs habíamos ido, o cuántas copas habíamos tomado; el maridaje de vino de la comida, casi una botella de Bourbon en el Café En Seine y los cubatas en todos los sitios donde habíamos entrado. Desafortunadamente, ya sospechaba que tampoco me acordaría de esto al día siguiente.

Sergio me seguía, aunque no estaba segura de si lo hacía porque no confiaba en mi equilibrio o para disfrutar del espectáculo. Contra todo pronóstico, llegué hasta el sofá sin caerme. Se acercó y me ofreció el gran vaso de agua que llevaba en la mano antes de sentarse. Él también estaba borracho, aunque yo le ganaba por goleada. Y tal vez por eso, reuní el valor para hacerle la pregunta que me rondaba la cabeza desde que le conocí.

—¿Por qué yo?

—¿Cómo? —achinó los ojos en un gesto sexy de no tener ni idea de qué le estaba hablando.

—¿Por qué estás conmigo? Podrías estar con cualquier chica y lo sabes —había bebido demasiado, lo suficiente como para tirar piedras contra mi propio tejado.

—Ummm. ¿Eso crees? —me estaba provocando y, en mi estado, iba a caer en todas sus trampas.

—Lo sé, mi Amo —me sentó sobre sus piernas.

—Estoy contigo —sopló en mi cuello y pude contener un suspiro. Le oí reírse, lo que no podía controlar era la reacción de mi piel que erizó al instante.

—¿Por qué ese interés por mí de repente? —su mano rozaba suavemente mi brazo, intensificando mi piel de gallina con el cosquilleo que sus dedos me producían.

—¿De repente? ¿De verdad piensas que ha sido de repente? —la vehemencia de sus palabras contrastaba con la tranquilidad de sus caricias. —
¿Después de todo lo que te he dicho hoy?

—¿Lo que me has dicho? —estaba demasiado borracha para recopilar, o para tener esta conversación con coherencia; pero él también y eso le estaba soltando la lengua.

—Clara, siempre has sido tú. Desde que te vi. Desde que me miraste —negué con la cabeza, totalmente perdida. —Joder. En el instituto. No podía... —intentaba seguirle pero su discurso era demasiado inconexo. —¿Te crees que no te veía liándote con esos gilipollas con los que te besabas cada sábado?

—Mi Amo, no lo entiendo.

—¿No? Todos los sábados hacías lo mismo, salías a emborracharte, elegías al chico más capullo del bar, dejabas que se te acercara para liarte con él hasta que tenías que pararle los pies.

—¿Y tú como lo sabes? —me dedicó una mirada maliciosa que me hizo bajar la mía.

—Porque cada noche que hacías eso, yo tenía que buscar a alguien con quien consolarme... para hacer lo que quería hacer contigo —sus dedos bajaron desde mi cuello y empezaron a jugar con el primer botón de mi blusa en mi escote.

—Pero...

—Después —retomó el habla y guardé silencio, estaba completamente perdida —cuando volví de Inglaterra, estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta por tenerte. Cuando me enteré de que tenías novio, iba a hacer que le dejaras, estuve a punto de meterme en medio... pero le conocí. Era tan buena persona y estaba tan enamorado de ti... Era el tipo de persona que tú merecías, y no yo. Él se desviviría por hacerte feliz.

—¿Conoces a Adrián? —nada de lo que decía tenía sentido. Estaba demasiado borracha como para seguir su conversación.

—Sí. Y por eso decidí irme lo más lejos posible.

—Pero mi Amo... Me has dicho que volviste por una mujer...

—Joder, Clara. ¿De verdad no te das cuenta de nada? Fue por ti. Me fui por ti y en cuanto le dejaste, pedí el traslado a Europa. Solo por ti. Para estar cerca de ti —en un momento de lucidez, me sorprendió descubrir que las fechas encajaban. —Pero no fui lo bastante rápido... Cuando llegué ya te habías ido a Dublín y cuando te encontré...

—¿Killian? —asintió con la cabeza.

—Y fui tan gilipollas de no comprobarlo. Si lo hubiera sabido, nunca le

habría permitido estar contigo.

—¿Saber qué, mi Amo?

De repente, toda la habitación dio una vuelta a mi alrededor y Sergio estaba encima de mí. Me había tumbado en el sofá y mientras inmovilizaba mis brazos con su mano derecha, con sus rodillas separaba mis piernas.

—Olvidalo, preciosa. Esta noche yo te he emborrachado y has vuelto a casa conmigo, y volverás conmigo todas las noches. Yo me encargaré de que sea así.

Título original: Cuando Quieras

Primera edición: Julio 2019

Diseño portada: A. Diaz

© 2019, C. Pons

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento infomático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.